UNE ✦ SACRA

Clásicos Cristianos

# Imitación de Cristo

✦ ✦ ✦

*Tomás de Kempis*

*Traducción (edición 1.2)*

# Créditos


| | |
|---|---|
| Autor | Tomás de Kempis |
| Fecha | h. 1418-1427 |
| Idioma original | Latín |
| Versión | Traducción (edición 1.2) |
| Traducción | Traducción popular, a partir del original latino |
| Fuente | The Latin Library |
| Licencia | CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público |


## Acerca de:

*Libro de devoción escrito en latín a comienzos del siglo XV, en los Países Bajos, en el ambiente de la "Devoción Moderna", movimiento que pedía una fe sencilla, interior y práctica.*

*La autoría se atribuye casi siempre a Tomás de Kempis (h. 1380-1471), canónigo agustino del monasterio de Monte Santa Inés, cerca de Zwolle, que copió el texto a mano en 1441; también se ha atribuido a Jean Gerson y a otros.*

*Son cuatro libros breves: avisos útiles para la vida espiritual, avisos para la vida interior, la consolación interior (un diálogo entre Cristo y el discípulo) y el sacramento del altar.*

*El tema es seguir a Cristo en el desprecio de las vanidades del mundo, en la humildad, la paciencia y el amor.*

*Después de la Biblia, se lo considera el libro cristiano más traducido y más leído de la historia, apreciado tanto por católicos como por protestantes.*

Fuente: https://www.thelatinlibrary.com/kempis.html

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

*Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com*

# Índice

I, 1 — De la imitación de Cristo y del desprecio del mundo y de todas sus vanidades

I, 2 — Del humilde conocimiento de uno mismo

I, 3 — De la doctrina de la verdad

I, 4 — De la prudencia en las acciones

I, 5 — De la lectura de las Escrituras

I, 6 — De los afectos desordenados

I, 7 — De cómo evitar la vana esperanza y el orgullo

I, 8 — De cómo evitar la familiaridad excesiva

I, 9 — De la obediencia y la sumisión

I, 10 — De las palabras superfluas

I, 11 — De la búsqueda de la paz y el afán de progresar

I, 12 — De la utilidad de la adversidad

I, 13 — De la resistencia a las tentaciones

I, 14 — De evitar el juicio temerario

I, 15 — De las obras hechas por caridad

I, 16 — Sobre cómo soportar los defectos ajenos

I, 17 — Sobre la vida monástica

I, 18 — Sobre el ejemplo de los santos Padres

I, 19 — Sobre los ejercicios del buen religioso

I, 20 — Del amor a la soledad y al silencio

I, 21 — Del arrepentimiento del corazón

I, 22 — De la condición de la miseria humana

I, 23 — De la meditación de la muerte

I, 24 — Del juicio y de las penas de los pecadores

I, 25 — De la ferviente enmienda de toda la vida

II, 1 — Comienza el libro de la vida interior

II, 2 — De la sumisión y del gobierno del prelado

II, 3 — Del hombre bueno y pacífico

II, 4 — De la mente pura y la intención sencilla

II, 5 — Del examen de uno mismo

II, 6 — De la alegría de la buena conciencia

II, 7 — Del amor a Jesús sobre todas las cosas

II, 8 — De la amistad íntima con Jesús

II, 9 — De la falta de todo consuelo

II, 10 — De la gratitud por la gracia de Dios

II, 11 — De los pocos que aman la cruz

II, 12 — Del camino real de la santa cruz

III, 1 — Comienza el libro del consuelo interior

III, 2 — La verdad habla en el interior sin ruido

III, 3 — Las palabras de Dios deben escucharse con humildad

III, 4 — Se debe vivir ante Dios con humildad y verdad

III, 5 — El admirable afecto del amor divino

III, 6 — La prueba de quien ama de verdad

III, 7 — De cómo ocultar la gracia bajo la custodia de la humildad

III, 8 — De tenerse en poco ante los ojos de Dios

III, 9 — De cómo todo debe dirigirse a Dios como fin último

III, 10 — De lo dulce que es servir a Dios despreciando el mundo

III, 11 — De cómo deben examinarse y moderarse los deseos del corazón

III, 12 — De la formación en la paciencia y de la lucha contra los deseos desordenados

III, 13 — De la obediencia humilde del súbdito, a ejemplo de Jesucristo

III, 14 — De la consideración de los juicios ocultos de Dios, para que no nos ensoberbezcamos por el bien

III, 15 — De la disposición y las palabras ante cualquier cosa deseable

III, 16 — De que el verdadero consuelo debe buscarse solo en Dios

III, 17 — De que toda preocupación debe ponerse en Dios

III, 18 — Las miserias temporales deben soportarse con serenidad a ejemplo de Cristo

III, 19 — La tolerancia de las injurias y quién es considerado verdaderamente paciente

III, 20 — La confesión de la propia debilidad y las miserias de esta vida

III, 21 — Debemos descansar en Dios por encima de todos los bienes y dones

III, 22 — Del recuerdo de los múltiples beneficios de Dios

III, 23 — De 4 cosas que traen gran paz

III, 24 — De evitar indagar por curiosidad en la vida ajena

III, 25 — En qué consisten la paz firme del corazón y el verdadero progreso

III, 26 — De la excelencia de una mente libre, que se alcanza más por la oración suplicante que por la lectura

III, 27 — Cómo el amor propio aparta del sumo bien más que ninguna otra cosa

III, 28 — Contra las lenguas de los detractores

III, 29 — Cómo se debe invocar a Dios cuando llega la tribulación

III, 30 — Cómo pedir el auxilio divino y confiar en recuperar la gracia

III, 31 — Del desprendimiento de toda criatura para poder encontrar al Creador

III, 32 — De la negación de sí mismo y la renuncia a todo deseo desordenado

III, 33 — De la inestabilidad del corazón y de la intención que debe dirigirse a Dios como fin último

III, 34 — De cómo quien ama encuentra deleite en Dios sobre todas las cosas y en todas ellas

III, 35 — De que en esta vida no hay seguridad frente a la tentación

III, 36 — Contra los vanos juicios de los hombres

III, 37 — De la renuncia pura y completa del corazón para alcanzar la propia libertad

III, 38 — Del buen gobierno de las cosas exteriores y del recurso a Dios en los peligros

III, 39 — De no ser insistente en los asuntos

III, 40 — El hombre no tiene por sí mismo ningún bien y no debe gloriarse de nada

III, 41 — El desprecio de todo honor temporal

III, 42 — No se debe poner la paz en los hombres

III, 43 — Contra la ciencia vana y mundana

III, 44 — No dejarse atraer por las cosas exteriores

III, 45 — No se debe creer a todos, y de lo fácil que es faltar con las palabras

III, 46 — De la confianza que se ha de tener en Dios cuando se alzan los dardos de las palabras

III, 47 — Que todas las penas se han de soportar por la vida eterna

III, 48 — Del día de la eternidad y de las angustias de esta vida

III, 49 — Del deseo de la vida eterna y de cuán grandes son los premios prometidos a quienes luchan

III, 50 — De cómo el hombre desolado debe ponerse en manos de Dios

III, 51 — De que hay que dedicarse a obras humildes cuando faltan las fuerzas para las más elevadas

III, 52 — De que el hombre no debe considerarse digno de consuelo, sino más bien de castigo

III, 53 — De la gracia que no se mezcla con quienes gustan de las cosas terrenas

III, 54 — De los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia

III, 55 — De la corrupción de la naturaleza y de la eficacia de la gracia divina

III, 56 — Debemos negarnos a nosotros mismos e imitar a Cristo por medio de la cruz

III, 57 — El hombre no debe abatirse demasiado cuando cae en algunas faltas

III, 58 — No se deben escudriñar las cosas más altas ni los juicios ocultos de Dios

III, 59 — Toda esperanza y confianza deben ponerse solo en Dios

IV — Exhortación devota a la sagrada comunión del Cuerpo de Cristo

IV, 1 — Con cuánta devoción debe recibirse a Cristo

IV, 2 — Del gran amor y la bondad de Dios que se muestran al hombre en el Sacramento

IV, 3 — De lo provechoso que es comulgar con frecuencia

IV, 4 — De los muchos bienes que se conceden a quienes comulgan con devoción

IV, 5 — De la dignidad del Sacramento y del estado sacerdotal

IV, 6 — Pregunta sobre la preparación antes de la comunión

IV, 7 — Del examen de la propia conciencia y del propósito de enmienda

IV, 8 — De la ofrenda de Cristo en la Cruz y de la propia entrega

IV, 9 — Que debemos ofrecernos a Dios con todo lo nuestro y orar por todos

IV, 10 — Que no se debe abandonar fácilmente la sagrada Comunión

IV, 11 — Que el Cuerpo de Cristo y la sagrada Escritura son necesarios para el alma fiel

IV, 12 — Que quien va a comulgar debe prepararse para recibir a Cristo con gran diligencia

IV, 13 — El alma devota debe desear de todo corazón la unión con Cristo en el Sacramento

IV, 14 — El ardiente deseo de algunos devotos por el Cuerpo de Cristo

IV, 15 — La gracia de la devoción se adquiere mediante la humildad y la renuncia a uno mismo

IV, 16 — Debemos manifestar nuestras necesidades a Cristo y pedir su gracia

IV, 17 — El amor ardiente y el deseo intenso de recibir a Cristo

IV, 18 — Que el hombre no sea un investigador curioso del Sacramento, sino un humilde imitador de Cristo, sometiendo su entendimiento a la santa fe

# I, 1 — DE LA IMITACIÓN DE CRISTO Y DEL DESPRECIO DEL MUNDO Y DE TODAS SUS VANIDADES

✦

El que me sigue no camina en tinieblas, dice el Señor. Estas son las palabras de Cristo, con las que se nos exhorta a imitar su vida y sus costumbres, si queremos ser verdaderamente iluminados y quedar libres de toda ceguera del corazón. Sea, pues, nuestro mayor empeño meditar en la vida de Jesús.

Su doctrina supera todas las doctrinas de los santos, y quien tuviera el espíritu encontraría allí el maná escondido. Pero sucede que muchos, aunque oyen con frecuencia el Evangelio, sienten poco deseo, porque no tienen el espíritu de Cristo. Quien quiera entender plenamente y saborear las palabras de Cristo debe procurar conformar con él toda su vida.

¿De qué te sirve discutir cosas profundas sobre la Trinidad, si careces de humildad y por eso desagradas a la Trinidad? En verdad, las palabras profundas no hacen santo y justo al hombre, sino que una vida virtuosa lo hace querido por Dios. Prefiero sentir el arrepentimiento a conocer su definición.

Si supieras toda la Biblia y los dichos de todos los filósofos, ¿de qué te serviría todo ello sin caridad y gracia? Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, salvo amar a Dios y servirle solo a él. Esta es la sabiduría suprema: dirigirse a los reinos celestiales mediante el desprecio del mundo.

Vanidad es, pues, buscar riquezas perecederas y poner en ellas la esperanza. Vanidad es también ambicionar honores y encumbrarse. Vanidad es seguir los deseos de la carne y desear aquello por lo que después habrá que sufrir un grave castigo. Vanidad es desear una vida larga y preocuparse poco por una vida buena. Vanidad es atender solo a la vida presente y no prever lo que ha de venir. Vanidad es amar lo que pasa con toda rapidez y no apresurarse hacia donde permanece la alegría eterna.

Procura, pues, apartar tu corazón del amor a las cosas visibles y dirigirte hacia las invisibles. Porque quienes siguen su sensualidad manchan su conciencia y pierden la gracia de Dios.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

## I, 2 — DEL HUMILDE CONOCIMIENTO DE UNO MISMO

✦

Todo hombre desea por naturaleza saber. Pero ¿qué valor tiene el saber sin el temor de Dios? Ciertamente, es mejor un campesino humilde que sirve a Dios que un filósofo soberbio que, descuidándose a sí mismo, contempla el curso del cielo. Quien se conoce bien a sí mismo se tiene en poco y no se complace en las alabanzas humanas. Si supiera todo lo que hay en el mundo y no tuviera caridad, ¿de qué me serviría ante Dios, que ha de juzgarme por mis obras?

Modera el deseo excesivo de aprender, porque de él nacen mucha distracción y engaño. A los que saben les gusta parecer instruidos y ser llamados sabios. Hay muchas cosas cuyo conocimiento aprovecha poco o nada al alma. Y es muy insensato quien dedica más atención a otras cosas que a las que sirven para su salvación. Muchas palabras no sacian el alma, pero una vida buena reconforta el espíritu y una conciencia pura da gran confianza ante Dios.

Cuanto más y mejor sabes, con mayor rigor serás juzgado por ello si no has vivido santamente. No te enorgullezcas, pues, de ningún arte ni conocimiento; teme más bien por el saber que se te ha dado. Si te parece que sabes muchas cosas y las entiendes bastante bien, reconoce, no obstante, que son muchas más las que ignoras.

No presumas de saber cosas elevadas; confiesa más bien tu ignorancia. ¿Por qué quieres anteponerte a alguien, cuando hay muchos más instruidos que

tú y más entendidos en la ley? Si quieres saber y aprender algo provechoso, ama que no te conozcan y que te tengan en nada.

Esta es la lección más elevada y provechosa: el verdadero conocimiento y el desprecio de uno mismo. No tenerse en nada y pensar siempre bien y con estima de los demás es gran sabiduría y perfección. Si vieras a alguien pecar abiertamente o cometer faltas graves, no deberías considerarte mejor, porque no sabes cuánto tiempo podrás perseverar en el bien. Todos somos frágiles, pero tú no tendrás a nadie por más frágil que tú mismo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 3 — DE LA DOCTRINA DE LA VERDAD

✦

Dichoso aquel a quien la Verdad enseña por sí misma, no mediante figuras y voces pasajeras, sino tal como es. Nuestra opinión y nuestro juicio nos engañan a menudo y ven poco. ¿De qué sirve discutir tanto sobre cosas ocultas y oscuras, cuya ignorancia no se nos reprochará en el juicio? Es una gran insensatez que, descuidando lo útil y necesario, nos dediquemos por propia voluntad a cosas curiosas y dañinas. Tenemos ojos y no vemos.

¿Y qué nos importan los géneros y las especies? Aquel a quien habla el Verbo eterno se libra de muchas opiniones. De un solo Verbo proceden todas las cosas, y todas hablan de uno solo; y este es el Principio que también nos habla. Sin él nadie entiende ni juzga rectamente.

Aquel para quien todas las cosas son una, que las dirige todas hacia uno y las ve todas en uno, puede mantenerse firme y permanecer en paz en Dios. Oh Dios, verdad, hazme uno contigo en una caridad perpetua. A menudo me cansa leer y oír muchas cosas: en ti está todo lo que quiero y deseo.

Callen todos los maestros, guarden silencio todas las criaturas en tu presencia; háblame tú solo.

Cuanto más unificado y recogido en su interior esté alguien, tantas más cosas y más elevadas entiende sin esfuerzo, porque recibe de lo alto la luz de la inteligencia.

El hombre puro, sencillo y firme no se dispersa entre muchas obras, porque lo hace todo para honra de Dios y procura mantenerse interiormente libre de toda búsqueda de su propio interés. ¿Quién te estorba y molesta más que el afecto no mortificado de tu corazón?

El hombre bueno y devoto dispone primero en su interior las obras que debe realizar por fuera; estas no lo arrastran hacia los deseos de una inclinación viciosa, sino que él las orienta según el criterio de una intención recta y razonable. ¿Quién sostiene una lucha más dura que quien procura vencerse a sí mismo?

Y esta debería ser nuestra ocupación: vencernos a nosotros mismos, hacernos cada día más fuertes que nosotros mismos y progresar hacia lo mejor.

Toda perfección en esta vida lleva unida alguna imperfección. Y ninguna de nuestras reflexiones está libre de cierta oscuridad. El conocimiento humilde de ti mismo es un camino más seguro hacia Dios que la búsqueda de un saber profundo.

No hay que censurar el saber ni el conocimiento de cosa alguna, que, considerado en sí mismo, es bueno y ha sido ordenado por Dios; pero siempre deben preferirse una buena conciencia y una buena vida. Como muchos se esfuerzan más por saber que por vivir bien, a menudo se equivocan y dan poco o ningún fruto.

¡Oh, si pusieran tanto empeño en arrancar los vicios y plantar las virtudes como en plantear cuestiones, no habría tantos males y escándalos en el pueblo ni tanta relajación en los monasterios! Ciertamente, cuando llegue

el día del juicio, no se nos preguntará qué leímos, sino qué hicimos; ni lo bien que hablamos, sino con cuánta piedad vivimos.

Dime, ¿dónde están ahora todos aquellos señores y maestros que conociste bien cuando aún vivían y florecían en sus estudios? Ahora otros poseen sus prebendas, y no sé si se acuerdan de ellos. En vida parecían ser alguien, y ahora nadie habla de ellos.

¡Qué pronto pasa la gloria del mundo! Ojalá su vida hubiera concordado con su saber; entonces habrían leído y estudiado bien. ¡Cuántos perecen en este mundo por un saber vano, mientras se preocupan poco del servicio de Dios! Y como aman más ser grandes que humildes, se perdieron en la vanidad de sus pensamientos.

Verdaderamente grande es quien es pequeño a sus propios ojos y tiene en nada toda cumbre de honor. Verdaderamente prudente es quien considera todas las cosas terrenas como estiércol para ganar a Cristo. Y verdaderamente instruido es quien hace la voluntad de Dios y abandona la suya.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 4 — DE LA PRUDENCIA EN LAS ACCIONES

✦

No se debe creer toda palabra ni seguir todo impulso, sino que hay que sopesar las cosas con cautela y paciencia, conforme a Dios. Por desgracia, muchas veces se cree y se dice con más facilidad lo malo que lo bueno de los demás: tan débiles somos. Pero los hombres perfectos no creen fácilmente todo lo que se cuenta, porque conocen la fragilidad humana, inclinada al mal y muy propensa a faltar en las palabras.

Es gran sabiduría no precipitarse al actuar ni aferrarse obstinadamente a las propias opiniones. A ella tampoco corresponde creer cualquier palabra de los hombres ni llevar enseguida a oídos ajenos lo que se ha oído o creído.

Pide consejo a un hombre sabio y sensato, y busca que te instruyan quienes son mejores que tú, antes que seguir tus propias ocurrencias. Una vida buena hace al hombre sabio según Dios y experimentado en muchas cosas. Cuanto más humilde sea uno ante sí mismo y más sometido esté a Dios, tanto más sabio y sereno será en todo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 5 — DE LA LECTURA DE LAS ESCRITURAS

✦

En las Sagradas Escrituras se ha de buscar la verdad, no expresarla. Toda la Sagrada Escritura debe leerse con el mismo espíritu con que fue escrita. En las Escrituras debemos buscar el provecho más que la sutileza del lenguaje. Debemos leer los libros piadosos y sencillos con tanto gusto como los elevados y profundos.

Que no te detenga la autoridad del escritor, ya haya tenido poca o mucha formación, sino que el amor a la verdad pura te impulse a leer. No preguntes quién lo ha dicho, sino presta atención a lo que se dice.

Los hombres pasan, pero la verdad del Señor permanece para siempre. Sin hacer distinción de personas, Dios nos habla de diversas maneras. Nuestra curiosidad nos estorba a menudo en la lectura de las Escrituras, cuando queremos entender y discutir lo que simplemente deberíamos dejar pasar.

Si quieres sacar provecho, lee con humildad, sencillez y fidelidad, y nunca desees tener fama de sabio. Pregunta de buena gana y escucha en silencio las palabras de los santos; que no te desagraden las parábolas de los ancianos, pues no se dicen sin motivo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 6 — DE LOS AFECTOS DESORDENADOS

✦

Cada vez que el hombre desea algo desordenadamente, enseguida se inquieta en su interior. El soberbio y el avaro nunca descansan. El pobre y humilde de espíritu vive en abundante paz. El hombre que todavía no ha muerto del todo a sí mismo es tentado y vencido con facilidad en cosas pequeñas y de poco valor.

Quien es débil de espíritu y, en cierto modo, todavía carnal e inclinado a lo sensible, difícilmente puede librarse por completo de los deseos terrenales. Por eso, a menudo siente tristeza cuando se aparta de ellos. También se indigna con facilidad si alguien se le opone.

Pero si consigue lo que desea, enseguida lo abruma la culpa de su conciencia, porque ha seguido su pasión, que en nada contribuye a la paz que buscaba. La verdadera paz del corazón se encuentra, pues, resistiendo a las pasiones, y no sirviéndolas. Por tanto, no hay paz en el corazón del hombre carnal ni en el hombre entregado a las cosas exteriores, sino en el hombre espiritual y fervoroso.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

## I, 7 — DE CÓMO EVITAR LA VANA ESPERANZA Y EL ORGULLO

✦

Vano es quien pone su esperanza en los hombres o en las criaturas. No te avergüences de servir a otros por amor a nuestro Señor Jesucristo ni de parecer pobre en este mundo. No te apoyes en ti mismo, sino pon tu esperanza en Dios. Haz lo que esté en tu mano, y Dios ayudará a tu buena voluntad. No confíes en tu saber ni en la astucia de ningún ser viviente, sino más bien en la gracia de Dios, que ayuda a los humildes y humilla a quienes presumen de sí mismos.

No te gloríes de tus riquezas, si las tienes, ni de tus amigos porque sean poderosos, sino de Dios, que lo da todo y desea darse a sí mismo por encima de todo. No te enorgullezcas de la estatura o la belleza de tu cuerpo, que incluso una leve enfermedad deteriora y afea. No te complazcas en tu humildad ni en tu ingenio, para no desagradar a Dios, a quien pertenece todo cuanto tenemos de bueno por naturaleza.

No te consideres mejor que los demás, no sea que resultes peor ante Dios, que sabe lo que hay en el hombre. No te ensoberbezcas por tus buenas obras, porque los juicios de Dios son distintos de los de los hombres, y con frecuencia le desagrada lo que agrada a los hombres. Si tienes algo bueno, cree que los demás tienen cosas mejores, para conservar la humildad.

No te perjudica ponerte por debajo de los hombres, pero te perjudica mucho anteponerte siquiera a uno solo. La paz constante acompaña al hu-

milde; en el corazón del soberbio, en cambio, son frecuentes la envidia y la indignación.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

## I, 8 — DE CÓMO EVITAR LA FAMILIARIDAD EXCESIVA

✦

No reveles tu corazón a cualquier hombre, sino trata tus asuntos con alguien sabio y temeroso de Dios. Frecuenta poco a los jóvenes y a los extraños; no adules a los ricos ni busques aparecer ante los poderosos. Júntate con los humildes y sencillos, con los devotos y de buenas costumbres, y trata de lo que edifica. No tengas familiaridad con ninguna mujer, sino encomienda a Dios, en general, a todas las mujeres buenas. Desea tener familiaridad solo con Dios y sus ángeles, y evita que los hombres te conozcan.

Se debe tener caridad con todos, pero la familiaridad no conviene. A veces sucede que una persona desconocida resplandece por su buena fama y luego su presencia oscurece los ojos de quienes la miran. Creemos agradar a los demás con nuestro trato, y empezamos a desagradarles más cuando descubren en nosotros unas malas costumbres.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 9 — DE LA OBEDIENCIA Y LA SUMISIÓN

✦

Es algo muy grande mantenerse en la obediencia, vivir bajo un superior y no disponer de uno mismo. Es mucho más seguro estar sujeto que ejercer la autoridad. Muchos están bajo obediencia más por necesidad que por caridad, y estos sufren y murmuran con facilidad; no alcanzarán la libertad de espíritu si no se someten de todo corazón por Dios. Corre de aquí para allá: no encontrarás descanso sino en la humilde sumisión bajo el gobierno de un superior. La ilusión de otros lugares y el cambio han engañado a muchos.

Es verdad que cada uno obra de buena gana según su parecer y se inclina más hacia quienes piensan como él. Pero si Cristo está entre nosotros, es necesario que renunciemos incluso a nuestro propio parecer por el bien de la paz. ¿Quién es tan sabio que pueda saberlo todo plenamente? Por tanto, no confíes demasiado en tu propio juicio, sino que estés dispuesto a escuchar también el de los demás. Si tu parecer es bueno y, aun así, renuncias a él por Dios y sigues el de otro, obtendrás mayor provecho.

Pues he oído muchas veces que es más seguro escuchar y recibir consejo que darlo. Puede suceder que el parecer de cada uno sea bueno; pero no querer ceder ante los demás cuando la razón o las circunstancias lo exigen es señal de soberbia o de obstinación.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 10 — DE LAS PALABRAS SUPERFLUAS

✦

Evita cuanto puedas el bullicio de la gente. Pues las conversaciones sobre asuntos mundanos estorban mucho, aunque se mantengan con buena intención. Pronto nos manchamos de vanidad y quedamos presos de ella. Quisiera haber callado más veces y no haber estado entre la gente.

Pero ¿por qué hablamos tan con frecuencia y conversamos unos con otros, si rara vez volvemos al silencio sin daño de la conciencia? Hablamos tan a menudo porque buscamos consolarnos mutuamente con muchas palabras y deseamos aliviar el corazón fatigado por diversos pensamientos; y nos gusta mucho hablar y pensar en lo que amamos o deseamos, o en lo que sentimos que nos es contrario.

Pero, ¡ay!, muchas veces lo hacemos de manera vana e inútil. Pues este consuelo exterior causa un daño considerable al consuelo interior y divino. Por eso hay que velar y orar para que el tiempo no pase en la ociosidad. Si está permitido hablar y conviene hacerlo, habla de cosas que edifiquen.

La mala costumbre y el descuido de nuestro progreso contribuyen mucho a que no vigilemos nuestra boca. No obstante, la conversación piadosa sobre las cosas espirituales ayuda mucho al progreso espiritual, especialmente cuando se reúnen en Dios personas de ánimo y espíritu semejantes.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 11 — DE LA BÚSQUEDA DE LA PAZ Y EL AFÁN DE PROGRESAR

✦

Podemos tener mucha paz si queremos dejar de ocuparnos de los dichos y hechos ajenos que no nos incumben. ¿Cómo puede permanecer en paz durante el día quien se entromete en las preocupaciones ajenas, busca ocasiones fuera de sí y pocas veces o rara vez se recoge en su interior? Dichosos los sencillos, porque tendrán mucha paz.

¿Por qué algunos de los santos fueron tan perfectos y contemplativos? Porque procuraron mortificar por completo todos los deseos terrenales, y así pudieron unirse a Dios desde lo más profundo del corazón y dedicarse libremente a sí mismos. Nosotros nos ocupamos demasiado de nuestras propias pasiones y nos preocupamos en exceso por las cosas pasajeras. Pues rara vez vencemos por completo un solo vicio y no atendemos al progreso diario; por eso permanecemos fríos y tibios.

Si estuviéramos plenamente atentos a nosotros mismos y muy poco enredados en las cosas exteriores, podríamos también gustar de las cosas divinas y experimentar algo de la contemplación celestial. El mayor impedimento, del que todo depende, es que no estamos libres de pasiones y deseos, ni intentamos entrar en el camino perfecto de los santos. Cuando sobreviene una pequeña adversidad, nos desanimamos demasiado pronto y nos volvemos hacia los consuelos humanos.

Si nos esforzáramos por mantenernos en la batalla como hombres valientes, veríamos sin duda venir sobre nosotros desde el cielo la ayuda del Se-

ñor. Pues él está dispuesto a ayudar a quienes luchan y esperan en su gracia, y nos proporciona ocasiones de luchar para que venzamos. Si hacemos consistir el progreso de la vida religiosa solo en estas observancias exteriores, nuestra devoción pronto llegará a su fin. Pongamos, pues, el hacha a la raíz para que, purificados de las pasiones, poseamos un espíritu en paz.

Si cada año arrancáramos un solo vicio, pronto llegaríamos a ser hombres perfectos. Pero a menudo experimentamos lo contrario y descubrimos que al comienzo de nuestra conversión éramos mejores y más puros que después de muchos años de profesión religiosa. Nuestro fervor y nuestro progreso deberían crecer cada día; pero ahora parece gran cosa que alguien pueda conservar una parte de su primer fervor. Si al principio nos hiciéramos un poco de violencia, después podríamos hacerlo todo con facilidad y alegría.

Es difícil dejar lo acostumbrado, y más difícil aún ir contra la propia voluntad. Pero si no vences las cosas pequeñas y fáciles, ¿cuándo superarás las más difíciles? Resiste desde el principio a tu inclinación y abandona la mala costumbre, no sea que poco a poco te lleve a una dificultad mayor. ¡Oh, si advirtieras cuánta paz te darías a ti mismo y cuánta alegría a los demás con tu buena conducta, creo que pondrías más cuidado en tu progreso espiritual!

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 12 — DE LA UTILIDAD DE LA ADVERSIDAD

✦

Es bueno para nosotros tener algunas veces dificultades y contrariedades, porque a menudo hacen que el hombre vuelva a su corazón, reconozca que está en el destierro y no ponga su esperanza en ninguna cosa del mundo. Es bueno que a veces suframos contradicciones y que se piense mal y de manera equivocada de nosotros, aunque obremos bien y tengamos buenas intenciones.

Estas cosas suelen ayudarnos a ser humildes y nos defienden de la vanagloria. Pues buscamos mejor a Dios, nuestro testigo interior, cuando por fuera los hombres nos desprecian y no tienen buena opinión de nosotros.

Por eso el hombre debería afianzarse por completo, y no tendría necesidad de buscar muchos consuelos. Cuando el hombre de buena voluntad sufre tribulación o tentación, o se ve afligido por malos pensamientos, comprende mejor cuánto necesita a Dios, sin el cual reconoce que nada puede en absoluto. Gime y ora por las miserias que padece.

Entonces le pesa seguir viviendo y desea que venga la muerte para poder partir y estar con Cristo. Entonces también advierte claramente que en el mundo no puede haber seguridad y paz plena.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 13 — DE LA RESISTENCIA A LAS TENTACIONES

✦

Mientras vivimos en el mundo no podemos estar sin tribulación ni tentación. Por eso está escrito en Job: La vida del hombre sobre la tierra es tentación. Así pues, cada uno debería estar atento a sus tentaciones y velar en la oración, para que el Diablo no encuentre ocasión de engañarlo, pues nunca duerme, sino que ronda buscando a quién devorar. Nadie es tan santo y perfecto que no tenga alguna vez tentaciones, y no podemos vernos completamente libres de ellas.

Sin embargo, las tentaciones son muy útiles para los hombres, aunque sean molestas y penosas, porque en ellas el hombre se humilla, se purifica y aprende. Todos los santos pasaron por muchas tribulaciones y tentaciones y progresaron; y quienes no pudieron soportar las tentaciones fueron reprobados y desfallecieron. No hay orden tan santa ni lugar tan apartado donde no haya tentaciones y adversidades.

El hombre no está totalmente a salvo de las tentaciones mientras vive, porque en nosotros está aquello de donde nace la tentación. Puesto que hemos nacido en la concupiscencia, cuando se retira una tribulación o tentación sobreviene otra, y siempre tenemos algo que padecer. Pues hemos perdido el bien de la felicidad.

Muchos buscan huir de las tentaciones y caen en ellas con mayor gravedad. No podemos vencer solo huyendo; pero mediante la paciencia y la verdadera humildad nos hacemos más fuertes que todos los enemigos.

Quien solo las evita por fuera y no arranca la raíz progresará poco; más aún, las tentaciones volverán a él más pronto y lo atacarán con mayor furia. Poco a poco, mediante la paciencia y la perseverancia, con la ayuda de Dios, vencerás mejor que con tu propia dureza y obstinación. Busca consejo con frecuencia en la tentación y no trates con dureza a quien es tentado, sino dale consuelo, como desearías que hicieran contigo.

El comienzo de todas las malas tentaciones es la inconstancia del ánimo y la poca confianza en Dios; porque, así como las olas empujan de un lado a otro una nave sin timón, así el hombre descuidado que abandona su propósito es tentado de diversas maneras. El fuego prueba el hierro, y la tentación al hombre justo.

Muchas veces no sabemos de qué somos capaces, pero la tentación revela lo que somos. Hay que velar especialmente al comienzo de la tentación, porque entonces se vence más fácilmente al enemigo si no se le permite entrar por la puerta de la mente, sino que se le hace frente fuera del umbral en cuanto llama.

Por eso alguien dijo: Resiste a los comienzos; tarde se prepara el remedio. Pues primero se presenta a la mente un simple pensamiento, después una imaginación intensa, luego el deleite, el mal impulso y el consentimiento; y así, poco a poco, el enemigo maligno entra por completo cuando no se le resiste desde el principio.

Y cuanto más tarde uno por indolencia en resistir, más débil se hace cada día y más poderoso se vuelve el enemigo contra él.

Algunos sufren tentaciones más graves al comienzo de su conversión; otros, al final; otros lo pasan mal casi durante toda su vida. Algunos son tentados con bastante levedad, según la sabiduría y la equidad de la disposición divina, que sopesa el estado y los méritos de los hombres y lo ordena todo de antemano para la salvación de sus elegidos.

Por eso no debemos desesperar cuando somos tentados, sino rogar a Dios con mayor fervor para que se digne ayudarnos en toda nuestra tribulación; él, según las palabras de san Pablo, dará también con la tentación una salida para que podamos soportarla. Humillemos, pues, nuestras almas bajo la mano de Dios en toda tentación y tribulación, porque salvará a los humildes de espíritu y se alegrará.

En las tentaciones y tribulaciones se prueba cuánto ha progresado el hombre; en ellas hay mayor mérito y la virtud se manifiesta mejor. No es gran cosa que el hombre sea devoto y fervoroso cuando no siente ninguna dificultad; pero si en tiempo de adversidad se mantiene paciente, habrá esperanza de un gran progreso.

Algunos son preservados de grandes tentaciones y vencidos tan a menudo en las cotidianas, para que, humillados, nunca confíen en sí mismos en las grandes quienes se muestran débiles en cosas tan pequeñas.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 14 — DE EVITAR EL JUICIO TEMERARIO

✦

Vuelve los ojos hacia ti mismo y evita juzgar los hechos de los demás. Al juzgar a otros, el hombre se esfuerza en vano, se equivoca con frecuencia y peca con facilidad. En cambio, al juzgarse y examinarse a sí mismo, siempre trabaja con provecho. A menudo juzgamos las cosas según el afecto que les tenemos. Pues por el amor propio perdemos fácilmente el juicio verdadero. Si Dios fuera siempre el fin puro de nuestro deseo, no nos turbaríamos tan fácilmente cuando se contradice nuestro parecer.

Pero siempre hay algo oculto en nuestro interior, o algo que interviene desde fuera, que también nos arrastra. Muchos se buscan ocultamente a sí mismos en las cosas que hacen y no lo saben. También parecen estar en buena paz cuando las cosas se hacen según su voluntad. Por la diversidad de pareceres y opiniones surgen con bastante frecuencia desacuerdos entre amigos y ciudadanos, entre religiosos y devotos.

Una costumbre antigua se abandona con dificultad, y nadie se deja llevar de buena gana más allá de su propia manera de ver. Si te apoyas más en tu razón o en tu habilidad que en la virtud de la sumisión de Jesucristo, rara vez y tarde serás un hombre iluminado, porque Dios quiere que nos sometamos a él por completo y que mediante un amor ardiente trascendamos toda razón.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 15 — DE LAS OBRAS HECHAS POR CARIDAD

✦

Por ninguna cosa del mundo ni por amor a ninguna persona se debe hacer mal alguno. Pero por el bien de quien lo necesita hay que interrumpir alguna vez una obra buena o cambiarla en ocasiones por otra mejor. Pues al hacerlo, la obra buena no se destruye, sino que se transforma en otra mejor. Sin caridad, la obra exterior no aprovecha a nadie.

En cambio, cuanto se hace por caridad, por pequeño y despreciado que sea, se vuelve completamente provechoso. Pues Dios considera más cuánto amor pone cada uno en lo que hace que cuánto hace.

Mucho hace quien mucho ama. Mucho hace quien hace bien las cosas. Bien hace quien sirve más a la comunidad que a su propia voluntad. A menudo parece caridad lo que es más bien carnalidad, porque la inclinación carnal, la propia voluntad, la esperanza de recompensa y el apego a lo que uno quiere rara vez consienten en estar ausentes.

Quien tiene caridad verdadera y perfecta no se busca a sí mismo en ninguna cosa, sino que solo desea que en todo se manifieste la gloria de Dios. Tampoco envidia a nadie, porque no ama ningún gozo exclusivo, ni quiere alegrarse en sí mismo, sino que desea, por encima de todos los bienes, hallar su felicidad en Dios.

No atribuye a nadie bien alguno, sino que lo refiere todo completamente a Dios, de quien todo procede. En él descansan finalmente todos los santos,

gozando de su presencia. ¡Oh, quien tuviera una chispa de verdadera caridad vería con toda claridad que todas las cosas terrenales están llenas de vanidad!

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 16 — SOBRE CÓMO SOPORTAR LOS DEFECTOS AJENOS

✦

Lo que muy raras veces el hombre no puede corregir en sí mismo o en los demás, debe soportarlo con paciencia hasta que Dios disponga otra cosa. Piensa que quizá así sea mejor para tu prueba y tu paciencia, sin la cual nuestros méritos no deben estimarse mucho. No obstante, debes suplicar ante tales obstáculos que Dios se digne ayudarte, para que puedas sobrellevarlos con bondad.

Si alguien, después de haber sido amonestado una o dos veces, no hace caso, no discutas con él, sino encomiéndalo todo a Dios, para que se cumpla su voluntad y sea honrado en todos sus siervos, pues él sabe bien convertir el mal en bien.

Procura ser paciente al tolerar los defectos ajenos y toda clase de debilidades, porque también tú tienes muchas cosas que los demás deben tolerar. Si no puedes hacerte tal como quieres, ¿cómo podrás tener a otro a tu gusto? Nos agrada ver perfectos a los demás, pero no corregimos nuestros propios defectos.

Queremos que los demás sean corregidos con rigor, y nosotros mismos no queremos ser corregidos ni que se nos niegue lo que pedimos. Queremos que los demás estén sujetos a normas, y nosotros de ningún modo soportamos mayores restricciones. Así queda claro cuán pocas veces consideramos al prójimo como a nosotros mismos. Si todos fueran perfectos, ¿qué tendríamos entonces que sufrir de los demás por Dios?

Pero Dios lo ha dispuesto así para que aprendamos a llevar unos las cargas de otros, porque nadie está libre de defectos, nadie está libre de cargas, nadie se basta a sí mismo, nadie es suficientemente sabio por sí solo; por eso debemos sobrellevarnos mutuamente, consolarnos unos a otros, ayudarnos y amonestarnos. Cuánto ha progresado cada uno en las virtudes se manifiesta mejor en la adversidad. Pues las circunstancias no hacen frágil al hombre, sino que muestran cómo es.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 17 — SOBRE LA VIDA MONÁSTICA

✦

Debes aprender a doblegarte en muchas cosas si quieres mantener la paz y la concordia con los demás. No es poca cosa vivir en monasterios o en comunidad, comportarse allí sin dar motivo de queja y perseverar fielmente hasta la muerte. Dichoso quien allí vive bien y termina felizmente su vida. Si quieres mantenerte como es debido y progresar, considérate desterrado y peregrino sobre la tierra. Debes hacerte necio por Cristo si quieres llevar una vida religiosa.

El hábito y la tonsura hacen poco, pero el cambio de costumbres y la completa mortificación de las pasiones hacen al verdadero religioso. Quien busca otra cosa que no sea únicamente a Dios y la salvación de su alma, solo encontrará tribulación y dolor. Tampoco puede permanecer mucho tiempo en paz quien no procura ser el más pequeño y estar sujeto a todos.

Has venido a servir, no a gobernar; entiende que has sido llamado a sufrir y trabajar, no a estar ocioso ni a charlar. Aquí, pues, se prueba a los hombres como al oro en el horno. Aquí nadie puede mantenerse si no quiere humillarse de todo corazón por Dios.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 18 — SOBRE EL EJEMPLO DE LOS SANTOS PADRES

✦

Contempla los vivos ejemplos de los santos Padres, en quienes resplandeció la verdadera perfección, y verás qué poco es, y en verdad nada, lo que hacemos. ¡Ay, qué es nuestra vida si se compara con la de ellos! Los santos y amigos de Cristo sirvieron al Señor con hambre y sed, con frío y desnudez, con trabajo y cansancio, con vigilias y ayunos, con oraciones y santas meditaciones, entre persecuciones y muchas afrentas.

¡Cuántas y cuán graves tribulaciones sufrieron los apóstoles, los mártires y los confesores, las vírgenes y todos los demás que quisieron seguir las huellas de Cristo!

Pues aborrecieron sus almas en este mundo para poseerlas en la vida eterna. ¡Qué vida tan austera y de renuncia llevaron los santos Padres en el desierto, qué tentaciones tan largas y graves soportaron, cuántas veces fueron acosados por el enemigo, qué oraciones tan intensas y fervientes ofrecieron a Dios, qué rigurosas abstinencias practicaron, qué gran celo y fervor tuvieron por el progreso espiritual, qué dura guerra libraron contra el sometimiento de los vicios, qué intención tan pura y recta mantuvieron hacia Dios!

De día trabajaban y de noche se dedicaban a una oración prolongada, aunque ni siquiera mientras trabajaban cesaban en la oración mental.

Empleaban provechosamente todo el tiempo; cada hora les parecía breve para dedicarse a Dios. Y por la gran dulzura de la contemplación, hasta olvidaban la necesidad de alimentar el cuerpo. Renunciaban a todas las riquezas, dignidades, honores, amigos y parientes.

No deseaban poseer nada del mundo; apenas tomaban lo necesario para vivir y les dolía atender al cuerpo incluso en sus necesidades. Eran, pues, pobres en bienes terrenales, pero muy ricos en gracia y virtudes. Por fuera padecían necesidad, pero por dentro se fortalecían con la gracia y el consuelo divinos.

Eran ajenos al mundo, pero cercanos a Dios y amigos íntimos suyos. Se tenían a sí mismos por nada y eran despreciados por este mundo, pero a los ojos de Dios eran preciosos y escogidos. Permanecían en la verdadera humildad, vivían en sencilla obediencia, caminaban en la caridad y la paciencia, y por eso progresaban cada día y alcanzaban gran gracia ante Dios. Fueron dados como ejemplo a todos los religiosos, y deben impulsarnos a progresar en el bien más de lo que la multitud de los tibios nos induce a relajarnos.

¡Qué fervor hubo en todos los religiosos al comienzo de su santa institución! ¡Qué devoción en la oración, qué afán por la virtud, qué gran disciplina reinaba, qué reverencia y obediencia florecían en todos bajo la regla! Las huellas que dejaron todavía atestiguan que fueron hombres verdaderamente santos y perfectos, que, luchando con tanto empeño, sometieron al mundo. Ahora se considera ciertamente grande a quien no ha sido transgresor y ha podido soportar con paciencia lo que recibió.

¡Qué tibieza y negligencia hay en nuestro estado, pues tan pronto nos apartamos del fervor primero y ya nos hastía vivir por el cansancio y la tibieza! Ojalá no estuviera completamente dormido en ti el progreso en las virtudes, tú que tantas veces has visto muchos ejemplos de personas devotas.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 19 — SOBRE LOS EJERCICIOS DEL BUEN RELIGIOSO

✦

La vida del buen religioso debe abundar en todas las virtudes, para que sea por dentro tal como los hombres lo ven por fuera. Y debe ser mucho más por dentro de lo que se percibe por fuera, porque quien nos examina es Dios, a quien debemos reverenciar por encima de todo dondequiera que estemos, y caminar puros en su presencia como los ángeles.

Cada día debemos renovar nuestro propósito y avivar nuestro fervor, como si hoy hubiéramos venido por primera vez a la conversión, y decir: Ayúdame, Dios, en mi buen propósito y en tu santo servicio, y concédeme comenzar hoy perfectamente, porque nada es lo que he hecho hasta ahora.

Según nuestro propósito avanza nuestro progreso, y mucha diligencia necesita quien quiere progresar bien. Si quien se propone algo con firmeza falla con frecuencia, ¿qué hará quien rara vez se propone algo o lo hace con poca firmeza? Sin embargo, de diversas maneras sucede que abandonamos nuestro propósito.

Y una ligera omisión de los ejercicios apenas pasa sin algún perjuicio. El propósito de los justos depende más de la gracia de Dios que de su propia paciencia. En él confían siempre, sea lo que sea que emprendan. Pues el hombre propone, pero Dios dispone, y el camino del hombre no está en su poder.

Si por una causa piadosa o con el propósito de ayudar a un hermano se omite alguna vez el ejercicio acostumbrado, fácilmente podrá recuperarse después. Pero si se abandona con facilidad por desgana o negligencia, es bastante culpable y se siente su daño. Por mucho que nos esforcemos, seguiremos fallando fácilmente en muchas cosas.

No obstante, siempre hay que proponerse algo concreto, y sobre todo debemos proponernos aquello que más nos cuesta. Debemos examinar y ordenar tanto nuestro exterior como nuestro interior, porque ambos contribuyen a nuestro progreso.

Si no puedes recogerte continuamente, hazlo al menos de vez en cuando, y por lo menos una vez al día, por la mañana o por la tarde. Por la mañana haz tus propósitos; por la tarde examina tu conducta: cómo has sido hoy de palabra, de obra y de pensamiento, porque quizá en estas cosas hayas ofendido muchas veces a Dios y al prójimo.

Prepárate como un hombre fuerte contra las maldades diabólicas; refrena la gula y refrenarás más fácilmente toda inclinación de la carne. Nunca estés enteramente ocioso, sino leyendo, escribiendo, orando, meditando o trabajando en algo útil para la comunidad. Sin embargo, los ejercicios corporales deben hacerse con prudencia, y no todos deben asumirlos por igual.

Los ejercicios que no son comunes no deben mostrarse fuera, pues los particulares se practican con mayor seguridad en secreto. Sin embargo, debes evitar ser perezoso para los comunes y estar más dispuesto para los particulares.

Pero, una vez cumplidos íntegra y fielmente tus deberes y lo que se te ha encomendado, si todavía te queda tiempo libre, dedícate a ti mismo según lo desee tu devoción.

No todos pueden tener un mismo ejercicio, sino que a uno le sirve más uno y a otro, otro; y según convenga al tiempo, agradan distintos ejercicios, porque unos se disfrutan más en los días de fiesta y otros en los días ordinarios; unos necesitamos en tiempo de tentación y otros en tiempo de paz y sosiego.

Unas cosas nos agrada pensar cuando estamos tristes, y otras cuando estamos alegres en el Señor.

En torno a las fiestas principales debemos renovar los buenos ejercicios e implorar con mayor fervor la intercesión de los santos. De una fiesta a otra debemos hacer nuestros propósitos como si entonces fuéramos a dejar este mundo y llegar a la fiesta eterna. Por eso debemos prepararnos con esmero en los tiempos de devoción, vivir más devotamente y guardar con mayor rigor toda observancia, como si pronto fuéramos a recibir de Dios la recompensa de nuestro trabajo.

Y si se demora, creamos que estamos poco preparados y que somos indignos de tanta gloria, que se revelará en nosotros en el tiempo señalado, y procuremos prepararnos mejor para nuestra partida. Dichoso el siervo, dice el evangelista Lucas, a quien el Señor, cuando venga, encuentre vigilante. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 20 — DEL AMOR A LA SOLEDAD Y AL SILENCIO

✦

Busca un tiempo adecuado para estar a solas contigo y piensa con frecuencia en los beneficios de Dios. Deja las curiosidades y lee más bien materias que despierten el arrepentimiento antes que mantenerte ocupado.

Si te apartas de las conversaciones superfluas y de andar por curiosidad de un lado a otro, así como de escuchar novedades y rumores, encontrarás tiempo suficiente y apropiado para dedicarte a buenas meditaciones. Los mayores santos evitaban, cuando podían, la compañía humana y elegían vivir con Dios en el retiro.

Alguien dijo: Cuantas veces estuve entre los hombres, volví siendo menos hombre. Esto lo experimentamos a menudo cuando conversamos durante mucho tiempo. Pues es más fácil callar que no excederse al hablar. Es más fácil permanecer retirado en casa que saber guardarse debidamente fuera de ella.

Por eso, quien quiera llegar a las cosas interiores y espirituales debe apartarse de la multitud con Jesús. Nadie se muestra con seguridad si no se retira de buena gana. Nadie manda con seguridad si no ha aprendido a obedecer. Nadie se alegra con seguridad si no tiene el testimonio de una buena conciencia.

Sin embargo, la seguridad de los santos estuvo siempre llena del temor de Dios. Y no fueron menos vigilantes y humildes consigo mismos por haber

brillado con grandes virtudes y gracia. En cambio, la seguridad de los malvados nace de la soberbia y de la presunción, y al final se convierte en desesperación. Nunca te prometas seguridad en esta vida, aunque parezcas un buen monje o un buen ermitaño.

Muchas veces, quienes eran tenidos por mejores entre los hombres corrieron mayores peligros por su excesiva confianza. Por eso les resulta mucho más provechoso no verse enteramente libres de tentaciones, sino ser combatidos con frecuencia, para que no se sientan demasiado seguros, no se eleven quizá en soberbia ni se entreguen con demasiada libertad a los consuelos exteriores. ¡Qué buena conciencia conservaría quien nunca buscara una alegría pasajera ni se ocupara de las cosas del mundo! ¡Qué gran paz y descanso tendría quien cortara toda preocupación vana, pensara solamente en las cosas saludables y divinas y pusiera toda su esperanza en el Señor!

Nadie es digno del consuelo celestial si no se ha ejercitado con diligencia en el santo arrepentimiento. Si quieres sentir arrepentimiento en lo más profundo del corazón, entra en tu habitación y deja fuera el tumulto del mundo. Como está escrito: Arrepentíos en vuestros lechos. En la celda encontrarás lo que fuera de ella perderás muchas veces.

La celda se vuelve dulce cuando se permanece en ella, y cuando se guarda mal produce hastío. Si al comienzo de tu vida religiosa la habitas y la guardas bien, después será para ti una amiga querida y un consuelo muy grato.

En el silencio y en la quietud progresa el alma devota y aprende los secretos de las Escrituras. Allí encuentra corrientes de lágrimas con las que lavarse y purificarse cada noche, para hacerse tanto más cercana a su Creador cuanto

más lejos vive de todo tumulto mundano. Por eso, a quien se aparta de conocidos y amigos, Dios se acercará con los santos ángeles.

Es mejor permanecer retirado y cuidar de uno mismo que hacer prodigios descuidándose a sí mismo. Es digno de alabanza que el religioso salga pocas veces, evite ser visto y no desee ver a los hombres.

¿Qué quieres ver que no te está permitido tener? El mundo pasa, y también sus deseos. Los deseos de la sensualidad arrastran a salir de paseo. Pero, pasada la hora, ¿qué trae esto sino pesadumbre de conciencia y dispersión del corazón? Una salida alegre produce muchas veces un regreso triste, y una alegre velada hace triste la mañana. Así, todo gozo carnal entra suavemente, pero al final muerde y mata.

¿Qué puedes ver en algún lugar que pueda permanecer de día bajo el sol? Tal vez creas que vas a saciarte, pero no podrás lograrlo. Si vieras todas las cosas presentes, ¿qué sería sino una visión vana? Levanta los ojos a Dios en las alturas y ruega por tus pecados y negligencias. Deja las vanidades a los vanos; tú, en cambio, atiende a lo que Dios te ha mandado.

Cierra tu puerta y llama junto a ti a Jesús, tu amado. Quédate con él en la celda, porque en ningún otro lugar encontrarás tanta paz. Si no hubieras salido ni hubieras escuchado ningún rumor, habrías permanecido mejor en buena paz. Desde el momento en que te complaces en oír alguna novedad, tendrás que soportar por ello la turbación del corazón.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 21 — DEL ARREPENTIMIENTO DEL CORAZÓN

✦

Si quieres progresar en algo, mantente en el temor de Dios y no te tomes demasiadas libertades. Refrena todos tus sentidos bajo disciplina y no te entregues a una alegría insensata; dedícate al arrepentimiento del corazón y encontrarás devoción. El arrepentimiento abre muchos bienes que la falta de disciplina suele perder pronto. Es sorprendente que pueda alegrarse alguna vez plenamente en esta vida el hombre que considera y sopesa su destierro y los muchos peligros de su alma.

Por la ligereza del corazón y el descuido de nuestras faltas no sentimos los dolores de nuestra alma, sino que muchas veces hablamos en vano cuando con razón deberíamos llorar. No hay verdadera libertad ni buena conciencia sino en el temor de Dios. Dichoso quien puede desechar todo impedimento que lo distraiga y recogerse en la unidad del santo arrepentimiento.

Dichoso quien aparta de sí cuanto puede manchar o cargar su conciencia. Lucha con firmeza. Una costumbre se vence con otra. Si sabes dejar a los hombres, ellos también te dejarán hacer tus cosas.

No atraigas hacia ti los asuntos ajenos ni te mezcles en los asuntos de los superiores. Pon siempre los ojos primero en ti y amonéstate especialmente a ti mismo, antes que a todos tus seres queridos.

Si no tienes el favor de los hombres, no te entristezcas por ello; que te pese, en cambio, no comportarte con suficiente rectitud y prudencia, como co-

rresponde a un siervo de Dios y a un religioso devoto. Muchas veces es más útil y más seguro que el hombre no tenga muchos consuelos carnales en esta vida.

Pero, sobre todo, si no tenemos consuelos divinos o rara vez nos sentimos devotos, la culpa es nuestra, porque no buscamos el arrepentimiento del corazón ni desechamos los consuelos vanos y exteriores.

Reconoce que eres indigno del consuelo divino y más bien digno de mucha tribulación. Cuando el hombre está plenamente arrepentido, el mundo entero le resulta pesado y amargo.

El hombre bueno encuentra suficiente motivo para dolerse y llorar, pues, ya se considere a sí mismo o piense en el prójimo, sabe que nadie vive aquí sin tribulación; y cuanto más rigurosamente se examina, tanto más se duele.

Los motivos del justo dolor y del arrepentimiento interior son nuestros pecados y vicios, en los que estamos tan enredados que rara vez podemos contemplar las cosas celestiales.

Si pensaras más a menudo en tu muerte que en lo larga que será tu vida, sin duda te corregirías con mayor fervor. Si también meditaras de corazón en las penas futuras del infierno o del purgatorio, creo que soportarías de buena gana el dolor y el trabajo, y no temerías ningún rigor.

Pero, como estas cosas no llegan al corazón y todavía amamos los halagos, permanecemos fríos y muy perezosos. Muchas veces es la pobreza de espíritu la que hace que el pobre cuerpo se queje con tanta facilidad.

Ruega, pues, humildemente al Señor que te dé el espíritu de arrepentimiento, y di con el profeta: Aliméntame, Señor, con pan de lágrimas y dame a beber lágrimas con medida.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 22 — DE LA CONDICIÓN DE LA MISERIA HUMANA

✦

Eres desdichado dondequiera que estés y adondequiera que te vuelvas, si no te vuelves a Dios. ¿Por qué te turbas porque las cosas no te salen como quieres y deseas? ¿Quién tiene todo según su voluntad? Ni yo, ni tú, ni hombre alguno sobre la tierra. Nadie en el mundo está libre de alguna tribulación o angustia, aunque sea rey o papa. ¿Quién está mejor? Sin duda, quien puede sufrir algo por Dios.

Muchos débiles y enfermos dicen: Mira qué buena vida tiene ese hombre, qué rico y qué grande es, qué poderoso y encumbrado. Pero atiende a los bienes celestiales y verás que todas estas cosas temporales no son nada, sino más bien inciertas y muy pesadas, porque nunca se poseen sin preocupación y temor.

La felicidad del hombre no consiste en tener bienes temporales en abundancia; le basta con una cantidad moderada. Verdaderamente es una miseria vivir sobre la tierra. Cuanto más espiritual quiera ser el hombre, tanto más amarga le resultará la vida presente, porque siente mejor y ve con mayor claridad los efectos de la corrupción humana.

Pues comer, beber, velar, dormir, descansar, trabajar y estar sujeto a las demás necesidades de la naturaleza es verdaderamente una gran miseria y aflicción para el hombre devoto, que de buena gana estaría desligado y libre de todo pecado.

En efecto, el hombre interior se ve muy agobiado por las necesidades corporales en este mundo. Por eso el profeta ruega con devoción poder verse libre de ellas, diciendo: Líbrame, Señor, de mis necesidades. Pero ¡ay de quienes no conocen su miseria y su vida corruptible! Pues algunos se aferran tanto a esta vida que, aunque apenas consiguen lo necesario trabajando o mendigando, si pudieran vivir aquí para siempre, nada les importaría el reino de Dios.

¡Oh, insensatos e infieles de corazón, tan hundidos en las cosas de la tierra que solo gustan de las cosas carnales! Pero esos desdichados sentirán al final, con gran dolor, qué vil y qué insignificante era lo que amaron. Los santos de Dios y todos los amigos devotos de Cristo no atendieron a lo que agradaba a la carne ni a lo que florecía en este tiempo.

Toda su esperanza y su intención anhelaban los bienes eternos. Todo su deseo se dirigía a las cosas duraderas e invisibles, para que el amor de las cosas visibles no los arrastrara hacia lo más bajo.

No pierdas, hermano, la confianza en progresar en las cosas espirituales. Todavía tienes tiempo y ocasión; ¿por qué quieres aplazar tu propósito? Levántate, comienza ahora mismo y di: Ahora es tiempo de obrar, ahora es tiempo de luchar, ahora es el momento adecuado para corregirse. Cuando te encuentras mal y sufres tribulación, entonces es tiempo de ganar méritos.

Debes pasar por el fuego y el agua antes de llegar al descanso; si no te esfuerzas, no vencerás el vicio. Mientras llevemos este cuerpo frágil, no podemos estar sin pecado ni vivir sin hastío y dolor. De buena gana descansaría-

mos de toda miseria, pero, como por el pecado perdimos la inocencia, perdimos también la verdadera felicidad.

Por eso debemos mantener la paciencia y esperar la misericordia de Dios, hasta que pase esta iniquidad y la mortalidad sea absorbida por la vida.

¡Qué grande es la fragilidad humana, siempre inclinada a los vicios! Hoy confiesas tus pecados y mañana vuelves a cometer lo que confesaste. Ahora te propones tener cuidado y, una hora después, actúas como si nada te hubieras propuesto. Con razón, pues, podemos humillarnos y nunca tenernos en gran estima, porque somos tan frágiles e inconstantes. También puede perderse pronto por negligencia lo que, con mucho trabajo, apenas se consiguió al fin por la gracia.

¿Qué será de nosotros al final, si tan pronto nos volvemos tibios? ¡Ay de nosotros si queremos entregarnos al descanso como si ya hubiera paz y seguridad, cuando aún no aparece en nuestra conducta ni un rastro de verdadera santidad! Bien necesario sería que todavía nos formáramos, como buenos novicios, en las mejores costumbres, por si hubiera esperanza de una futura enmienda y de un mayor progreso espiritual.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 23 — DE LA MEDITACIÓN DE LA MUERTE

✦

Muy pronto te sucederá esto: mira cómo debes cambiar tu conducta. Hoy el hombre existe, y mañana desaparece. Y cuando desaparece de la vista, también pronto se borra de la memoria. ¡Oh, torpeza y dureza del corazón humano, que solo piensa en lo presente y no prevé más lo futuro! En cada acción y pensamiento deberías comportarte como si fueras a morir enseguida.

Si tuvieras buena conciencia, no temerías mucho la muerte. Mejor sería evitar los pecados que huir de la muerte. Si hoy no estás preparado, ¿cómo lo estarás mañana? Mañana es un día incierto, y ¿qué sabes tú si tendrás un mañana?

¿De qué sirve vivir mucho tiempo, cuando tan poco nos enmendamos? ¡Ah, una vida larga no siempre nos enmienda, sino que a menudo aumenta más la culpa! Ojalá hubiéramos vivido bien un solo día en este mundo. Muchos cuentan los años de su conversión, pero con frecuencia es escaso el fruto de su enmienda. Si morir causa temor, quizá sea más peligroso vivir mucho tiempo.

Dichoso quien tiene siempre ante los ojos la hora de su muerte y se prepara cada día para morir. Si has visto morir a alguien, piensa que tú pasarás por el mismo camino.

Cuando llegue la mañana, piensa que no llegarás a la tarde. Y al llegar la tarde, no te atrevas a prometerte la mañana. Está, pues, siempre preparado y vive de tal modo que la muerte nunca te encuentre desprevenido. Muchos mueren de repente, sin esperarlo. Pues a la hora en que no se piensa vendrá el Hijo del hombre. Cuando llegue aquella última hora, comenzarás a juzgar de manera muy distinta toda tu vida pasada y sentirás gran dolor por haber sido tan negligente y descuidado.

¡Qué feliz y prudente es quien ahora procura ser en la vida como desea encontrarse en la muerte! Pues darán gran confianza al morir el perfecto desprecio del mundo, el deseo ferviente de progresar en las virtudes, el amor a la disciplina, el esfuerzo de la penitencia, la prontitud en la obediencia, la negación de sí mismo y el soportar cualquier adversidad por amor a Cristo.

Puedes hacer muchas obras buenas mientras estás sano, pero, una vez enfermo, no sé qué podrás hacer. Pocos se enmiendan con la enfermedad; así también, los que mucho peregrinan rara vez se santifican.

No confíes en amigos y allegados ni dejes tu salvación para el futuro, porque los hombres se olvidarán de ti antes de lo que piensas. Mejor es ahora tomar medidas a tiempo y enviar por delante alguna obra buena que esperar la ayuda de otros. Si ahora no te preocupas por ti mismo, ¿quién se preocupará por ti en el futuro?

Ahora el tiempo es muy precioso, pero ¡qué dolor que lo malgastes, cuando en él puedes ganar los méritos que te permitan vivir eternamente! Llegará el momento en que desearás un día o una hora para enmendarte, y no sé si lo conseguirás.

¡Ánimo, querido! ¡De cuánto peligro podrás librarte y de cuán gran temor escapar, si ahora vives siempre con temor y atento a la muerte! Procura ahora vivir de tal modo que en la hora de la muerte puedas alegrarte en vez de temer. Aprende ahora a morir al mundo, para que entonces comiences a vivir con Cristo. Aprende ahora a despreciarlo todo, para que entonces puedas ir libremente a Cristo. Castiga ahora tu cuerpo mediante la penitencia, para que entonces puedas tener una confianza firme.

¡Ah, insensato! ¿Por qué piensas que vivirás mucho tiempo, cuando no tienes asegurado un solo día? ¡Cuántos se han engañado y han sido arrancados del cuerpo sin esperarlo! ¡Cuántas veces has oído decir que aquel cayó a espada, aquel se ahogó, aquel cayó de lo alto y se rompió el cuello, aquel quedó sin vida mientras comía, aquel encontró su fin mientras jugaba; uno murió por el fuego, otro por el hierro, otro por la peste, otro por un asalto! Así, el fin de todos es la muerte, y la vida de los hombres pasa pronto como una sombra.

¿Quién se acordará de ti después de la muerte y quién orará por ti? Haz, haz ahora, querido, cuanto puedas hacer por ti, porque no sabes cuándo morirás. Tampoco sabes qué te sucederá después de la muerte. Mientras tengas tiempo, reúne riquezas inmortales. No pienses en nada fuera de tu salvación. Cuida solo de las cosas de Dios. Hazte ahora amigos venerando a los santos e imitando sus obras, para que, cuando te falte esta vida, ellos te reciban en las moradas eternas.

Considérate peregrino y huésped sobre la tierra, a quien nada le corresponde de los asuntos del mundo. Mantén el corazón libre y elevado hacia Dios, porque aquí no tienes una ciudad permanente. Dirige hacia allí tus

gemidos y tus oraciones diarias con lágrimas, para que tu espíritu merezca pasar felizmente al Señor después de la muerte.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 24 — DEL JUICIO Y DE LAS PENAS DE LOS PECADORES

✦

En todas las cosas mira el fin y cómo te presentarás ante el juez riguroso, para quien nada está oculto, que no se aplaca con regalos ni acepta excusas, sino que juzgará lo que es justo. ¡Oh, desdichado e insensato! ¿Qué responderás a Dios, que conoce todos tus males, tú que a veces temes el rostro de un hombre airado? ¿Por qué no te preparas para el día del juicio?

Entonces nadie podrá ser excusado ni defendido por otro, sino que cada uno llevará su propia carga, suficiente para él. Ahora tu trabajo da fruto, tu llanto es aceptable, tus gemidos pueden ser escuchados y tu dolor sirve de reparación y purificación.

Tiene un gran y saludable purgatorio el hombre paciente que, al recibir ofensas, se duele más de la maldad ajena que de la ofensa sufrida; que ora de buena gana por quienes se le oponen y perdona de corazón sus culpas; que no tarda en pedir perdón a los demás; que se compadece con más facilidad de la que se enoja; que a menudo se vence a sí mismo y procura someter enteramente su carne al espíritu.

Mejor es ahora purificar los pecados y cortar los vicios que dejarlos para ser purificados en el futuro. En verdad nos engañamos a nosotros mismos por el amor desordenado que tenemos a la carne.

¿Qué otra cosa devora aquel fuego sino tus pecados? Cuanto más te consientas ahora y sigas a la carne, tanto más duramente lo pagarás después y

más materia guardarás para arder. En aquello en que el hombre haya pecado, en eso será castigado más gravemente. Allí los perezosos serán purificados con aguijones ardientes y los glotones serán atormentados con hambre y sed inmensas.

Allí los lujuriosos y los amantes de los placeres serán bañados en brea ardiente y azufre maloliente. Y, como perros rabiosos, los envidiosos aullarán de dolor.

No habrá vicio que no tenga su propio tormento. Allí los soberbios se llenarán de toda confusión y los avaros se verán oprimidos por la más miserable pobreza. Allí una hora de castigo será más dura que aquí cien años de amarguísima penitencia. Allí no habrá descanso ni consuelo para los condenados.

Aquí, sin embargo, a veces se descansa de los trabajos y se disfruta del consuelo de los amigos. Preocúpate ahora y duélete de tus pecados, para que en el día del juicio estés seguro junto a los bienaventurados. Pues entonces los justos se mantendrán con gran firmeza frente a quienes los angustiaron y oprimieron.

Entonces se levantará para juzgar quien ahora se somete humildemente a los juicios de los hombres. Entonces el pobre y humilde tendrá gran confianza, y el soberbio sentirá miedo por todas partes.

Entonces se verá que fue sabio en este mundo quien aprendió a ser tenido por necio y despreciado por Cristo. Entonces agradará toda tribulación soportada con paciencia y toda iniquidad cerrará su boca. Entonces se ale-

grará toda persona devota y merecerá todo religioso. Entonces se alegrará más la carne afligida que si siempre hubiera sido alimentada entre delicias.

Entonces brillará el hábito humilde y se oscurecerá el vestido fino. Entonces se alabará más una pobre morada que un palacio dorado. Entonces ayudará más la paciencia constante que todo el poder del mundo. Entonces se enaltecerá más la obediencia sencilla que toda la astucia del mundo.

Entonces alegrará más una conciencia pura, sencilla y buena que una filosofía erudita. Entonces pesará más el desprecio de las riquezas que todo el tesoro de los habitantes de la tierra. Entonces te consolará más la oración devota que la comida exquisita. Entonces te alegrarás más del silencio guardado que de una larga conversación.

Entonces valdrán más las santas, santas obras que muchas palabras hermosas. Entonces valdrán más una vida austera y una dura penitencia que todo deleite terreno. Aprende ahora a sufrir un poco, para que entonces puedas librarte de sufrimientos más graves. Prueba primero aquí lo que podrás sufrir después.

Si ahora no puedes soportar tan poco, ¿cómo podrás sufrir los tormentos eternos? Si ahora un pequeño sufrimiento te vuelve tan impaciente, ¿qué hará entonces el infierno? Mira que en verdad no puedes tener ahora dos alegrías: deleitarte aquí en el mundo y después reinar con Cristo.

Si hasta el día de hoy hubieras vivido siempre entre honores y placeres, ¿de qué te habría servido todo, si te tocara morir en este mismo instante? Todo, pues, es vanidad, salvo amar a Dios y servirle solo a él.

Porque quien ama a Dios con todo el corazón no teme la muerte, ni el suplicio, ni el juicio, ni el infierno, pues el amor perfecto permite acercarse a Dios con confianza. No es extraño que tema la muerte y el juicio quien todavía se deleita en pecar. Sin embargo, es bueno que, si el amor aún no te aparta del mal, al menos el temor del infierno te refrene.

Pero quien deja de lado el temor de Dios no podrá permanecer mucho tiempo en el bien, sino que caerá pronto en las trampas del diablo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# I, 25 — DE LA FERVIENTE ENMIENDA DE TODA LA VIDA

✦

Mantente vigilante y diligente en el servicio de Dios, y piensa a menudo para qué viniste y por qué dejaste el mundo. ¿No fue para vivir para Dios y hacerte espiritual? Esfuérzate, pues, con fervor por avanzar, porque pronto recibirás la recompensa de tus trabajos. Entonces ya no habrá temor ni dolor en tu morada.

Ahora trabajarás un poco y encontrarás un gran descanso, más aún, una alegría perpetua. Si permaneces fiel y fervoroso en tus obras, Dios será sin duda fiel y generoso al recompensarte. Debes conservar la buena esperanza de alcanzar la palma, pero no debes confiarte, para no caer en la apatía ni volverte orgulloso.

Había uno que, angustiado, oscilaba con frecuencia entre el temor y la esperanza. Una vez, consumido por la tristeza, se postró en oración ante un altar de una iglesia y se dijo interiormente: «¡Oh, si supiera que voy a perseverar!». Al instante oyó en su interior la respuesta divina: «Si lo supieras, ¿qué querrías hacer? Haz ahora lo que querrías hacer y estarás bien seguro».

Enseguida, consolado y fortalecido, se entregó a la voluntad divina y cesó su angustiosa vacilación. No quiso investigar con curiosidad para saber qué le sucedería, sino que procuró más bien averiguar cuál era la voluntad de Dios, agradable y perfecta, para comenzar y llevar a término toda obra.

Espera en el Señor y haz el bien, dice el Profeta; habita la tierra y te alimentarás de sus riquezas. Una cosa aparta a muchos del progreso y de la ferviente enmienda: el miedo a la dificultad o al esfuerzo de la lucha. Más que los demás avanzan en las virtudes quienes se esfuerzan por vencer lo que les resulta más penoso y contrario. Porque el hombre progresa más y merece una gracia mayor allí donde más se vence a sí mismo y se mortifica en el espíritu.

Pero no todos tienen tanto que vencer y mortificar. Sin embargo, quien se esfuerza con diligencia tendrá más fuerza para avanzar, aunque tenga más pasiones, que otro de buenas costumbres pero menos fervoroso en las virtudes. Dos cosas ayudan especialmente a una gran enmienda: apartarse con firmeza de aquello a lo que la naturaleza se inclina viciosamente y procurar con fervor el bien del que uno más carece. Esfuérzate también especialmente por evitar y vencer lo que más a menudo te desagrada en los demás.

En todas partes encontrarás ocasión de progresar: si ves u oyes buenos ejemplos, que se encienda en ti el deseo de imitarlos. Si observas algo reprensible, cuida de no hacer lo mismo; y si alguna vez lo hiciste, procura enmendarte cuanto antes.

Así como tus ojos observan a los demás, también los demás se fijan en ti. ¡Qué agradable y dulce es ver hermanos fervorosos y devotos, de buenas costumbres y disciplinados! ¡Qué triste y penoso es ver a quienes viven desordenadamente y no practican aquello a lo que fueron llamados! ¡Qué perjudicial es descuidar el propósito de la propia vocación e inclinar la atención hacia lo que no se nos ha encomendado!

Recuerda el propósito que abrazaste y pon ante ti la imagen del Crucificado. Bien puedes avergonzarte al contemplar la vida de Jesucristo, porque todavía no has procurado asemejarte más a él, aunque llevas mucho tiempo en el camino de Dios.

El religioso que se ejercita con atención y devoción en la santísima vida y pasión del Señor encontrará allí en abundancia todo lo que le es útil y necesario. No necesita buscar fuera de Jesús nada mejor. ¡Oh, si Jesús crucificado viniera a nuestro corazón, qué pronto quedaríamos suficientemente instruidos! El religioso fervoroso lleva y acepta bien todo lo que se le manda.

El religioso negligente y tibio sufre tribulación tras tribulación y padece angustia por todas partes, porque carece de consuelo interior y se le prohíbe buscarlo fuera. El religioso que vive fuera de la disciplina se expone a una grave caída. Quien busca una vida más cómoda y relajada estará siempre en angustias, porque una cosa u otra le desagradará.

¿Cómo lo hacen tantos otros religiosos que viven sometidos a una estricta disciplina del claustro, salen rara vez, viven retirados, comen muy pobremente, visten con tosquedad, trabajan mucho, hablan poco, velan largo tiempo, se levantan temprano, prolongan sus oraciones, leen con frecuencia y se mantienen en toda disciplina?

Mira a los cartujos, a los benedictinos, a los cistercienses y a los monjes y monjas de diversas órdenes: cómo se levantan cada noche para cantar salmos a Dios. Por eso sería vergonzoso que tú te entregaras al sueño y a la pereza en una obra tan santa, cuando tan gran multitud de religiosos comienza a cantar con júbilo a Dios.

¡Oh, si no tuviéramos otra cosa que hacer sino alabar al Señor nuestro Dios con todo el corazón y con la boca! ¡Oh, si nunca necesitaras comer, beber ni dormir, sino que pudieras alabar siempre a Dios y dedicarte únicamente a las ocupaciones espirituales! Entonces serías mucho más feliz que ahora, cuando sirves a la carne por una u otra necesidad. ¡Ojalá no existieran estas necesidades, sino solo los alimentos espirituales del alma, que, por desgracia, tan pocas veces saboreamos!

Cuando el hombre llega a no buscar consuelo en ninguna criatura, entonces empieza por primera vez a saborear plenamente a Dios; entonces también estará contento con todo lo que suceda; entonces no se alegrará por lo grande ni se entristecerá por lo pequeño, sino que se entregará por entero y con confianza a Dios, que es para él todo en todas las cosas, para quien nada nace ni muere, sino que todas las cosas viven para él y le sirven sin demora a una señal suya.

Recuerda siempre el fin y que el tiempo perdido no vuelve; sin solicitud y diligencia nunca adquirirás las virtudes. Si empiezas a entibiarte, empiezas a estar mal. Pero si te entregas al fervor, encontrarás gran paz y sentirás más ligero el trabajo por la gracia de Dios y el amor a la virtud. El hombre fervoroso y diligente está preparado para todo.

Mayor esfuerzo es resistir a los vicios y a las pasiones que sudar en trabajos corporales. Quien no evita las faltas pequeñas cae poco a poco en otras mayores. Siempre te alegrarás al llegar la noche si has empleado el día con provecho. Vigila siempre sobre ti mismo y, sea lo que sea de los demás, no te

descuides. Tanto avanzarás cuanto te esfuerces por vencerte a ti mismo. Amén.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 1 — COMIENZA EL LIBRO DE LA VIDA INTERIOR

✦

El reino de Dios está dentro de vosotros, dice el Señor. Vuélvete al Señor con todo tu corazón y deja este mundo miserable, y tu alma encontrará descanso. Aprende a despreciar lo exterior y a entregarte a lo interior, y verás venir a ti el reino de Dios. Porque el reino de Dios es paz y alegría en el Espíritu Santo, que no se da a los impíos.

Cristo vendrá a ti y te mostrará su consuelo si le preparas dentro de ti una morada digna. Toda su gloria y su hermosura están en el interior, y allí se complace. Con frecuencia visita al hombre interior, conversa dulcemente con él, le da grato consuelo, mucha paz y una familiaridad verdaderamente admirable.

Vamos, alma fiel, prepara tu corazón para este esposo, para que se digne venir a ti y habitar en ti. Pues así dice: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada». Da, pues, lugar a Cristo y niega la entrada a todos los demás. Cuando tienes a Cristo, eres rico y él te basta.

Él proveerá por ti y será tu fiel administrador en todo, de modo que no necesites poner tu esperanza en los hombres. Porque los hombres cambian pronto y fallan rápidamente, pero Cristo permanece para siempre y se mantiene firme a tu lado hasta el fin.

No hay que poner gran confianza en un hombre frágil y mortal, aunque sea útil y querido, ni entristecerse demasiado si a veces se opone y contradice. Los que hoy están contigo mañana pueden ponerse en tu contra. Y a la inversa, a menudo cambian como el viento. Pon toda tu confianza en el Señor, y sea él tu temor y tu amor.

Él responderá por ti y hará el bien como mejor convenga. No tienes aquí una ciudad permanente, y dondequiera que estés eres extranjero y peregrino; nunca tendrás descanso si no estás íntimamente unido a Cristo.

¿Por qué miras aquí a tu alrededor, si este no es el lugar de tu descanso? Tu morada debe estar en los cielos, y debes mirar todas las cosas como de paso. Todo pasa, y tú también con ello. Cuida de no apegarte, para que no quedes atrapado y perezcas. Que tu pensamiento esté junto al Altísimo y tu oración se dirija a Cristo sin cesar.

Si no sabes contemplar las cosas elevadas y celestiales, descansa en la pasión de Cristo y habita de buena gana en sus santas llagas. Porque si te refugias con devoción en las llagas y hermosas marcas de Jesús, sentirás gran consuelo en la tribulación; te importará poco el desprecio de los hombres y soportarás con facilidad las palabras de quienes te difaman.

Jesucristo, el Señor, también fue despreciado por los hombres en el mundo y, en su mayor necesidad, abandonado entre afrentas por conocidos y amigos. El Señor Jesús quiso padecer y ser despreciado, ¿y tú te atreves a quejarte de algo?

Cristo tuvo adversarios y detractores, ¿y tú quieres tener a todos por amigos y bienhechores? ¿Dónde será coronada tu paciencia si no te sobreviene

ninguna adversidad? Si no quieres sufrir ninguna contrariedad, ¿cómo serás amigo de Cristo? Sufre con Cristo y por Cristo si quieres reinar con Cristo.

Si una sola vez hubieras entrado plenamente en el interior de Jesús y hubieras saboreado un poco de su amor ardiente, no te preocuparías por tu propio bienestar o malestar, sino que más bien te alegrarías de las afrentas recibidas, porque el amor de Jesús hace que el hombre se desprecie a sí mismo. Quien ama a Jesús, vive de verdad en su interior y está libre de afectos desordenados puede volverse libremente a Dios, elevarse en espíritu por encima de sí mismo y descansar con gozo.

Quien aprecia todas las cosas tal como son, y no como se dicen o se estiman, es verdaderamente sabio y está más instruido por Dios que por los hombres. Quien sabe caminar por dentro y dar poco peso a las cosas de fuera no busca lugares ni espera ocasiones para practicar ejercicios de devoción. El hombre interior se recoge pronto y nunca se derrama por completo en lo exterior.

No le perjudican el trabajo exterior ni una ocupación necesaria por un tiempo, sino que se adapta a las cosas según se presentan. Quien está bien dispuesto y ordenado por dentro no se preocupa por las conductas extrañas y perversas de los hombres. El hombre encuentra tantos obstáculos y distracciones como cosas atrae hacia sí.

Si estuvieras en buen estado y bien purificado, todas las cosas redundarían en tu bien y progreso. Por eso muchas cosas te desagradan y te perturban con frecuencia: porque todavía no has muerto por completo a ti mismo ni te has apartado de todo lo terreno. Nada mancha y enreda tanto el corazón

del hombre como el amor impuro a las criaturas. Si renuncias al consuelo exterior, podrás contemplar las cosas celestiales y alegrarte con frecuencia en tu interior.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 2 — DE LA SUMISIÓN Y DEL GOBIERNO DEL PRELADO

✦

No des mucha importancia a quién está a tu favor o en tu contra, sino procura y cuida que Dios esté contigo en todo lo que haces. Ten buena conciencia y Dios te defenderá bien. Porque a quien él quiera ayudar no podrá dañarlo la maldad de nadie. Si sabes callar y sufrir, verás sin duda el auxilio del Señor.

Él conoce el tiempo y el modo de librarte, y por eso debes entregarte a él. A Dios le corresponde ayudar y librar de toda confusión. A menudo es muy provechoso, para conservar una mayor humildad, que otros conozcan y reprendan nuestros defectos.

Cuando uno se humilla por sus defectos, aplaca fácilmente a los demás y satisface sin dificultad a quienes están enojados con él. Dios protege y libra al humilde. Ama y consuela al humilde. Se inclina hacia el hombre humilde. Al humilde le concede una gracia plena y grande. Y después de su abatimiento lo eleva a la gloria.

Al humilde le revela sus secretos, lo atrae dulcemente hacia sí y lo invita. El humilde, cuando recibe una ofensa y una humillación, permanece en paz, porque se apoya en Dios y no en el mundo. No pienses que has progresado en algo si no te sientes inferior a todos.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 3 — DEL HOMBRE BUENO Y PACÍFICO

✦

Ponte primero en paz contigo mismo, y entonces podrás poner paz entre los demás. El hombre pacífico aprovecha más que el muy instruido. El hombre dominado por las pasiones interpreta incluso el bien como mal, y fácilmente cree lo malo. El hombre bueno y pacífico todo lo convierte en bien. Quien vive en paz no sospecha de nadie.

Pero quien está descontento y alterado se agita entre diversas sospechas: ni descansa él ni permite descansar a los demás. A menudo dice lo que más le convendría hacer a él mismo, y descuida lo que está obligado a hacer. Ten, pues, primero celo por ti mismo; entonces podrás tener también un justo celo por tu prójimo.

Sabes excusar y tolerar tus propias acciones, y no quieres aceptar las excusas de los demás. Serías justo si te acusaras a ti mismo y excusaras a tu hermano. Si quieres que te soporten, soporta a otro. Mira qué lejos estás todavía de la verdadera caridad y humildad, que no sabe indignarse ni enojarse con nadie, salvo consigo misma.

No es gran cosa convivir con los buenos y mansos. Esto agrada naturalmente a todos, y cada uno desea vivir en paz y ama más a quienes piensan como él. Pero poder vivir en paz con los duros y perversos, con los indisciplinados o con quienes nos contradicen, es una gran gracia y una obra muy loable y valerosa.

Hay quienes se mantienen en paz consigo mismos y también tienen paz con los demás. Y hay quienes ni tienen paz ni dejan en paz a los demás. Son una carga para otros, pero siempre son una carga mayor para sí mismos. Y hay quienes se conservan en paz y procuran devolver la paz a los demás.

Y, sin embargo, ¿no debe ponerse toda nuestra paz en esta vida miserable más en soportar con humildad que en no sentir contrariedades? Quien mejor sabe sufrir tendrá mayor paz. Este es vencedor de sí mismo y señor del mundo, amigo de Cristo y heredero del cielo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 4 — DE LA MENTE PURA Y LA INTENCIÓN SENCILLA

✦

Con dos alas se eleva el hombre por encima de las cosas terrenas: la sencillez y la pureza. La sencillez debe estar en la intención; la pureza, en el afecto. La sencillez busca a Dios; la pureza lo alcanza y lo saborea.

Ninguna acción te estorbará si por dentro estás libre de todo afecto desordenado. Si no buscas ni pretendes otra cosa que el agrado de Dios y el provecho del prójimo, gozarás de libertad interior. Si tu corazón fuera recto, toda criatura sería un espejo de vida y un libro de santa enseñanza. No hay criatura tan pequeña e insignificante que no refleje la bondad de Dios.

Si fueras bueno y puro por dentro, comprenderías bien todas las cosas y sin dificultad. El corazón puro penetra el cielo y el infierno. Cada uno juzga lo de fuera según es por dentro. Si hay alegría en el mundo, ciertamente la posee el hombre de corazón puro. Y si en alguna parte hay tribulación y angustia, mejor las conoce la mala conciencia.

Como el hierro puesto en el fuego pierde el óxido y se vuelve todo incandescente, así el hombre que se vuelve enteramente a Dios se despoja de la tibieza y se transforma en un hombre nuevo.

Cuando el hombre empieza a volverse tibio, teme un pequeño esfuerzo y busca consuelo exterior. Pero cuando empieza a vencerse plenamente y a

caminar con valentía por el camino de Dios, entonces da menos importancia a lo que antes le parecía pesado.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 5 — DEL EXAMEN DE UNO MISMO

✦

No podemos confiar demasiado en nosotros mismos, porque a menudo nos falta la gracia; hay poca luz en nosotros, y pronto la perdemos por negligencia. Muchas veces ni siquiera advertimos lo ciegos que estamos por dentro. A menudo obramos mal y nos excusamos peor. A veces nos mueve la pasión, y creemos que es celo.

Reprendemos pequeñas faltas en los demás y pasamos por alto otras mayores en nosotros. Muy pronto sentimos y sopesamos lo que soportamos de los demás, pero no advertimos cuánto soportan los demás de nosotros. Quien examinara bien y con rectitud sus propias faltas no tendría motivo para juzgar con dureza las ajenas.

El hombre de vida interior antepone el cuidado de sí mismo a todos los demás cuidados; y quien se atiende con diligencia guarda fácilmente silencio sobre los demás. Nunca tendrás vida interior ni devoción si no guardas silencio sobre los demás y vuelves especialmente la mirada hacia ti mismo.

Si te dedicas por entero a ti mismo y a Dios, poco te afectará lo que percibas fuera. ¿Dónde estás cuando no estás presente para ti mismo? Y después de haberlo recorrido todo, ¿qué has ganado si te has descuidado? Si has de tener paz y verdadera unión, es necesario que dejes todavía todo lo demás en segundo plano y te tengas solo a ti ante los ojos.

Por tanto, avanzarás mucho si te mantienes libre de toda preocupación temporal. Decaerás mucho si das importancia a alguna cosa temporal. Nada te parezca elevado, nada grande, nada grato, nada aceptable, salvo únicamente Dios o lo que viene de Dios. Considera vano todo consuelo que te ofrezca alguna criatura. El alma que ama a Dios desdeña y desprecia todo lo que está por debajo de Dios. Solo Dios, eterno e inmenso, que todo lo llena, es el consuelo del alma y la verdadera alegría de la mente.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 6 — DE LA ALEGRÍA DE LA BUENA CONCIENCIA

✦

La gloria de los hombres buenos es el testimonio de una buena conciencia. Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría. La buena conciencia puede soportar muchas cosas y se alegra mucho en medio de las adversidades. La mala conciencia siempre está temerosa e inquieta. Descansarás dulcemente si tu corazón no te reprocha nada. No te alegres sino cuando hayas obrado bien.

Los malos nunca tienen verdadera alegría ni sienten paz interior, porque no hay paz para los impíos, dice el Señor. Y si dijeran: «Estamos en paz, no vendrán males sobre nosotros, ¿y quién se atreverá a hacernos daño?», no les creas, porque súbitamente se alzará la ira de Dios, sus obras quedarán reducidas a la nada y sus pensamientos perecerán.

Gloriarse en las tribulaciones no es difícil para quien ama, pues gloriarse así es gloriarse en la cruz del Señor. Breve es la gloria que los hombres dan y reciben. La tristeza acompaña siempre a la gloria del mundo. La gloria de los buenos está en sus conciencias y no en la boca de los hombres.

La alegría de los justos viene de Dios y está en Dios, y su gozo viene de la verdad. Quien desea la gloria verdadera y eterna no se preocupa por la temporal. Y quien busca la gloria temporal, o no la desprecia de corazón, demuestra que ama menos la celestial. Gran tranquilidad de corazón tiene quien no se preocupa ni por las alabanzas ni por los reproches.

Fácilmente estará contento y en paz quien tiene la conciencia limpia. No eres más santo si te alaban, ni más despreciable si te reprochan. Eres lo que eres, y no puede decirse que seas mejor de lo que eres ante el testimonio de Dios. Si atiendes a lo que eres en tu interior, no te preocupará lo que los hombres digan de ti por fuera.

El hombre ve el rostro, pero Dios ve el corazón. El hombre considera los actos; Dios sopesa la intención. Obrar siempre bien y tenerse en poco es señal de un alma humilde. No querer recibir consuelo de ninguna criatura es señal de gran pureza y confianza interior.

Quien no busca ningún testimonio exterior a su favor muestra claramente que se ha confiado por entero a Dios. Pues no queda aprobado quien se recomienda a sí mismo, dice el bienaventurado Pablo, sino aquel a quien Dios recomienda. Caminar interiormente con Dios y no quedar atado por ningún afecto exterior es el estado del hombre de vida interior.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 7 — DEL AMOR A JESÚS SOBRE TODAS LAS COSAS

✦

¿Dichoso quien entiende lo que es amar a Jesús y despreciarse a sí mismo por Dios? Es necesario dejar lo amado por el Amado, porque Jesús quiere ser amado él solo por encima de todo. El amor a la criatura es engañoso e inestable; el amor a Jesús es dichoso y duradero. Quien se apega a la criatura caerá con lo que es frágil; quien abraza a Jesús quedará firme en él.

Ámalo y tenlo por amigo, pues cuando todos se alejen, él no te abandonará ni permitirá que al final perezcas. Algún día tendrás que separarte de todos, quieras o no.

Mantente junto a Jesús en la vida y en la muerte, y confíate a su fidelidad, pues cuando todos fallen, solo él podrá ayudarte. Tu Amado es de tal naturaleza que no quiere admitir a otro, sino que quiere tener él solo tu corazón y sentarse como rey en su propio trono. Si supieras vaciarte de toda criatura, Jesús habitaría contigo de buena gana.

Descubrirás que has perdido casi todo cuanto hayas puesto en los hombres fuera de Jesús. No confíes ni te apoyes en una caña sacudida por el viento, porque toda carne es hierba, y toda su gloria, como flor de hierba, caerá.

Pronto te engañarás si solo miras la apariencia exterior de los hombres. Si buscas en los demás tu consuelo y provecho, a menudo sufrirás daño. Si buscas a Jesús en todo, ciertamente encontrarás a Jesús. Pero si te buscas a ti mismo, también te encontrarás, aunque para tu perdición. Pues el hombre

que no busca a Jesús se hace más daño a sí mismo que el mundo entero y todos sus adversarios.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 8 — DE LA AMISTAD ÍNTIMA CON JESÚS

✦

Cuando Jesús está presente, todo es bueno y nada parece difícil. Pero cuando Jesús no está presente, todo es duro. Si Jesús dice una sola palabra, se siente un gran consuelo. ¿Acaso María Magdalena no se levantó enseguida del lugar donde lloraba cuando Marta le dijo: «El Maestro está aquí y te llama»?

Dichosa la hora en que Jesús te llama de las lágrimas a la alegría del espíritu. Qué seco y duro eres sin Jesús. Qué insensato y vano eres si deseas algo fuera de Jesús. ¿No es esta una pérdida mayor que si perdieras el mundo entero?

¿Qué puede ofrecer el mundo sin Jesús? Estar sin Jesús es un penoso infierno, y estar con Jesús, un dulce paraíso. Si Jesús está contigo, has encontrado un buen tesoro, más aún, un bien por encima de todo bien. Y quien ha perdido a Jesús ha perdido muchísimo, más que el mundo entero. Es muy pobre quien vive sin Jesús; es muy rico quien está bien con Jesús.

Gran arte es saber tratar con Jesús, y gran prudencia saber conservarlo. Sé humilde y pacífico, y Jesús estará contigo. Sé devoto y sereno, y Jesús permanecerá contigo. Puedes ahuyentar pronto a Jesús y perder su gracia si quieres desviarte hacia las cosas exteriores. Y si lo ahuyentas y lo pierdes, ¿a quién acudirás entonces y a quién buscarás como amigo?

Sin un amigo no puedes vivir mucho tiempo. Y si Jesús no es tu amigo por encima de todos, estarás muy triste y desolado. Obras, pues, insensatamente si confías y te alegras en cualquier otro. Es preferible tener al mundo entero en contra que haber ofendido a Jesús. Entre todos tus seres queridos, sea Jesús tu amado especial.

Ama a los hombres por Jesús, y a Jesús por sí mismo. Solo Jesucristo debe ser amado de manera singular, pues solo él es bueno y fiel por encima de todos los amigos. Por él y en él, sean queridos para ti tanto los amigos como los enemigos, y debes rogarle por todos ellos, para que todos lo conozcan y lo amen.

Nunca desees ser alabado y amado de manera singular, porque esto pertenece solo a Dios, que no tiene semejante. Tampoco quieras que alguien ocupe contigo un lugar en tu corazón, ni quedes tú absorbido por el amor de alguien. Que Jesús esté en ti y en todo hombre bueno.

Sé puro y libre por dentro, sin ataduras a criatura alguna. Es necesario que estés despojado de todo y lleves a Jesús un corazón puro si quieres estar libre y ver qué bueno es el Señor. Y en verdad no llegarás a esto si su gracia no se adelanta a ti y te atrae hacia dentro, para que, una vez apartado y dejado todo, te unas a Dios solo.

Pues cuando la gracia de Dios llega al hombre, este puede con todo. Y cuando se retira, queda pobre y débil, como abandonado únicamente a los azotes. En estas cosas no debes abatirte ni desesperar, sino mantenerte sereno ante la voluntad de Dios y soportar cuanto te sobrevenga para alabanza de Jesucristo.

Porque después del invierno viene el verano, después de la noche vuelve el día, y después de la tempestad, una gran calma.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 9 — DE LA FALTA DE TODO CONSUELO

✦

No es difícil despreciar el consuelo humano cuando está presente el divino. Grande, y muy grande, es poder prescindir tanto del consuelo humano como del divino, y querer soportar de buena gana, por amor de Dios, el destierro del corazón, sin buscarse a sí mismo en nada ni mirar al propio mérito. ¿Qué tienes de especial si estás alegre y lleno de devoción cuando llega la gracia?

Todos desean esa hora. Muy suavemente cabalga aquel a quien lleva la gracia de Dios. ¿Y qué tiene de extraño que no sienta la carga quien es llevado por el Todopoderoso y guiado por el supremo Guía?

Nos gusta tener algo que nos sirva de consuelo, y al ser humano le cuesta desprenderse de sí mismo. San Lorenzo venció al mundo junto con el sumo sacerdote, porque despreció todo lo que parecía agradable en el mundo y, por amor de Cristo, soportaba con serenidad que también le arrebataran al sumo sacerdote de Dios, Sixto, a quien tanto amaba.

Así, por amor al Creador, superó el amor al hombre y prefirió la voluntad divina al consuelo humano. Aprende tú también a dejar, por amor de Dios, a algún amigo necesario y querido. Y no te aflijas demasiado cuando un amigo te abandone, sabiendo que todos tendremos que separarnos unos de otros al final.

Mucho y durante largo tiempo debe el ser humano luchar consigo mismo antes de aprender a vencerse por completo y dirigir plenamente todo su afecto hacia Dios. Cuando el ser humano se apoya en sí mismo, fácilmente se inclina hacia los consuelos humanos. Pero quien ama de verdad a Cristo y sigue con empeño las virtudes no se entrega a esos consuelos ni busca tales dulzuras sensibles. Busca más bien pruebas y ejercicios difíciles, y soportar duros trabajos por Cristo.

Por tanto, cuando Dios te dé consuelo espiritual, recíbelo con agradecimiento y reconoce que es un don de Dios y no mérito tuyo, y no te enorgullezcas. No te alegres en exceso ni te llenes de vana confianza; al contrario, que ese don te haga más humilde, más prudente y más temeroso en todos tus actos, porque esa hora pasará y vendrá después la tentación.

Cuando te sea quitado el consuelo, no desesperes enseguida, sino espera con humildad y paciencia la visita celestial, porque Dios tiene poder para devolverte una gracia y un consuelo mayores. Esto no es nuevo ni extraño para quienes conocen por experiencia el camino de Dios, porque entre los grandes santos y los antiguos profetas se dio con frecuencia esta alternancia.

Por eso, uno decía cuando gozaba ya de la gracia: Yo dije en mi abundancia: no seré sacudido jamás. Pero añade lo que experimentó en sí mismo al faltarle la gracia, diciendo: Apartaste de mí tu rostro y quedé turbado. Sin embargo, en medio de todo esto no desespera, sino que ruega al Señor con mayor insistencia y dice: A ti, Señor, clamaré, y a mi Dios suplicaré.

Finalmente recoge el fruto de su oración y da testimonio de haber sido escuchado, diciendo: El Señor me escuchó y tuvo misericordia de mí; el Se-

ñor se hizo mi auxilio. ¿Pero en qué? Convertiste, dice, mi llanto en gozo y me rodeaste de alegría.

Y si así sucedió con los grandes santos, no debemos desesperar nosotros, débiles y pobres, si unas veces estamos fríos y otras llenos de fervor. Porque el espíritu viene y se retira según le place a su voluntad. Por eso dice el bienaventurado Job: Lo visitas al amanecer y de pronto lo pones a prueba.

¿En qué puedo, pues, poner mi esperanza, o en qué debo confiar, sino únicamente en la gran misericordia del Señor y en la esperanza de la gracia celestial? Porque, aunque haya personas buenas, hermanos devotos y amigos fieles, libros santos o hermosos tratados, dulces cantos e himnos, todo esto ayuda poco y tiene poco sabor cuando me falta la gracia y quedo abandonado a mi propia pobreza. Entonces no hay mejor remedio que la paciencia y la renuncia a mí mismo en la voluntad de Dios.

Nunca encontré a ningún religioso que no haya sufrido alguna vez la privación de la gracia o sentido una disminución del fervor. Ningún santo fue arrebatado a tan gran altura ni recibió tanta luz que antes o después no fuera tentado. Pues no es digno de la elevada contemplación de Dios quien no ha sido ejercitado por Dios con alguna tribulación.

La tribulación que precede suele ser señal del consuelo que viene después. Porque a quienes han sido probados por las tentaciones se les promete el consuelo celestial. Al que venza, dice, le daré a comer del árbol de la vida.

También se da el consuelo divino para que el ser humano tenga más fuerza para soportar las adversidades. Después viene también la tentación, para que no se enorgullezca del bien recibido. El diablo no duerme ni la carne

está muerta todavía. Por eso no dejes de prepararte para la lucha, porque a derecha e izquierda hay enemigos que nunca descansan.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 10 — DE LA GRATITUD POR LA GRACIA DE DIOS

✦

¿Por qué buscas descanso, si has nacido para el trabajo, para la paciencia más que para el consuelo, y para llevar la cruz más que para la alegría? ¿Quién, aun entre quienes viven en el mundo, no recibiría de buena gana el consuelo y la alegría espirituales si pudiera tenerlos siempre?

Porque los consuelos espirituales superan todos los deleites del mundo y los placeres de la carne. Pues todos los deleites mundanos son deshonestos o vanos. Solo los deleites espirituales son agradables y honestos, nacidos de las virtudes e infundidos por Dios en las almas puras.

Pero nadie puede disfrutar siempre de estos consuelos divinos según su deseo, porque el tiempo de la tentación no tarda en volver.

La falsa libertad del ánimo y la excesiva confianza en uno mismo se oponen mucho a la visita celestial. Dios hace el bien al dar la gracia del consuelo, pero el ser humano hace mal al no corresponder enseguida a Dios con agradecimiento.

Y por eso los dones de la gracia no pueden fluir en nosotros, porque somos ingratos con su autor y no lo devolvemos todo a la fuente de donde procede. Pues siempre se debe la gracia a quien dignamente da o devuelve las gracias. Al orgulloso se le quitará lo que suele darse al humilde.

No quiero un consuelo que me quite el arrepentimiento, ni deseo una contemplación que lleve al orgullo. Porque no todo lo elevado es santo, ni todo

deseo es puro, ni todo lo dulce es bueno, ni todo lo querido agrada a Dios. Recibo de buena gana la gracia que me haga más humilde y temeroso, y más dispuesto a renunciar a mí mismo.

Quien haya aprendido del don de la gracia y haya sido instruido por el azote de su privación no se atreverá a atribuirse nada bueno, sino que se reconocerá pobre y desnudo. Da a Dios todo lo que es de Dios y atribúyete lo que es tuyo. Es decir, da gracias a Dios por la gracia, y reconoce que solo a ti te corresponden la culpa y el justo castigo por ella.

Ponte siempre en el lugar más bajo y se te dará el más alto. Porque lo más alto no se sostiene sin lo más bajo. Los santos más grandes ante Dios son los más pequeños a sus propios ojos, y cuanto más gloriosos, más humildes son en sí mismos; llenos de verdad y de gloria celestial, sin ambición de gloria vana, fundados y afianzados en Dios, de ningún modo pueden enorgullecerse.

Y quienes atribuyen a Dios todo el bien que han recibido no buscan recibir gloria unos de otros. Quieren, en cambio, la gloria que viene de Dios, buscan que Dios sea alabado en ellos y en todos los santos, lo desean por encima de todo y siempre tienden hacia él.

Sé, pues, agradecido por lo más pequeño y serás digno de recibir cosas mayores. Considera lo más pequeño como lo más grande, y lo despreciable como un don especial. Si se considera la dignidad del que da, ningún don parecerá pequeño ni de escaso valor.

Porque no es pequeño lo que da el Dios supremo; aunque dé penas y azotes, debe recibirse con gratitud, porque cuanto permite que nos suceda lo

hace siempre por nuestra salvación. Quien desea conservar la gracia de Dios sea agradecido cuando se le da, paciente cuando se le quita; ruegue para que le sea devuelta y sea prudente y humilde para no perderla.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

## II, 11 — DE LOS POCOS QUE AMAN LA CRUZ

✦

Jesús tiene muchos que aman su reino celestial, pero pocos que llevan su cruz. Encuentra muchos compañeros de mesa, pero pocos de abstinencia. Todos quieren alegrarse con Cristo, pero pocos quieren soportar algo por él. Muchos siguen a Jesús hasta la fracción del pan, pero pocos hasta beber el cáliz de la pasión.

Muchos veneran sus milagros, pero pocos lo siguen en las humillaciones de la cruz. Muchos aman a Jesús mientras no les llegan las adversidades. Muchos lo alaban y bendicen mientras reciben de él algún consuelo. Pero si Jesús se oculta y los deja por un poco de tiempo, caen en las quejas o en un abatimiento excesivo.

Pero quienes aman a Jesús por Jesús, y no por algún consuelo propio, lo aman y bendicen en la tribulación y en la angustia del corazón tanto como en el mayor consuelo. Y aunque nunca quisiera darles consuelo, lo alabarían y querrían darle gracias siempre.

¡Oh, cuánto puede el amor puro a Jesús, sin mezcla de ningún interés ni amor propio! ¿No se debe llamar mercenarios a todos los que buscan siempre consuelos? ¿No demuestran amarse más a sí mismos que a Jesús quienes piensan siempre en sus ventajas o ganancias? ¿Dónde se encuentra alguien que quiera servir a Dios sin recompensa?

Rara vez se encuentra alguien tan espiritual que esté despojado de todo. Porque ¿quién encontrará a un verdadero pobre de espíritu, desprendido de toda criatura? Su valor está lejos y más allá de todos los confines. Aunque el ser humano dé todos sus bienes, todavía no es nada. Y aunque haga gran penitencia, todavía es poco.

Y aunque alcance todo el conocimiento, todavía está lejos. Y aunque tenga gran virtud y una devoción muy ardiente, todavía le falta mucho. Le falta una sola cosa, que le es sumamente necesaria. ¿Cuál? Que, después de dejarlo todo, se deje a sí mismo y salga por completo de sí, sin conservar nada de amor propio. Cuando haya hecho todo lo que sabe que debe hacer, considere que no ha hecho nada.

No tenga por grande aquello por lo que pueda ser tenido en gran estima, sino que se declare de verdad siervo inútil. Como dice la Verdad: Cuando hayan hecho todo lo que nos ha sido mandado, digan todavía: Somos siervos inútiles. Entonces podrá ser verdaderamente pobre y desnudo de espíritu, y decir con el profeta: Porque estoy solo y soy pobre. Nadie es más rico, nadie más libre, nadie más poderoso que quien sabe dejarse a sí mismo y dejarlo todo, y ponerse en el lugar más bajo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# II, 12 — DEL CAMINO REAL DE LA SANTA CRUZ

✦

A muchos les parece dura esta palabra: Niégate a ti mismo, toma tu cruz y sigue a Jesús. Pero mucho más duro será oír aquella última palabra: Apartaos de mí, todos los malditos, al fuego eterno. Pues quienes ahora escuchan de buena gana la palabra de la cruz y la siguen, entonces no temerán al oír la condenación eterna.

Esta señal de la cruz estará en el cielo cuando el Señor venga a juzgar. Entonces todos los servidores de la cruz que durante su vida se hicieron semejantes al Crucificado se acercarán a Cristo juez con gran confianza.

¿Por qué temes, pues, tomar la cruz, por la cual se va al Reino? En la cruz está la salvación. En la cruz está la vida. En la cruz está la protección contra los enemigos. En la cruz está la fortaleza de la mente. En la cruz está la alegría del espíritu. En la cruz está la virtud suprema. En la cruz está la perfección de la santidad.

No hay salvación del alma ni esperanza de vida eterna sino en la cruz. Toma, pues, la cruz y sigue a Jesús, y entrarás en la vida eterna. Él fue delante llevando su cruz y murió por ti en la cruz, para que tú también lleves la cruz y desees morir en ella.

Porque, si mueres con él en la cruz, también vivirás juntamente con él; y si compartes su pena, compartirás también su gloria.

Mira: todo está en la cruz, y no hay otro camino hacia la vida y hacia la paz verdadera e interior que el camino de la santa cruz y de la mortificación diaria. Ve adonde quieras, busca lo que quieras, y no encontrarás arriba camino más elevado ni abajo camino más seguro que el de la santa cruz.

Dispón y ordena todo según tu voluntad y tu parecer, y solo encontrarás que siempre debes sufrir algo, de buena gana o a tu pesar; y así encontrarás siempre la cruz. Pues o sentirás dolor en el cuerpo, o soportarás en el alma la tribulación del espíritu.

A veces Dios te dejará, a veces tu prójimo te pondrá a prueba y, lo que es más, muchas veces serás una carga para ti mismo. Y, sin embargo, ningún remedio ni consuelo podrá librarte o aliviarte, sino que tendrás que soportarlo hasta que Dios quiera.

Pues Dios quiere que aprendas a sufrir la tribulación sin consuelo, que te sometas por completo a él y que la tribulación te haga más humilde. Nadie siente tan de corazón la pasión de Cristo como aquel a quien le ha tocado padecer cosas semejantes. La cruz, pues, está siempre preparada y te espera en todas partes.

No puedes escapar de ella, vayas adonde vayas, porque adondequiera que llegues te llevas contigo mismo y siempre te encontrarás a ti mismo. Vuélvete hacia arriba, vuélvete hacia abajo, vuélvete hacia fuera y hacia dentro, y en todo ello encontrarás la cruz; y es necesario que en todas partes tengas paciencia, si quieres tener paz interior y merecer una corona perpetua.

Si llevas la cruz de buena gana, ella te llevará y te conducirá al fin deseado, donde terminará el sufrimiento. Si la llevas a tu pesar, te impones una

carga y te haces más pesado el peso, y aun así tienes que soportarla. Si rechazas una cruz, sin duda encontrarás otra, y quizá más pesada.

¿Crees que podrás escapar de lo que ningún mortal pudo evitar? ¿Qué santo estuvo en el mundo sin cruz y sin tribulación? Ni siquiera nuestro Señor Jesucristo estuvo una hora sin el dolor de la pasión mientras vivió. Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos, y así entrara en su gloria. ¿Y cómo buscas tú otro camino de cruz distinto de este camino real, que es el de la santa cruz?

Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio, ¿y tú buscas para ti descanso y alegría? Te equivocas, te equivocas si buscas otra cosa que padecer tribulaciones, porque toda esta vida mortal está llena de miserias y rodeada de cruces. Y cuanto más haya avanzado alguien en el espíritu, tanto más pesadas serán a menudo las cruces que encuentre, porque la pena de su destierro crece más por el amor.

Sin embargo, quien está afligido de tantas maneras no carece del alivio del consuelo, porque siente que el sufrimiento de su cruz le produce un gran fruto. Todavía no se somete a ella voluntariamente, y toda la carga de la tribulación se convierte en confianza en el consuelo divino.

Y cuanto más se desgasta la carne por la tribulación, tanto más se fortalece el espíritu por el consuelo interior. Y a veces se fortalece tanto por el deseo de tribulación y adversidad, por amor a la semejanza con la cruz de Cristo, que no querría estar sin dolor ni tribulación, pues se hace tanto más agradable a Dios cuanto más duras, más pesadas y más numerosas sean las cosas que pueda soportar por él.

Esto no es virtud del hombre, sino gracia de Cristo, que tanto puede y obra en la carne frágil, que hace que afronte y ame con el fervor del espíritu aquello que por naturaleza siempre aborrece y rehúye.

No es propio de la naturaleza humana llevar la cruz, amar la cruz, castigar el cuerpo y someterlo a servidumbre, huir de los honores, soportar de buena gana las ofensas, despreciarse a sí mismo y desear ser despreciado, sufrir toda adversidad junto con las pérdidas y no desear ninguna prosperidad en este mundo. Si miras a ti mismo, nada de esto podrás por tus propias fuerzas.

Pero si confías en el Señor, se te dará fortaleza desde el cielo, y el mundo y la carne quedarán sometidos a tu dominio; ni siquiera temerás al diablo enemigo, si estás armado de fe y marcado con la cruz de Jesús.

Disponte, pues, como fiel y buen servidor de Cristo, a llevar con valentía la cruz de tu Señor, crucificado por amor a ti. Prepárate para soportar muchas adversidades y diversas molestias en esta vida miserable, porque así te sucederá en todas partes, y así lo encontrarás de hecho dondequiera que te escondas.

Es necesario que así sea para ti, y no hay otro remedio para escapar de la tribulación de los males y del dolor que aceptarlos con paciencia. Bebe con deseo el cáliz del Señor, si deseas ser su amigo y tener parte con él. Deja los consuelos en manos de Dios; haga él con ellos lo que más le agrade.

Tú, por tu parte, disponte a soportar las tribulaciones y considéralas los mayores consuelos, porque los sufrimientos de este tiempo no son dignos

de merecer la gloria futura que se revelará en nosotros, aunque pudieras soportarlos todos tú solo.

Cuando llegues a que la tribulación te resulte dulce y agradable por Cristo, considera entonces que te va bien, porque has encontrado el paraíso en la tierra. Mientras te resulte pesado sufrir y busques escapar, te irá mal y las tribulaciones te seguirán a todas partes.

Si te dispones a lo que debes, es decir, a sufrir y morir, pronto te irá mejor y encontrarás la paz. Aunque fueras arrebatado al tercer cielo con Pablo, no por ello estarías seguro de no tener que soportar ningún mal. Yo, dice Jesús, le mostraré cuánto debe padecer por mi nombre. Te queda, pues, sufrir, si quieres amar a Dios y servirle perpetuamente.

¡Ojalá fueras digno de padecer algo por el nombre de Jesús! ¡Qué gran gloria te quedaría, qué alegría para todos los santos de Dios, qué edificación para el prójimo! Pues todos alaban la paciencia, aunque pocos quieren sufrir. Con razón deberías padecer un poco por Cristo, cuando muchos padecen cosas más graves por el mundo.

Ten por cierto que debes llevar una vida de quien va muriendo. Y cuanto más muere cada uno a sí mismo, tanto más comienza a vivir para Dios. Nadie es apto para comprender las cosas celestiales si no se ha sometido a soportar adversidades por Cristo. Nada hay más agradable a Dios ni más saludable para ti en este mundo que padecer de buena gana por Cristo.

Y, si tuvieras que elegir, deberías preferir padecer adversidades por Cristo a disfrutar de muchos consuelos, porque serías más semejante a Cristo y más conforme a todos los santos. Pues nuestro mérito y el progreso de nuestro

estado no consisten en muchos placeres de los sentidos y consuelos, sino más bien en soportar grandes dificultades y tribulaciones.

Si hubiera habido algo mejor y más útil para la salvación de los hombres que sufrir, Cristo ciertamente lo habría mostrado con su palabra y su ejemplo. Pues exhorta claramente a llevar la cruz tanto a los discípulos que lo siguen como a todos los que desean seguirlo, y dice: Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Así pues, después de leerlo y examinarlo todo, sea esta la conclusión final: que por muchas tribulaciones debemos entrar en el reino de Dios. Amén.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 1 — COMIENZA EL LIBRO DEL CONSUELO INTERIOR

✦

Escucharé lo que diga en mí mi Señor. Dichosa el alma que escucha al Señor hablar en su interior y recibe de su boca la palabra de consuelo. Dichosos los oídos que reciben los hilos del susurro divino y no prestan atención a los murmullos de este mundo. Dichosos, en verdad, los oídos que no escuchan la voz que suena fuera, sino la verdad que habla y enseña en el interior.

Dichosos los ojos que están cerrados a las cosas exteriores y atentos a las interiores. Dichosos quienes penetran en lo interior y se esfuerzan por prepararse cada vez más, mediante ejercicios diarios, para recibir los secretos celestiales. Dichosos quienes anhelan dedicarse a Dios y se desprenden de todo impedimento del mundo.

Presta atención a esto, alma mía, y cierra las puertas de tus sentidos, para que puedas escuchar lo que Dios el Señor dice en ti. Esto dice tu amado: Yo soy tu salvación, tu paz y tu vida. Quédate junto a mí y encontrarás la paz. Deja todo lo pasajero y busca lo eterno. ¿Qué son todas las cosas temporales sino engaños? ¿Y de qué te sirven todas las criaturas si tu Creador te abandona? Renuncia, pues, a todo y hazte agradable y fiel a tu Creador, para que puedas alcanzar la verdadera felicidad.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 2 — LA VERDAD HABLA EN EL INTERIOR SIN RUIDO

✦

Habla, Señor, que tu siervo escucha. Yo soy tu siervo; dame entendimiento para que conozca tus testimonios. Inclina mi corazón a las palabras de mi boca. Que tu palabra fluya como el rocío. Antiguamente los hijos de Israel decían a Moisés: Háblanos tú y escucharemos; que no nos hable el Señor, no sea que muramos.

No es así, Señor, no es así como ruego, sino que, con el profeta Samuel, te suplico humilde y ardientemente: Habla, Señor, que su siervo escucha. Que no me hable Moisés ni ninguno de los profetas; habla tú más bien, Señor Dios, inspirador e iluminador de todos los profetas, porque tú solo, sin ellos, puedes instruirme plenamente; ellos, en cambio, sin ti nada conseguirán.

Pueden, ciertamente, hacer sonar palabras, pero no comunican el espíritu. Hablan con gran belleza, pero, si tú callas, no llegan al corazón. Transmiten las letras, pero tú descubres el sentido. Exponen los misterios, pero tú abres el entendimiento de lo que está sellado. Dan mandamientos, pero tú ayudas a cumplirlos. Muestran el camino, pero tú das fuerzas para recorrerlo.

Ellos solo actúan por fuera, pero tú instruyes e iluminas los corazones. Ellos riegan por fuera, pero tú das la fecundidad. Ellos claman con palabras, pero tú das entendimiento a quien escucha.

Que no me hable, pues, Moisés, sino tú, Señor Dios mío, verdad eterna, no sea que muera y quede sin fruto si solo recibo advertencias desde fuera y no soy encendido por dentro; no sea que me sirva de condenación la palabra oída y no puesta en práctica, conocida y no amada, creída y no observada. Habla, pues, Señor, que tu siervo escucha, porque tienes palabras de vida eterna. Háblame para algún consuelo de mi alma y para la enmienda de toda mi vida, y para gloria y honor perpetuo tuyos.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 3 — LAS PALABRAS DE DIOS DEBEN ESCUCHARSE CON HUMILDAD

✦

Escucha, hijo mío, mis palabras. Mis palabras son dulcísimas y superan el saber de los filósofos y sabios de este mundo. Mis palabras son espíritu y vida, y no deben valorarse con el sentido humano; no deben usarse para una vana complacencia, sino escucharse en silencio y recibirse con toda humildad y gran afecto. Y dije: Dichoso aquel a quien tú instruyes, Señor, y enseñas tu ley, para aliviarlo en los días malos y que quede desolado en la tierra.

Yo, dice el Señor, enseñé a los profetas desde el principio, y hasta ahora no ceso de hablar a todos. Pero muchos son sordos a mi voz, y mudos y duros. Muchos escuchan al mundo con más gusto que a Dios, y siguen más fácilmente el apetito de su carne que la voluntad de Dios. El mundo promete cosas temporales y pequeñas, y se le sirve con gran avidez.

Yo prometo cosas sublimes y eternas, y los corazones de los mortales se entorpecen. ¿Quién me sirve y obedece en todo con tanto esmero como se sirve al mundo y a sus señores? Avergüénzate, Sidón, dice el mar. Y si buscas la causa, escucha por qué.

Por una modesta renta se recorre un largo camino; por la vida eterna, muchos apenas mueven y levantan una sola vez el pie del suelo. Se busca una recompensa insignificante, a veces se disputa vergonzosamente por una

sola moneda, y por una cosa vana y una pequeña promesa no se teme trabajar día y noche.

Pero, ¡qué dolor!, por el bien inmutable, por el premio inestimable, por el honor supremo y la gloria interminable, da pereza fatigarse siquiera un poco. Avergüénzate, pues, siervo perezoso y quejumbroso, porque ellos se muestran más dispuestos para la perdición que tú para la vida; ellos se alegran más con la vanidad que tú con la verdad.

Ciertamente, algunas veces sus esperanzas quedan frustradas, pero mi promesa no engaña a nadie ni deja vacío a quien confía en mí. Daré lo que prometí, cumpliré lo que dije, con tal de que se permanezca fiel en mi amor hasta el fin. Yo recompenso a todos los buenos y pongo a prueba con firmeza a todos los devotos.

Escribe mis palabras en tu corazón y medítalas con atención, pues serán muy necesarias en el tiempo de la tentación. Lo que no entiendes cuando lees, lo comprenderás el día de mi visita. Suelo visitar a mis elegidos de dos maneras: con la tentación y con el consuelo; y cada día les doy dos lecciones: una, reprendiendo sus vicios; otra, exhortándolos a crecer en las virtudes. Quien tiene mis palabras y las desprecia tiene quien lo juzgue en el último día.

Oración para implorar la gracia de la devoción.

Señor, Dios mío, tú eres todos mis bienes. ¿Y quién soy yo para atreverme a hablarte? Soy tu pobrísimo siervo y tu despreciado gusanillo, mucho más pobre y despreciable de lo que sé y me atrevo a decir. Recuerda, sin embargo, Señor, que nada soy, nada valgo y nada tengo. Solo tú eres bueno,

justo y santo; tú todo lo puedes, todo lo concedes, todo lo llenas, dejando vacío únicamente al pecador. Acuérdate de tus misericordias, Señor, y llena mi corazón de tu gracia, tú que no quieres que tus obras estén vacías.

¿Cómo puedo soportarme en esta vida miserable, si no me fortaleces con tu misericordia y tu gracia? No apartes tu rostro de mí, no demores tu visita, no demores tu consuelo, no me retires tu consuelo, para que mi alma no sea ante ti como tierra sin agua. Enséñame, Señor, a hacer tu voluntad. Enséñame a vivir ante ti dignamente y con humildad, porque tú eres mi sabiduría, tú que me conoces de verdad y me conociste antes de que existiera el mundo y antes de que yo naciera en él.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 4 — SE DEBE VIVIR ANTE DIOS CON HUMILDAD Y VERDAD

✦

Hijo, camina ante mí en la verdad y búscame siempre con sencillez de corazón. Quien camina ante mí en la verdad estará protegido de los ataques vanos, y la verdad lo librará de los seductores y de las calumnias de los malvados. Si la verdad te libera, serás verdaderamente libre y no te preocuparás por las palabras vanas de los hombres.

Señor, es verdad lo que dices; te ruego que así se haga conmigo. Que tu misma verdad me enseñe, me guarde y me conserve hasta alcanzar la salvación; que ella me libre de todo afecto malo y desordenado, y caminaré contigo con gran libertad de corazón.

Yo te enseñaré, dice la Verdad, lo que es recto y agradable ante mí. Piensa en tus pecados con gran desagrado y recuérdalos, y nunca creas que eres algo por tus buenas obras. En verdad eres pecador, y estás sujeto y enredado en muchas pasiones. Por ti mismo siempre tiendes a la nada; pronto caes, pronto te turbas, pronto te debilitas. No tienes nada de lo que puedas gloriarte. Pero tienes muchas razones para tenerte en poco, porque eres mucho más débil de lo que puedes comprender.

Nada de cuanto haces te parezca, pues, grande. Nada te parezca grandioso, precioso y admirable, nada digno de estima, nada elevado, nada verdaderamente digno de alabanza y de deseo, salvo lo eterno. Que la verdad eterna te agrade por encima de todo, y que tu extrema bajeza te desagrade por encima de todo.

Nada temas ni evites tanto como tus vicios y pecados, que deben desagradarte más que cualquier pérdida de bienes. Algunos no caminan ante mí con sinceridad, sino que, llevados por cierta curiosidad y arrogancia, quieren conocer mis secretos y comprender las profundidades de Dios, descuidándose a sí mismos y a su salvación.

Estos caen con frecuencia en grandes tentaciones y pecados por su jactancia, soberbia y curiosidad, pues yo me opongo a ellos. Teme los juicios de Dios, tiembla ante la ira del Todopoderoso.

No examines las obras del Altísimo, sino escudriña tus iniquidades, en cuántas cosas has faltado y cuántos bienes has descuidado. Algunos llevan su devoción solamente en los libros; otros, en las imágenes; otros, en señales exteriores y figuras. Algunos me tienen en la boca, pero poco en el corazón.

Hay otros que, con el entendimiento iluminado y el afecto purificado, suspiran siempre por lo eterno, oyen con disgusto hablar de las cosas terrenas y atienden con pesar las necesidades de la naturaleza; estos perciben lo que el espíritu de la verdad habla en ellos.

Porque les enseña a despreciar las cosas terrenas y amar las celestiales, a desentenderse del mundo y desear el cielo todo el día y toda la noche.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 5 — EL ADMIRABLE AFECTO DEL AMOR DIVINO

✦

Te bendigo, Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, porque te has dignado acordarte de mí, que soy pobre. Oh, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, te doy gracias porque a veces me reanimas con tu consuelo, aunque soy indigno de todo consuelo.

Te bendigo siempre y te glorifico con tu Hijo unigénito y el Espíritu Santo Paráclito por los siglos de los siglos, amén. Oh, Señor Dios, tú que me amas santamente, cuando vengas a mi corazón, todo mi interior se llenará de alegría. Tú eres mi gloria y la alegría de mi corazón; tú, mi esperanza y mi refugio en el día de mi tribulación.

Pero, como todavía soy débil en el amor e imperfecto en la virtud, necesito que me fortalezcas y consueles. Por eso, visítame más a menudo e instrúyeme con tus enseñanzas. Líbrame de las pasiones perversas y malas, y sana mi corazón de todos los afectos desordenados, para que, sanado por dentro y bien purificado, sea capaz de amar, fuerte para sufrir y firme para perseverar.

El amor es una gran cosa, un bien inmenso que por sí solo hace ligero lo pesado y lleva con igualdad todo lo desigual: pues carga el peso sin sentirlo y vuelve dulce y sabroso todo lo amargo. El noble amor de Jesús impulsa a realizar grandes obras y anima a desear siempre lo más perfecto. El amor quiere estar en lo alto y no quedar retenido por ninguna cosa baja.

El amor quiere ser libre y ajeno a todo afecto mundano, para que su mirada interior no encuentre impedimentos; para que ninguna ventaja temporal lo enrede ni ninguna adversidad lo venza.

Nada es más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más amplio, nada más agradable, nada más pleno, nada mejor en el cielo y en la tierra, porque el amor ha nacido de Dios y solo puede descansar en Dios, por encima de todas las cosas creadas.

Quien ama vuela, corre, se alegra, es libre y no está atado. Lo da todo por todo y lo tiene todo en todo, porque descansa en el único bien supremo, por encima de todo, del cual fluye y procede todo bien. No mira los dones, sino que se vuelve hacia quien los da, por encima de todos los bienes. El amor con frecuencia no conoce medida, sino que arde por encima de todo bien.

El amor no siente la carga, no cuenta las fatigas, aspira a más de lo que puede, no se excusa con la imposibilidad, porque cree que todo le está permitido y que todo lo puede. Por eso es capaz de todo, cumple muchas cosas y las lleva a efecto.

Pero allí donde quien ama desfallece y queda tendido, el amor vela, y dormido dormita; fatigado, no se afloja; oprimido, no se estrecha; atemorizado, no se turba, sino que, como llama viva y brasa ardiente, se eleva y pasa con seguridad.

Si alguien ama, sabe lo que esta voz proclama. Un gran clamor en los oídos de Dios es el afecto ardiente del alma que dice: Dios, Dios mío, amor mío, tú eres todo mío y yo soy tuyo.

Ensancha mi amor, para que aprenda a saborear con la boca interior del corazón cuán dulce es amar, derretirse en el amor y nadar en él. Que el amor me posea y me lleve por encima de mí mismo con un fervor y un asombro desbordantes. Que cante el cántico del amor; que te siga a lo alto, amado mío. Mi alma desfallece alabándote, jubilosa de amor. Que te ame más que a mí, y a mí solo por ti, y en ti a todos los que de verdad te aman, como manda la ley del amor que resplandece desde ti.

El amor es pronto, sincero, piadoso, prudente, paciente, valeroso, y nunca busca su propio interés. Pues donde alguien busca su propio interés, allí se aparta del amor. El amor es cuidadoso, humilde y recto; no es blando ni inconstante, ni se ocupa de cosas vanas; es sobrio, firme, casto, sereno y vigilante en todos los sentidos.

El amor se somete y obedece a los superiores, se considera vil y despreciable, es devoto y agradecido a Dios, confía y espera siempre en él, incluso cuando no siente su dulzura, porque no se vive en el amor sin dolor.

Quien no está dispuesto a sufrirlo todo y a mantenerse en la voluntad del amado no es digno de llamarse amante. Es necesario que quien ama abrace de buena gana todo lo duro y amargo por el amado, y que no se aparte de él por las adversidades que sobrevengan.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 6 — LA PRUEBA DE QUIEN AMA DE VERDAD

✦

Hijo, todavía no eres fuerte y prudente en el amor. ¿Por qué, Señor? Porque desfalleces ante una pequeña contrariedad, recibes y buscas el consuelo con demasiada avidez. Quien es fuerte en el amor se mantiene firme en las tentaciones y no cree en las astutas persuasiones del enemigo. Así como le agrado en la prosperidad, tampoco le desagrado en la adversidad.

Quien ama con prudencia considera más el amor de quien da que el don de quien ama. Atiende al afecto más que al valor de los bienes, y pone todos los regalos por debajo del amado. Quien ama noblemente no descansa en el don, sino en mí, por encima de todo don. No está todo perdido porque alguna vez sientas por mí o por mis santos menos de lo que quisieras.

Ese afecto bueno y dulce que a veces percibes es efecto de la gracia presente y un anticipo de la patria celestial; no debes apoyarte demasiado en él, porque va y viene.

Pero luchar contra los malos impulsos del ánimo que sobrevienen y despreciar la sugestión del diablo es señal de virtud y de gran mérito. No te turben, pues, las imaginaciones extrañas que se te imponen sobre cualquier asunto. Mantén con firmeza tu propósito y una intención recta hacia Dios.

No es engaño que algunas veces seas arrebatado de pronto al éxtasis y enseguida vuelvas a las necedades habituales del corazón. Pues más que hacer-

las, las padeces contra tu voluntad; y mientras te desagraden y te resistas, hay mérito y no perdición.

Has de saber que el antiguo enemigo se esfuerza por todos los medios en impedir tu deseo del bien y apartarte de toda práctica devota: del culto de los santos, del piadoso recuerdo de mi pasión, del provechoso recuerdo de los pecados, de la vigilancia de tu propio corazón y del firme propósito de progresar en la virtud.

Te introduce muchos malos pensamientos para causarte hastío y horror, y apartarte de la oración y de la lectura sagrada. Le desagrada la confesión humilde y, si pudiera, haría que dejaras la sagrada comunión. No le creas ni le hagas caso, aunque muchas veces te tienda trampas para engañarte. Atribúyele a él los pensamientos malos e impuros que te introduce.

Dile: Vete, espíritu impuro; avergüénzate, miserable; vete, tú eres el impuro, tú que traes tales cosas a mis oídos. Apártate de mí, pésimo seductor; no tendrás parte alguna en mí, sino que Jesús estará conmigo como guerrero fuerte, y tú quedarás confundido. Prefiero morir y sufrir cualquier pena antes que consentir contigo.

Calla y enmudece; no te escucharé más, aunque me causes más molestias. El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré? Aunque un ejército acampe contra mí, mi corazón no temerá. El Señor es mi auxilio y mi redentor.

Lucha como un buen soldado; y si a veces caes por tu fragilidad, recobra fuerzas mayores que las anteriores, confiando en una gracia mía más abundante, y guárdate mucho de la vana complacencia y de la soberbia. Por ellas

muchos son llevados al error y a veces caen en una ceguera casi incurable. Que esta ruina de los soberbios y de quienes presumen neciamente de sí mismos te sirva de advertencia y de motivo de humildad perpetua.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 7 — DE CÓMO OCULTAR LA GRACIA BAJO LA CUSTODIA DE LA HUMILDAD

✦

Hijo, te es más provechoso y seguro ocultar la gracia de la devoción, sin ensalzarte, ni hablar mucho de ella, ni darle demasiado peso, sino más bien tenerte en poco y temer por haberla recibido siendo indigno. No debes aferrarte demasiado a este sentimiento, que puede convertirse pronto en su contrario.

Piensa cuán miserable eres en la gracia y cuán necesitado sueles estar sin ella. El progreso de la vida espiritual no consiste solamente en recibir la gracia del consuelo, sino en soportar su retirada con humildad, abnegación y paciencia.

Así, tampoco entonces debes descuidar la dedicación a la oración, ni dejar que decaigan por completo las demás obras que habitualmente debes realizar; antes bien, haz de buena gana cuanto esté en tu mano, lo mejor que puedas y sepas, y no te abandones por completo a causa de la sequedad o la angustia que sientes en el alma.

Muchos, en efecto, cuando las cosas no les salen bien, enseguida se vuelven impacientes o perezosos. Pues el camino del hombre no está siempre en su poder; a Dios le corresponde dar y consolar cuando quiere, cuanto quiere y a quien quiere, según le agrada, y no más.

Algunos, por falta de prudencia, se destruyeron a sí mismos a causa de la gracia de la devoción, porque quisieron hacer más de lo que podían, sin considerar la medida de su pequeñez y siguiendo más el impulso del corazón que el juicio de la razón.

Y como pretendieron cosas mayores de las que agradaban a Dios, perdieron pronto la gracia y quedaron necesitados y abatidos, ellos que habían puesto su nido en el cielo, para que, humillados y empobrecidos, aprendan a no volar con sus propias alas, sino a esperar bajo mis plumas.

Los que todavía son nuevos e inexpertos en el camino del Señor, si no se guían por el consejo de personas prudentes, pueden ser fácilmente engañados y burlados.

Pero si quieren seguir su propio parecer más que confiar en otros experimentados, su desenlace será peligroso, si no logran apartarse de su propia idea. Los que se tienen por sabios rara vez aceptan con humildad ser guiados por otros. Más vale saber poco con humildad y tener escaso entendimiento que poseer grandes tesoros de conocimientos con vana complacencia.

Más vale tener menos que mucho de lo que puedas enorgullecerte. No obra con suficiente prudencia quien se entrega por completo a la alegría, olvidando su anterior indigencia y el puro temor del Señor, sin temer perder la gracia recibida.

Tampoco muestra un juicio suficientemente virtuoso quien, en tiempo de adversidad o de cualquier dificultad, se comporta con excesiva desesperación y piensa y siente acerca de mí con menos confianza de la debida.

Quien quiera sentirse demasiado seguro en tiempo de paz, con frecuencia se encontrará demasiado abatido y temeroso en tiempo de guerra. Si supieras mantenerte siempre humilde y modesto, y moderar y gobernar bien tu espíritu, no caerías tan pronto en el peligro y la falta.

Es buen consejo que, cuando hayas recibido el fervor del espíritu, medites sobre lo que sucederá cuando se retire la luz. Cuando eso ocurra, reconoce que la luz puede volver de nuevo, esa luz que retiré por un tiempo para tu cautela y para mi gloria. Pues muchas veces es más provechosa semejante prueba que si todo te saliera siempre según tu voluntad.

Los méritos no deben valorarse por tener muchas visiones o consuelos, por ser entendido en las Escrituras o por ocupar un puesto más elevado, sino por estar cimentado en la verdadera humildad y lleno de amor divino; por buscar siempre el honor de Dios con pureza e integridad, por tenerse en nada y despreciarse sinceramente, y por alegrarse más de ser despreciado y humillado por otros que de recibir honores.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 8 — DE TENERSE EN POCO ANTE LOS OJOS DE DIOS

✦

¿Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza? Si me tengo en más, he aquí que tú te alzas contra mí, y mis iniquidades dan ante ti verdadero testimonio, sin que yo pueda contradecirlo.

Pero si me tengo en poco y me reduzco a la nada, si renuncio a toda estima de mí mismo y me convierto en el polvo que soy, tu gracia me será propicia y tu luz estará cerca de mi corazón; y toda estima propia, por mínima que sea, se hundirá en el valle de mi nada y perecerá para siempre.

Allí me mostrarás a mí mismo lo que soy, lo que fui y de dónde vine, porque nada soy y no lo sabía. Si quedo abandonado a mí mismo, no soy más que nada y pura debilidad; pero si de pronto vuelves hacia mí tu mirada, enseguida me hago fuerte y me lleno de nueva alegría.

Y es muy admirable que tan de repente me levantes y me abraces con tanta bondad, a mí, que por mi propio peso siempre tiendo hacia lo más bajo.

Esto lo hace tu amor, que gratuitamente se adelanta a mí, me socorre en tantas necesidades, me guarda también de graves peligros y, a decir verdad, me libra de innumerables males. Pues amándome mal a mí mismo me perdí; y buscándote solo a ti y amándote con pureza, me encontré a mí mismo y también a ti, y por amor me reduje más profundamente a la nada. Porque tú, oh dulcísimo, haces conmigo más de lo que merezco y más de lo que me atrevo a esperar o pedir.

Bendito seas, Dios mío, porque, aunque yo sea indigno de todo bien, tu nobleza y tu infinita bondad nunca dejan de hacer el bien, incluso a los ingratos y a quienes se han alejado mucho de ti. Vuélvenos hacia ti, para que seamos agradecidos, humildes y devotos, porque tú eres nuestra salvación, nuestro vigor y nuestra fortaleza.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 9 — DE CÓMO TODO DEBE DIRIGIRSE A DIOS COMO FIN ÚLTIMO

✦

Hijo, yo debo ser tu fin supremo. Con esta intención se purificará tu afecto, tantas veces inclinado indebidamente hacia sí mismo y hacia las criaturas. Pues, si en algo te buscas a ti mismo, enseguida desfalleces y te secas en tu interior. Dirige, pues, todo principalmente hacia mí, que lo soy todo y lo he dado todo. Considera así cada cosa, como procedente del sumo bien. Por eso, todo debe dirigirse a mí como a su origen.

De mí, como de una fuente viva, sacan agua viva el pequeño y el grande, el pobre y el rico. Y quienes me sirven de buena gana y libremente recibirán gracia por gracia. Pero quien quiera gloriarse fuera de mí o deleitarse en algún bien particular no se afirmará en la verdadera alegría ni se ensanchará su corazón, sino que encontrará muchos obstáculos y angustias.

No debes, pues, atribuirte ningún bien ni atribuir virtud a ningún hombre, sino darlo todo a Dios, sin quien el hombre nada tiene. Yo lo he dado todo, quiero recuperarlo todo y exijo con gran rigor acciones de gracias.

Esta es la verdad que ahuyenta la vanidad de la gloria. Y si entran la gracia celestial y el verdadero amor, no habrá envidia ni estrechez de corazón, ni se apoderará de él el amor propio. Pues el amor divino lo vence todo y ensancha todas las fuerzas del alma. Si juzgas rectamente, solo en mí te alegra-

rás y solo en mí esperarás, porque nadie es bueno sino solo Dios, que debe ser alabado sobre todas las cosas y bendecido en todas ellas.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 10 — DE LO DULCE QUE ES SERVIR A DIOS DESPRECIANDO EL MUNDO

✦

Ahora volveré a hablar, Señor, y no callaré. Hablaré a los oídos de mi Dios y de mi Rey, que está en las alturas. ¡Oh, cuán grande es la abundancia de tu dulzura, Señor, que has reservado para quienes te temen! Pero ¿qué eres para quienes te aman? ¿Qué eres para quienes te sirven de todo corazón?

Verdaderamente inefable es la dulzura de contemplarte, que concedes a quienes te aman. En esto mostraste sobre todo la dulzura de tu amor: cuando yo no existía, me creaste, y cuando andaba errante lejos de ti, me hiciste volver para que te sirviera, y me mandaste amarte.

¡Oh, fuente de amor perpetuo! ¿Qué diré de ti? ¿Cómo podré olvidarte, a ti, que te dignaste acordarte de mí? Y después de que me consumí y perecí, mostraste a tu siervo una misericordia superior a toda esperanza y le concediste gracia y amistad por encima de todo mérito. ¿Qué te devolveré por esta gracia?

Pues no a todos se les ha concedido renunciar al mundo, abandonarlo todo y abrazar la vida monástica. ¿Acaso no es grande que yo te sirva, a ti, a quien toda criatura está obligada a servir? ¿No debe parecerme grande? Pero más bien esto me parece grande y admirable: que te dignes recibir como siervo a alguien tan pobre e indigno y unirlo a tus siervos amados.

Mira, todo lo que tengo y con lo que te sirvo es tuyo. Sin embargo, a su vez, tú me sirves más a mí que yo a ti. Mira, el cielo y la tierra, que creaste al servicio del hombre, están dispuestos y hacen cada día cuanto les has mandado. Y esto es poco: también creaste y destinaste a los ángeles al servicio del hombre. Pero supera todo esto que tú te hayas dignado servir al hombre y hayas prometido darte a ti mismo.

¿Qué te daré por estos miles de bienes? ¡Ojalá pudiera servirte todos los días de mi vida! ¡Ojalá fuera capaz de ofrecerte un servicio digno siquiera un solo día! Verdaderamente eres digno de todo servicio, de todo honor y de alabanza eterna. Verdaderamente eres mi Señor, y yo tu pobre siervo, obligado a servirte con todas mis fuerzas y a no cansarme nunca de alabarte. Así lo quiero, así lo deseo; dígnate suplir tú cuanto me falta.

Gran honor y gran gloria es servirte y despreciarlo todo por ti y por amor a ti. Pues recibirán gran gracia quienes se sometan voluntariamente a tu santísimo servicio y encontrarán el dulcísimo consuelo del Espíritu Santo. Alcanzarán gran libertad de corazón quienes entren por tu nombre en el camino estrecho y dejen de lado toda preocupación mundana.

¡Oh, grato y gozoso servicio de Dios, por el que el hombre se hace verdaderamente libre y santo! ¡Oh, sagrado estado del servicio religioso, que hace al hombre igual a los ángeles, agradable a Dios, temible para los demonios y digno de estima para todos los fieles! ¡Oh, servicio que debe abrazarse y desearse siempre, por el que se merece el sumo bien y una alegría que permanecerá sin fin!

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 11 — DE CÓMO DEBEN EXAMINARSE Y MODERARSE LOS DESEOS DEL CORAZÓN

✦

Hijo, todavía tienes que aprender muchas cosas que aún no has aprendido bien. ¿Cuáles son, Señor? Que ajustes por completo tus deseos a mi agrado y no seas amante de ti mismo, sino amante ardiente de mi voluntad y deseoso de seguirla. Los deseos te encienden a menudo y te impulsan con fuerza; pero considera si te mueves por mi honor o más bien por el tuyo o por tu provecho.

Si yo soy el motivo, estarás bien contento con cualquier cosa que disponga. Pero si se esconde algo de interés propio, eso es lo que te estorba y te pesa.

Cuida, pues, de no apoyarte demasiado en un deseo ya concebido sin consultarme, para que después no te arrepientas ni te desagrade lo que al principio te agradó y buscaste con celo como lo mejor. Pues no debe seguirse enseguida todo sentimiento que parece bueno, ni tampoco debe rechazarse de inmediato todo sentimiento contrario.

A veces conviene moderarse incluso en los buenos propósitos y deseos, para que la insistencia no te lleve a la distracción del alma, para que tu falta de disciplina no escandalice a otros, o para que la resistencia de los demás no te perturbe de pronto y te haga caer.

Pero a veces es necesario emplear la fuerza y oponerse con firmeza al apetito de los sentidos, sin atender a lo que la carne quiere o deja de querer; más

bien hay que procurar que se someta al espíritu incluso contra su voluntad. Y debe ser disciplinada y obligada a servir hasta que esté dispuesta a todo, aprenda a contentarse con poco y a deleitarse con las cosas sencillas, sin murmurar ante ninguna contrariedad.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 12 — DE LA FORMACIÓN EN LA PACIENCIA Y DE LA LUCHA CONTRA LOS DESEOS DESORDENADOS

✦

Señor Dios, por lo que oigo, la paciencia me es muy necesaria. Pues en esta vida suceden muchas adversidades. Por mucho que procure asegurar mi paz, mi vida no puede estar libre de dolor y de lucha. Así es, hijo. No quiero que busques una paz que carezca de tentaciones o que no sienta las adversidades, sino que consideres haber encontrado la paz incluso cuando te veas ejercitado por diversas tribulaciones y probado en muchas contrariedades.

Si dices que no puedes padecer mucho, ¿cómo soportarás entonces el fuego del purgatorio? De dos males siempre hay que elegir el menor: por tanto, para que puedas escapar de los suplicios eternos venideros, procura soportar con serenidad por Dios los males presentes. ¿Acaso piensas que los hombres de este mundo no padecen nada o padecen poco?

No encontrarás tal cosa, aunque busques entre los más dados a la comodidad. Pero tienen, dirás, muchos placeres y siguen su propia voluntad; por eso dan poca importancia a sus tribulaciones. Supongamos que así sea, que tengan cuanto quieran; pero ¿cuánto tiempo crees que durará?

Mira cómo desaparecerán los que viven en la abundancia en este mundo, y no quedará ningún recuerdo de sus alegrías pasadas. Pero aun mientras viven, no descansan en ellas sin amargura, hastío y temor. Pues de aquello mismo de donde obtienen placer reciben con frecuencia el castigo del do-

lor. Es justo que les suceda que, por buscar y perseguir desordenadamente los placeres, no los satisfagan sin amargura y confusión.

¡Qué breves, qué falsos, qué desordenados y vergonzosos son todos! Sin embargo, por su embriaguez y ceguera no lo comprenden, sino que, como animales sin habla, por un pequeño placer de esta vida corruptible incurren en la muerte del alma. Tú, pues, hijo, no vayas tras tus deseos desordenados y apártate de tu propia voluntad; deléitate en el Señor, y él te concederá las peticiones de tu corazón.

Porque, si de verdad quieres deleitarte y recibir de mí un consuelo más abundante, tu bendición estará en el desprecio de todas las cosas mundanas y en la renuncia a todos los placeres frágiles, y se te dará un consuelo abundante. Y cuanto más te apartes de todo consuelo de las criaturas, tanto más dulces y poderosos consuelos encontrarás en mí.

Pero al principio no llegarás a ellos sin cierta tristeza y sin el esfuerzo de la lucha. Se opondrá la costumbre arraigada, pero será vencida por una costumbre mejor. Murmurará la carne, pero será refrenada por el fervor del espíritu. La antigua serpiente te incitará y te irritará, pero será ahuyentada por la oración; además, el trabajo útil le cerrará en gran medida el paso.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 13 — DE LA OBEDIENCIA HUMILDE DEL SÚBDITO, A EJEMPLO DE JESUCRISTO

✦

Hijo, quien procura sustraerse a la obediencia se sustrae a la gracia, y quien busca tener bienes propios pierde los comunes. Si alguien no se somete a su superior de buena gana y voluntariamente, es señal de que su carne todavía no le obedece perfectamente, sino que a menudo se rebela y murmura.

Aprende, pues, a someterte sin demora a tu superior si deseas dominar tu propia carne. Pues el enemigo exterior es vencido más pronto si el hombre interior no ha sido devastado. No hay enemigo del alma más molesto y peor que tú mismo cuando no estás en armonía con el espíritu.

Es necesario que asumas un verdadero desprecio de ti mismo si quieres prevalecer contra la carne y la sangre; porque todavía te amas demasiado desordenadamente, temes entregarte por completo a la voluntad de otros.

Pero ¿qué gran cosa haces tú, que eres polvo y nada, si por Dios te sometes a un hombre, cuando yo, el Omnipotente y Altísimo, que creé todas las cosas de la nada, me sometí humildemente a un hombre por ti? Me hice el más humilde y el más pequeño de todos, para que también tú vencieras tu soberbia con mi humildad. Aprende a obedecer, polvo; aprende a humillarte, tierra y barro, y a inclinarte bajo los pies de todos. Aprende a quebrantar tus propias voluntades y a entregarte a toda sumisión.

Enciéndete contra ti mismo y no permitas que viva en ti el orgullo, sino muéstrate tan sometido y hecho polvo que todos puedan caminar sobre ti y pisotearte como el barro de las calles. ¿De qué tienes que quejarte, hombre vacío? ¿Qué puedes responder, pecador manchado, a quienes te reprenden, tú que tantas veces has ofendido a Dios y tantas veces has merecido el infierno? Pero mi mirada tuvo compasión de ti, porque tu alma fue preciosa ante mis ojos, para que conocieras mi amor y fueras siempre agradecido por mis beneficios, te entregaras continuamente a la verdadera sumisión y humildad y soportaras con paciencia el desprecio de ti mismo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 14 — DE LA CONSIDERACIÓN DE LOS JUICIOS OCULTOS DE DIOS, PARA QUE NO NOS ENSOBERBEZCAMOS POR EL BIEN

✦

Haces resonar sobre mí tus juicios, Señor, y sacudes todos mis huesos con temor y temblor, y mi alma se llena de espanto. Me quedo atónito y considero que los cielos no son puros ante tus ojos. Si encontraste maldad en los ángeles y no los perdonaste, ¿qué será de mí? Cayeron estrellas del cielo, y yo, que soy polvo, ¿de qué presumo? Aquellos cuyas obras parecían dignas de alabanza cayeron hasta lo más bajo, y a quienes comían el pan de los ángeles los vi deleitarse con las algarrobas de los cerdos.

No hay, pues, santidad si retiras tu mano, Señor. Ninguna sabiduría aprovecha si dejas de gobernar. Ninguna fortaleza ayuda si dejas de sostener. Ninguna castidad está segura si tú no la proteges. Ninguna vigilancia propia aprovecha si no está presente tu santa vigilancia. Pues, abandonados, nos hundimos y perecemos; pero, visitados por ti, vivimos y nos levantamos. Somos inconstantes, pero por ti nos afianzamos; nos entibiamos, pero tú nos enciendes.

¡Con cuánta humildad y pequeñez debo pensar de mí mismo, y en qué poco debo tener cualquier bien que parezca poseer! ¡Con cuánta profundidad debo someterme a tus juicios insondables, Señor, donde descubro que no soy más que nada y nada! ¡Oh, peso inmenso! ¡Oh, mar que no se puede cruzar a nado, donde no encuentro en mí más que una completa nada!

¿Dónde queda, pues, el escondite de la gloria? ¿Dónde la confianza nacida de la gloria? Toda gloria vana ha quedado absorbida en la profundidad de tus juicios sobre mí.

¿Qué es toda carne ante tus ojos? ¿Acaso se gloriará el barro contra quien lo forma? ¿Cómo puede ensoberbecerse por palabras vanas aquel cuyo corazón está verdaderamente sometido a Dios? El mundo entero no podría ensoberbecer a quien la verdad ha sometido a sí. Tampoco lo moverán las voces de todos los que lo alaban, si ha puesto toda su esperanza en Dios. Pues también quienes hablan son todos nada y desaparecerán con el sonido de sus palabras. Pero la verdad del Señor permanece para siempre.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 15 — DE LA DISPOSICIÓN Y LAS PALABRAS ANTE CUALQUIER COSA DESEABLE

✦

Hijo, di en toda circunstancia: Señor, si te agrada, que esto se haga así; Señor, si es para tu honra, que esto se haga en tu nombre; Señor, si ves que me conviene y juzgas que es útil, concédeme entonces usarlo para tu honra. Pero si sabes que me será perjudicial y que no aprovechará a la salvación de mi alma, aparta de mí tal deseo.

Porque no todo deseo procede del Espíritu Santo, aunque al hombre le parezca justo, recto y bueno. Es difícil juzgar con certeza si un espíritu bueno o malo te impulsa a desear esto o aquello, o si también te mueve tu propio espíritu. Muchos fueron engañados al final, aunque al principio parecían guiados por un espíritu bueno.

Por tanto, todo lo que se presente a la mente como deseable debe desearse y pedirse siempre con temor de Dios y humildad de corazón; y, sobre todo, renunciando a la propia voluntad, hay que confiármelo todo y decir: Señor, tú sabes qué es mejor para mí, esto o aquello; según tu voluntad, dame lo que quieras, cuanto quieras y cuando quieras.

Haz conmigo según sabes y según más te agrade y mayor sea tu honra. Ponme donde quieras y actúa libremente conmigo en todo. En tu mano estoy; gírame y vuélveme de un lado a otro. Aquí estoy, tu siervo, dispuesto a todo, porque no deseo vivir para mí, sino para ti; ¡ojalá lo haga digna y perfectamente!

Oración para cumplir la voluntad de Dios.

Concédeme, Jesús bondadosísimo, tu gracia, para que esté conmigo y trabaje conmigo y persevere conmigo hasta el fin. Dame desear y querer siempre lo que más aceptable te sea y más te agrade. Que tu voluntad sea la mía, y que mi voluntad siga siempre a la tuya y concuerde plenamente con ella. Que quiera y no quiera lo mismo que tú, y que no pueda querer ni dejar de querer sino lo que tú quieres o no quieres.

Dame morir a todo lo que hay en el mundo y, por ti, amar el ser despreciado e ignorado en este mundo. Dame descansar en ti por encima de todo lo deseado y hallar en ti la paz de mi corazón. Tú eres la verdadera paz del corazón, tú su único descanso; fuera de ti todo es duro e inquieto. En esta misma paz, es decir, en ti, el único, sumo y eterno bien, dormiré y descansaré. Amén.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 16 — DE QUE EL VERDADERO CONSUELO DEBE BUSCARSE SOLO EN DIOS

✦

Todo cuanto puedo desear o pensar para mi consuelo no lo espero aquí, sino en el porvenir; porque, aunque tuviera todos los consuelos de este mundo y pudiera disfrutar de todos sus deleites, es cierto que no podrían durar mucho tiempo.

Por eso no puedes, alma mía, consolarte plenamente ni recobrar perfectamente tus fuerzas sino en Dios, consuelo de los pobres y amparo de los humildes. Espera un poco, alma mía; espera la promesa divina y tendrás abundancia de todos los bienes en el cielo; y si deseas demasiado desordenadamente estos bienes presentes, perderás los eternos y celestiales.

Usa los bienes temporales y desea los eternos. No puedes saciarte con ningún bien temporal, porque no has sido creada para disfrutar de ellos.

Aunque tuvieras todos los bienes creados, no podrías ser feliz y dichosa; toda tu dicha y felicidad consiste en Dios, que creó todas las cosas; no como la imaginan y alaban los necios amantes del mundo, sino como la esperan los buenos fieles de Cristo y la saborean de antemano, a veces, los espirituales y puros de corazón, cuya vida está en los cielos.

Vano y breve es todo consuelo humano; dichoso y verdadero es el consuelo que se recibe interiormente de la verdad. El hombre devoto lleva consigo a todas partes a Jesús, su consolador, y le dice: Quédate conmigo, Señor Je-

sús, en todo lugar y tiempo. Que este sea mi consuelo: querer de buena gana carecer de todo consuelo humano.

Y si me faltara tu consuelo, que tu voluntad y tu justa prueba sean para mí el mayor consuelo. Porque no estarás airado para siempre ni amenazarás eternamente.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 17 — DE QUE TODA PREOCUPACIÓN DEBE PONERSE EN DIOS

✦

Hijo, déjame hacer contigo lo que quiero: yo sé lo que te conviene. Tú piensas como hombre y, en muchas cosas, sientes según te lo aconseja tu afecto humano.

Señor, es verdad lo que dices. Mayor es tu solicitud por mí que todo el cuidado que yo pudiera tener de mí mismo. Pues queda demasiado a merced del azar quien no pone en ti toda su preocupación. Señor, con tal de que mi voluntad permanezca recta y firme en ti, haz de mí cuanto te agrade. Porque no puede ser sino bueno todo cuanto hagas de mí.

Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas; y si quieres que esté en la luz, bendito seas también. Si te dignas consolarme, bendito seas; si quieres que padezca tribulación, bendito seas siempre por igual.

Hijo, así debes mantenerte si deseas caminar conmigo. Debes estar tan dispuesto a padecer como a alegrarte. Debes aceptar de tan buena gana estar necesitado y pobre como tener abundancia y riquezas.

Señor, de buena gana padeceré por ti cuanto quieras que venga sobre mí. Quiero recibir de tu mano con igual disposición el bien y el mal, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste, y darte gracias por todo lo que me suceda. Guárdame de todo pecado y no temeré la muerte ni el infierno. Con tal de

que no me rechaces para siempre ni me borres del libro de la vida, no me hará daño ninguna tribulación que venga sobre mí.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 18 — LAS MISERIAS TEMPORALES DEBEN SOPORTARSE CON SERENIDAD A EJEMPLO DE CRISTO

✦

Hijo, yo descendí del cielo por tu salvación; asumí tus miserias, no por necesidad, sino movido por el amor, para que aprendieras a tener paciencia y soportaras sin indignación las miserias temporales. Pues desde la hora de mi nacimiento hasta mi muerte en la cruz nunca dejé de sufrir dolores, y padecí una gran escasez de bienes temporales. Muchas veces oí numerosas quejas contra mí; soporté con bondad humillaciones y desprecios, blasfemias a cambio de milagros y reproches a cambio de enseñanzas.

Señor, puesto que fuiste paciente durante tu vida, cumpliendo sobre todo en esto el mandato de tu Padre, justo es que yo, pobre pecador, me sobrelleve con paciencia según tu voluntad y, hasta que tú quieras, lleve por mi salvación la carga de esta vida corruptible.

Pues, aunque la vida presente se siente pesada, por tu gracia se ha vuelto ya muy meritoria, y por tu ejemplo y las huellas de tus santos, más llevadera y luminosa para los débiles.

También ofrece mucho más consuelo que en tiempos del Antiguo Testamento, cuando la puerta del cielo permanecía cerrada y el camino parecía aún más oscuro, pues tan pocos se preocupaban por buscar el reino de los cielos. Ni siquiera quienes entonces eran justos y habían de salvarse podían entrar en el reino celestial antes de tu pasión y de tu santa muerte.

¡Oh, cuántas gracias debo darte, porque te dignaste mostrarme a mí y a todos los fieles el camino recto y bueno hacia tu reino eterno! Pues tu vida es nuestro camino, y por la santa paciencia caminamos hacia ti, que eres nuestra corona.

Si tú no nos hubieras precedido y enseñado, ¿quién se preocuparía por seguirte? ¡Ay, cuántos retrocederían muy lejos si no contemplaran tus ilustres ejemplos! Mira, todavía nos entibiamos después de haber oído tantos signos y enseñanzas tuyos. ¿Qué sucedería si no tuviéramos tanta luz para seguirte?

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 19 — LA TOLERANCIA DE LAS INJURIAS Y QUIÉN ES CONSIDERADO VERDADERAMENTE PACIENTE

✦

¿Qué estás diciendo, hijo? Deja de quejarte; considera mi pasión y la de los demás santos. Todavía no has resistido hasta derramar sangre. Poco es lo que padeces en comparación con quienes sufrieron tanto, fueron tentados con tanta fuerza, atribulados tan gravemente, probados y ejercitados de tantas maneras.

Conviene, pues, recordar los sufrimientos más graves de otros para que soportes más fácilmente los tuyos, tan pequeños. Y si no te parecen pequeños, mira si también esto se debe a tu impaciencia. Pero, sean pequeños o grandes, procura soportarlo todo con paciencia.

Cuanto mejor te dispones a sufrir, con tanta mayor sabiduría obras, más mereces y más fácilmente lo soportarás, preparado para ello con ánimo y práctica diligentes.

No digas: No puedo soportar esto de semejante hombre, ni debo sufrir tales cosas, pues me ha causado un grave daño y me reprocha cosas que nunca había pensado; pero de otro lo sufriré de buena gana, y según me parezca que debe soportarse.

Necio es tal pensamiento, que no considera la virtud de la paciencia ni a aquel que habrá de coronarla, sino que se fija más en las personas y en las

ofensas recibidas.

No es verdaderamente paciente quien solo quiere sufrir cuanto le parece y de quien le agrada. El verdaderamente paciente no se fija en qué hombre lo pone a prueba, si es su superior, otro igual o uno inferior, si es un hombre bueno y santo o uno perverso e indigno.

Por el contrario, venga de cualquier criatura, por grande que sea la adversidad y cuantas veces le suceda, todo lo recibe agradecido de la mano de Dios y lo considera una enorme ganancia, porque nada de cuanto se sufre por Dios, por pequeño que sea, podrá pasar sin mérito ante él.

Está, pues, dispuesto para la lucha si quieres alcanzar la victoria. Sin combate no puedes llegar a la corona de la paciencia; si no quieres sufrir, rechazas ser coronado. Pero, si deseas ser coronado, lucha con valentía y resiste con paciencia. Sin esfuerzo no se llega al descanso, ni sin lucha se alcanza la victoria.

Hazme posible, Señor, por la gracia, lo que me parece imposible por naturaleza. Tú sabes lo poco que puedo sufrir y lo pronto que me abato cuando surge una leve adversidad. Haz que cualquier prueba de tribulación me resulte amable y aceptable por tu nombre, pues sufrir y ser afligido por ti es muy saludable para mi alma.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 20 — LA CONFESIÓN DE LA PROPIA DEBILIDAD Y LAS MISERIAS DE ESTA VIDA

✦

Confieso contra mí mi injusticia; te confesaré, Señor, mi debilidad. Con frecuencia es una cosa pequeña la que me abate y entristece. Me propongo obrar con firmeza, pero cuando llega una pequeña tentación, me invade una angustia mayor. A veces es algo muy insignificante lo que da origen a una grave tentación; mientras me creo un poco seguro, sin darme cuenta, a veces me encuentro casi vencido por un leve soplo.

Mira, pues, Señor, mi humillación y mi fragilidad, que conoces por entero. Ten piedad de mí y sácame del lodo, para que no quede hundido ni permanezca completamente vencido.

Esto es lo que con frecuencia me golpea y me avergüenza ante ti: que soy tan inconstante y débil para resistir las pasiones; y aunque no llegue a consentir del todo, su acoso me resulta molesto y pesado, y me hastía mucho vivir así, cada día en lucha. Por esto reconozco mi debilidad: porque las imágenes abominables siempre irrumpen con mucha más facilidad de la que se van.

Ojalá, fortísimo Dios de Israel, que velas con celo por las almas fieles, mires el esfuerzo y el dolor de tu siervo y lo asistas en todo cuanto emprenda. Fortaléceme con la fuerza celestial, y no permitas que domine el hombre viejo, esta miserable carne todavía no bien sometida al espíritu, contra la

cual habrá que luchar mientras se respire en esta vida tan miserable. ¡Ay, qué vida es esta!

En ella no faltan tribulaciones y miserias; todo está lleno de trampas y enemigos. Pues, cuando se retira una tribulación o tentación, llega otra; y aun mientras dura el combate anterior, sobrevienen muchas otras inesperadas.

¿Y cómo puede amarse la vida del hombre, que tiene tantas amarguras y está sometida a tantas calamidades y miserias? ¿Cómo se llama vida a lo que engendra tantas muertes y enfermedades? Y, no obstante, se la ama, y muchos buscan deleitarse en ella. Con frecuencia se reprende al mundo por engañoso y vano, pero no se lo abandona fácilmente cuando dominan los deseos de la carne.

Unas cosas llevan a amarlo y otras a despreciarlo: el deseo de la carne, el deseo de los ojos y la soberbia de la vida llevan al amor del mundo; pero las penas y miserias que los siguen producen odio y hastío del mundo.

Pero, ¡ay!, el placer perverso vence a la mente entregada al mundo, y esta considera un deleite estar entre espinos, porque no ha visto ni gustado la dulzura de Dios ni el encanto interior de la virtud. Pero quienes desprecian por completo el mundo y procuran vivir para Dios bajo una santa disciplina conocen la dulzura divina prometida a quienes renuncian de verdad, y ven cuán gravemente yerra el mundo y de cuántas maneras se engaña.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 21 — DEBEMOS DESCANSAR EN DIOS POR ENCIMA DE TODOS LOS BIENES Y DONES

✦

Por encima de todo y en todo descansarás siempre en el Señor, alma mía, porque él es el descanso eterno de los santos. Concédeme, dulcísimo y amantísimo Jesús, descansar en ti por encima de toda salud y belleza, por encima de toda gloria y honor, por encima de todo poder y dignidad, por encima de toda ciencia y sutileza, por encima de todas las riquezas y artes, por encima de toda alegría y júbilo, por encima de toda fama y alabanza, por encima de toda dulzura y consuelo, por encima de toda esperanza y promesa, por encima de todo mérito y deseo, por encima de todos los dones y regalos que puedes dar e infundir, por encima de todo gozo y regocijo que la mente puede abarcar y sentir.

Finalmente, por encima de todos los ángeles y arcángeles, por encima de todo el ejército del cielo, por encima de todas las cosas visibles e invisibles y por encima de todo, Dios mío, lo que no eres tú; porque tú, Dios mío, eres el mejor por encima de todo.

Tú solo eres altísimo, tú solo poderosísimo, tú solo bastas plenamente y posees toda plenitud, tú solo eres dulcísimo y lleno de consuelo, tú solo hermosísimo y amantísimo, tú solo nobilísimo y gloriosísimo por encima de todo; en ti todos los bienes juntos son, fueron y serán perfectos. Por eso es menor e insuficiente cuanto me das fuera de ti mismo, cuanto me revelas de ti o me prometes, mientras no te vea ni te posea plenamente; pues mi

corazón no puede descansar de verdad ni quedar enteramente satisfecho si no descansa en ti y se eleva por encima de todos los dones y de toda criatura.

¡Oh, mi amadísimo esposo Jesucristo, amante purísimo, señor de toda criatura! ¿Quién me dará alas de verdadera libertad para volar y descansar en ti? ¡Oh, cuándo me será concedido estar plenamente libre y ver cuán dulce eres, Señor, Dios mío! ¿Cuándo me recogeré enteramente en ti, de modo que, por amor a ti, no me sienta a mí mismo, sino solo a ti, por encima de todo sentir y medida, de una manera que no todos conocen?

Ahora, en cambio, gimo con frecuencia y llevo con dolor mi desdicha, porque en este valle de miserias se presentan muchos males que a menudo me turban, entristecen y oscurecen; a menudo me estorban y distraen, me atraen y enredan, impidiéndome acercarme libremente a ti y disfrutar de los gozosos abrazos que siempre ofreces a los espíritus bienaventurados. Que te conmuevan mis suspiros y mi mucha desolación en la tierra.

¡Oh, Jesús, resplandor de la gloria eterna, consuelo de la peregrinación de mi alma! Ante ti está mi boca sin voz, y mi silencio te habla. ¿Hasta cuándo tarda mi Dios en venir? Que venga a mí, su pobre siervo, y me alegre; que extienda su mano y libre a este desdichado de toda angustia.

Ven, ven, porque sin ti no habrá día ni hora de paz, pues tú eres mi alegría y sin ti mi mesa está vacía. Soy desdichado y, de algún modo, estoy encarcelado, encadenado y agobiado, hasta que me reanimes con la luz de tu presencia, me concedas la libertad y vuelvas a mostrarme tu rostro amistoso.

Busquen otros, en lugar de ti, cualquier otra cosa que les agrade; a mí, entretanto, ninguna otra cosa me agrada ni me agradará sino mi Dios, mi esperanza, mi salvación eterna. No callaré ni dejaré de suplicar hasta que tu gracia vuelva a mí y tú hables en mi interior.

Aquí estoy, aquí vengo a ti, porque me has invocado. Tus lágrimas y el deseo de tu alma, tu humildad y la contrición de tu corazón me han conmovido y me han traído hasta ti.

Y dije: Señor, te invoqué y deseé gozar de ti, dispuesto a rechazarlo todo por ti; pues tú me despertaste primero para que te buscara. Bendito seas, pues, Señor, que has mostrado esta bondad a tu siervo según la abundancia de tu misericordia. ¿Qué más tiene que decir tu siervo ante ti, Señor, sino humillarse profundamente en tu presencia, recordando siempre su propia iniquidad, debilidad y pequeñez?

Pues no hay semejante a ti entre todas las maravillas del cielo y de la tierra. Tus obras son muy buenas, Señor, tus juicios verdaderos, y tu providencia lo gobierna todo. A ti, pues, alabanza y gloria, oh Sabiduría del Padre; que te alaben y bendigan mi boca, mi alma y todas las criaturas juntas.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 22 — DEL RECUERDO DE LOS MÚLTIPLES BENEFICIOS DE DIOS

✦

Abre, Señor, mi corazón a tu ley y enséñame a caminar según tus preceptos. Concédeme entender tu voluntad y recordar ante ti, con gran reverencia y atenta consideración, tus beneficios, tanto generales como particulares, para que así pueda darte gracias. Pero sé y confieso que ni por el más pequeño de ellos puedo rendirte las alabanzas de agradecimiento que te debo. Soy menor que todos los bienes que me has concedido; y cuando considero tu nobleza, mi espíritu desfallece ante su grandeza.

Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo, y cuanto poseemos exterior o interiormente, por naturaleza o por gracia sobrenatural, son beneficios tuyos y proclaman la generosidad, la piedad y la bondad de aquel de quien hemos recibido todos los bienes. Y aunque uno haya recibido más y otro menos, todo es tuyo, y sin ti no se puede tener ni lo más pequeño.

Quien ha recibido mayores dones no puede gloriarse de su propio mérito, ni elevarse sobre los demás, ni despreciar al que tiene menos, porque es mayor y mejor quien menos se atribuye a sí mismo y es más humilde y devoto al dar gracias; y quien se considera inferior a todos y se juzga más indigno está mejor dispuesto para recibir dones mayores.

Quien ha recibido menos no debe entristecerse, ni tomarlo con indignación, ni envidiar al que tiene más; antes bien, debe poner su atención en ti y alabar sobre todo tu bondad, porque repartes tus dones con tanta abun-

dancia, tan gratuitamente y de tan buena gana, sin distinción de personas. Todo procede de ti, y por eso todos deben alabarte.

Tú sabes qué conviene dar a cada uno, y no nos corresponde a nosotros, sino a ti, discernir por qué este tiene menos y aquel más, pues ante ti están determinados los méritos de cada uno.

Por eso, Señor Dios, considero también un gran beneficio no tener muchas cosas que den motivo de alabanza y gloria exterior a los ojos de los hombres; de modo que, al considerar la pobreza y la insignificancia de su persona, uno no sienta por ello pesadumbre, tristeza ni abatimiento, sino más bien consuelo y gran alegría; porque tú, Dios, has elegido como amigos y miembros de tu casa a los pobres, a los humildes y a los despreciados por este mundo.

Testigos son tus mismos apóstoles, a quienes constituiste príncipes sobre toda la tierra. Vivieron en el mundo sin dar motivo de reproche, humildes y sencillos, sin malicia ni engaño alguno, hasta el punto de alegrarse de sufrir afrentas por tu nombre y abrazar con gran afecto lo que el mundo aborrece.

Por tanto, nada debe alegrar tanto a quien te ama y reconoce tus beneficios como el cumplimiento de tu voluntad en él y el beneplácito de tu disposición eterna.

En ella debe hallar tanto contento y consuelo que desee de buena gana ser el menor como otro desearía ser el mayor; que esté tan en paz y contento en el último lugar como en el primero, y que acepte de tan buena gana ser

despreciado y rechazado, sin nombre ni fama, como ser más honrado que los demás y mayor en el mundo.

Porque tu voluntad y el amor de tu honra deben estar por encima de todo, y consolarlo y agradarle más que todos los beneficios recibidos o por recibir.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 23 — DE 4 COSAS QUE TRAEN GRAN PAZ

✦

Hijo, ahora te enseñaré el camino de la paz y de la verdadera libertad.

Haz, Señor, lo que dices, porque me agrada oírlo.

Procura, hijo, hacer la voluntad de otro antes que la tuya. Elige siempre tener menos antes que más. Busca siempre el lugar inferior y estar sujeto a todos. Desea siempre y pide que la voluntad de Dios se cumpla enteramente en ti. Así entra el hombre en los confines de la paz y del reposo.

Señor, estas breves palabras tuyas contienen mucha perfección; son pocas al decirlas, pero están llenas de sentido y son abundantes en fruto. Si pudiera guardarlas fielmente, no debería surgir en mí la turbación con tanta facilidad. Porque cada vez que me siento inquieto y agobiado, descubro que me he apartado de esta enseñanza. Pero tú, que todo lo puedes y siempre amas el progreso del alma, aumenta en mí tu gracia, para que pueda cumplir tus palabras y llevar a término mi salvación.

Oración contra los malos pensamientos.

Señor, Dios mío, no te alejes de mí; Dios mío, ven en mi ayuda, porque se han levantado en mí pensamientos vanos y grandes temores que afligen mi alma. ¿Cómo pasaré sin sufrir daño? ¿Cómo los venceré?

Yo, dice, iré delante de ti y humillaré a los poderosos de la tierra; abriré la puerta de la cárcel y te revelaré los misterios ocultos.

Haz, Señor, lo que dices, y huyan de tu presencia todos los pensamientos perversos. Esta es mi esperanza y mi único consuelo: acudir a ti en toda tribulación, confiar en ti, invocarte desde lo más profundo y esperar pacientemente tu consuelo.

Oración para la iluminación de la mente.

Ilumíname, buen Jesús, con el resplandor de la luz eterna. Expulsa todas las tinieblas de la morada de mi corazón. Refrena mis muchas distracciones y quebranta las tentaciones que me asaltan con violencia.

Lucha por mí con fuerza y vence a las fieras malignas, es decir, a los deseos seductores, para que por tu poder haya paz y resuene la abundancia de tu alabanza en el recinto santo, esto es, en la conciencia pura. Manda a los vientos y a las tempestades; di al mar: cálmate; di al viento del norte: no soples; y habrá una gran tranquilidad.

Envía tu luz y tu verdad para que brillen sobre la tierra, porque soy tierra desierta y vacía hasta que tú me ilumines. Derrama tu gracia desde lo alto, inunda mi corazón de gracia celestial y dame las aguas de la devoción para regar la superficie de la tierra y producir fruto bueno y excelente. Levanta mi mente, oprimida por el peso de los pecados, y dirige todo mi deseo hacia las cosas celestiales, para que, después de gustar la dulzura de la felicidad de lo alto, me pese pensar en las cosas terrenas.

Llévame contigo y líbrame de todo consuelo pasajero de las criaturas, porque ninguna cosa creada puede aquietar y consolar plenamente mi deseo.

Úneme a ti con el vínculo inseparable del amor, porque solo tú bastas a quien te ama, y sin ti todo es vano.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 24 — DE EVITAR INDAGAR POR CURIOSIDAD EN LA VIDA AJENA

✦

Hijo, no seas curioso ni te entregues a preocupaciones vanas. ¿Qué te importa esto o aquello? Tú sígueme. ¿Qué te importa que aquel sea de una manera o de otra, o que este actúe o hable así? No necesitas responder por los demás, sino que has de dar cuenta de ti mismo; ¿por qué, entonces, te entrometes?

Yo conozco a todos, veo cuanto sucede bajo el sol y sé cómo está cada uno, qué piensa, qué quiere y a qué fin se dirige su intención. Por tanto, todo debe dejarse en mis manos; tú mantente en buena paz y deja que el inquieto se agite cuanto quiera. Sobre él recaerá cuanto haya hecho o dicho, porque no puede engañarme.

No te preocupes por la sombra de un gran nombre, ni por la amistad de muchos, ni por el afecto particular de los hombres, pues estas cosas causan distracciones y grandes tinieblas en el corazón. Con gusto te diría mi Palabra y te revelaría cosas ocultas, si estuvieras atento a mi llegada y me abrieras la puerta de tu corazón. Sé prudente, vela en la oración y humíllate en todo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 25 — En qué consisten la paz firme del corazón y el verdadero progreso

✦

Hijo, yo he dicho: La paz les dejo, mi paz les doy; yo no se la doy como la da este mundo. Todos desean la paz, pero no todos se preocupan por lo que conduce a la verdadera paz. Mi paz está con los humildes y mansos de corazón; tu paz estará en una gran paciencia. Si me escuchas y sigues mi voz, podrás gozar de mucha paz. ¿Qué debo hacer, entonces, en cada cosa?

Presta atención a lo que haces y a lo que dices, y dirige toda tu intención a agradarme solo a mí, sin desear ni buscar nada fuera de mí. Tampoco juzgues precipitadamente los dichos o hechos de los demás, ni te entrometas en asuntos que no te han sido confiados, y así podrás turbarte poco o rara vez.

Pero no sentir nunca turbación alguna ni sufrir ninguna molestia del corazón o del cuerpo no pertenece al tiempo presente, sino al estado de reposo eterno. No creas, por tanto, que has encontrado la verdadera paz si no sientes pesadumbre alguna, ni que todo está bien si nadie se te opone, ni que hay perfección si todo sucede según tus deseos.

Tampoco te tengas por alguien grande ni te consideres especialmente amado si sientes mucha devoción o dulzura, porque en estas cosas no se reconoce al verdadero amante de la virtud, ni en ellas consisten el progreso y la perfección del hombre.

¿En qué consisten, entonces, Señor? En ofrecerte de todo corazón a la voluntad divina, sin buscar tu propio interés ni en lo pequeño ni en lo grande, ni en el tiempo ni en la eternidad, de modo que permanezcas siempre con el mismo ánimo dando gracias, tanto en la prosperidad como en la adversidad, y lo peses todo en una misma balanza.

Si eres tan fuerte y perseverante en la esperanza que, aun privado del consuelo interior, preparas tu corazón para soportar cosas mayores, sin justificarte ni alabarte como santo, entonces caminas por el verdadero y recto camino de la paz, y tendrás la esperanza segura de volver a ver mi rostro con alegría.

Y si llegas al pleno desprecio de ti mismo, sabe que entonces gozarás de abundante paz, en la medida en que lo permita tu estancia en este mundo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 26 — DE LA EXCELENCIA DE UNA MENTE LIBRE, QUE SE ALCANZA MÁS POR LA ORACIÓN SUPLICANTE QUE POR LA LECTURA

✦

Señor, es propio del hombre perfecto no apartar nunca el ánimo de la atención a las cosas celestiales y pasar entre muchas preocupaciones como si no tuviera ninguna, no por indiferencia, sino por cierto privilegio de una mente libre, sin apegarse con afecto desordenado a ninguna criatura.

Te suplico, piadosísimo Señor, Dios mío, que me preserves de las preocupaciones de esta vida, para que no me enrede demasiado; de las muchas necesidades del cuerpo, para que no quede cautivo del placer; de todos los obstáculos del alma, para que no caiga abatido por las dificultades. No me refiero a las cosas que la vanidad mundana ambiciona con todo su afecto, sino a las miserias que, por la maldición común de la mortalidad, pesan dolorosamente sobre el alma de tu siervo y la frenan, impidiéndole entrar en la libertad del espíritu cuantas veces quiera.

Oh, Dios mío, dulzura inefable, conviérteme en amargura todo consuelo carnal que me aparte del amor de las cosas eternas y me atraiga perniciosamente hacia sí con la apariencia de algún bien presente y agradable. Que no me venzan, Dios mío, que no me venzan la carne y la sangre; que no me engañen el mundo y su breve gloria; que no me hagan caer el diablo y su astucia.

Dame fuerza para resistir, paciencia para soportar y constancia para perseverar. En lugar de todos los consuelos del mundo, dame la suavísima unción de tu espíritu, y en lugar del amor carnal, infunde en mí el amor de tu nombre.

La comida, la bebida, el vestido y las demás cosas necesarias para el sustento del cuerpo son una carga para el espíritu fervoroso. Concédeme usar con moderación de tales auxilios, sin enredarme en un deseo excesivo.

No es lícito desecharlo todo, porque hay que sustentar la naturaleza; pero la ley santa prohíbe buscar lo superfluo y lo que más deleita, pues de otro modo la carne se rebelaría contra el espíritu. En medio de estas cosas, te ruego, Señor, que tu mano me guíe y me enseñe, para que no haya exceso alguno.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 27 — CÓMO EL AMOR PROPIO APARTA DEL SUMO BIEN MÁS QUE NINGUNA OTRA COSA

✦

Hijo, debes darlo todo por el todo y no reservar nada para ti. Sabe que el amor propio te perjudica más que cualquier cosa de este mundo. Según el amor y el afecto que le tengas, cada cosa se apega a ti más o menos. Si tu amor es puro, sencillo y bien ordenado, estarás libre de la esclavitud de las cosas.

No desees lo que no te está permitido tener; no tengas lo que pueda estorbarte y privarte de la libertad interior. Es extraño que no te confíes a mí desde lo más profundo del corazón, con todo lo que puedes desear o tener.

¿Por qué te consumes en una tristeza vana? ¿Por qué te fatigas con preocupaciones superfluas? Permanece conforme a mi voluntad y no sufrirás ningún daño. Si buscas esto o aquello y quieres estar aquí o allá para tu comodidad y para satisfacer mejor tu propio gusto, nunca estarás en paz ni libre de inquietud, porque en toda cosa se encontrará algún defecto y en todo lugar habrá quien se oponga.

Por tanto, lo que ayuda no es adquirir cualquier cosa ni multiplicar los bienes exteriores, sino despreciarlos y arrancarlos de raíz del corazón. Esto no debe entenderse solo del dinero y las riquezas, sino también de la ambición de honores y del deseo de vanas alabanzas, cosas que pasan todas con el mundo.

Poco protege el lugar si falta el fervor del espíritu; tampoco durará mucho esa paz buscada fuera si el corazón carece de un fundamento verdadero: es decir, si no permaneces en mí, puedes cambiar, pero no mejorar. Porque, cuando surja y se presente la ocasión, encontrarás aquello de lo que huiste, y aún más.

Oración por la purificación del corazón y la sabiduría celestial.

Fortaléceme, Dios, con la gracia del Espíritu Santo; dame fuerza para robustecerme en el hombre interior y vaciar mi corazón de toda preocupación y angustia inútiles, sin dejarme arrastrar por los diversos deseos de cualquier cosa, de poco o mucho valor; haz que lo contemple todo como pasajero, y que considere que yo también pasaré con ello, porque nada permanece bajo el sol, porque todo es vanidad y aflicción de espíritu. ¡Qué sabio es quien lo considera así!

Dame, Señor, sabiduría celestial para que aprenda a buscarte y encontrarte por encima de todo, a gustarte y amarte sobre todas las cosas, y a entender las demás tal como son, según el orden de tu sabiduría. Dame prudencia para apartarme de quien me halaga y paciencia para soportar a quien se me opone, porque es gran sabiduría no dejarse mover por cualquier viento de palabras ni prestar oído a quien halaga con mala intención: así se continúa con seguridad el camino emprendido.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 28 — CONTRA LAS LENGUAS DE LOS DETRACTORES

✦

Hijo, no te aflijas si algunos piensan mal de ti y dicen lo que no te agrada oír. Tú debes pensar de ti mismo cosas peores y no creer a nadie inferior a ti. Si caminas por dentro, darás poco peso a las palabras que vuelan por fuera. Es gran prudencia callar en el tiempo malo, volverse interiormente hacia mí y no dejarse perturbar por el juicio humano.

No dependa tu paz de la boca de los hombres; porque, tanto si te interpretan bien como si te interpretan mal, no eres otro hombre. ¿Dónde están la verdadera paz y la verdadera gloria? ¿No están en mí? Y quien no desea agradar a los hombres ni teme desagradarles disfrutará de mucha paz. Del amor desordenado y del temor vano nacen toda inquietud del corazón y toda distracción de los sentidos.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 29 — CÓMO SE DEBE INVOCAR A DIOS CUANDO LLEGA LA TRIBULACIÓN

✦

Sea bendito tu nombre por los siglos, Señor, pues has querido que esta tentación y tribulación vengan sobre mí. No puedo escapar de ella, pero necesito refugiarme en ti para que me ayudes y la conviertas en bien para mí. Señor, ahora estoy en tribulación y mi corazón no está bien, sino que el sufrimiento presente me atormenta mucho. Y ahora, Padre amado, ¿qué diré?

Me encuentro cercado de angustias. Sálvame en esta hora. Pero para esto he llegado a esta hora: para que seas glorificado cuando yo haya sido profundamente humillado y liberado por ti. Dígnate, Señor, librarme. Porque ¿qué puedo hacer yo, pobre de mí? ¿Y adónde iré sin ti? Dame paciencia, Señor, también esta vez. Ayúdame, Dios mío, y no temeré, por muy abrumado que esté.

Y ahora, en medio de todo esto, ¿qué diré? Señor, hágase tu voluntad. Bien he merecido sufrir tribulación y verme abrumado. Debo, pues, soportarlo, y ojalá sea con paciencia, hasta que pase la tormenta y todo mejore. Tu mano omnipotente tiene poder para apartar de mí también esta tentación y mitigar su ímpetu, para que no sucumba del todo, como ya has hecho conmigo muchas veces. Dios mío, misericordia mía. Y cuanto más difícil

me resulta, tanto más fácil te resulta a ti este cambio de la diestra del Altísimo.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 30 — CÓMO PEDIR EL AUXILIO DIVINO Y CONFIAR EN RECUPERAR LA GRACIA

✦

Hijo, yo soy el Señor, que da fuerzas en el día de la tribulación. Ven a mí cuando no te encuentres bien. Lo que más impide el consuelo celestial es que tardas en recurrir a la oración. Porque, antes de rogarme con fervor, buscas entretanto muchos consuelos y te recreas en las cosas exteriores.

Por eso todo aprovecha poco, hasta que reconoces que soy yo quien cuida de los que esperan en mí, y que fuera de mí no hay consejo eficaz ni provechoso, ni remedio duradero.

Pero ahora, recobrado el ánimo después de la tormenta, vuelve a fortalecerte a la luz de mis misericordias, porque estoy cerca, dice el Señor, para restaurarlo todo, no solo por entero, sino con abundancia y plenitud.

¿Acaso hay algo difícil para mí? ¿O seré semejante a quien dice y no hace? ¿Dónde está tu fe? Mantente firme y persevera. Ten paciencia y sé un hombre fuerte. El consuelo te llegará a su debido tiempo. Espérame, espera: vendré y te sanaré.

Es la tentación la que te atormenta, y un temor vano el que te espanta. ¿Qué aporta la preocupación por lo que pueda suceder en el futuro, sino añadir tristeza a la tristeza? A cada día le basta su propio mal. Es vano e inútil angustiarse o alegrarse por cosas futuras que quizá nunca sucedan.

Pero es humano dejarse engañar por tales imaginaciones, y es señal de un ánimo todavía débil dejarse arrastrar tan fácilmente por las sugerencias del enemigo. A él no le importa si se burla y engaña con cosas verdaderas o falsas, ni si derriba por el amor de las presentes o por el temor de las futuras.

No se turbe, pues, tu corazón ni tenga miedo; cree en mí y confía en mi misericordia. Cuando te crees alejado de mí, muchas veces estoy más cerca. Cuando piensas que estás enteramente perdido, muchas veces se acerca entonces una mayor oportunidad de merecer. No está todo perdido cuando algo sucede de manera contraria a lo esperado.

No debes juzgar según lo que sientes en el presente, ni aferrarte y entregarte a una dificultad, venga de donde venga, como si se hubiera perdido toda esperanza de salir de ella.

No pienses que te he abandonado por completo, aunque por un tiempo haya permitido que sufras alguna tribulación: así se pasa al reino de los cielos. Y sin duda te conviene más, a ti y a los demás siervos míos, que sean ejercitados por diversas pruebas, que tenerlo todo a su gusto.

Yo conozco los pensamientos ocultos; sé que para tu salvación conviene mucho que a veces quedes sin consuelo, para que no te ensoberbezcas cuando las cosas van bien ni quieras complacerte en lo que no eres. Lo que he dado puedo quitarlo y devolverlo cuando me plazca.

Cuando doy, mío es lo que doy; cuando lo retiro, no te quito lo tuyo, porque mío es todo bien recibido y todo don perfecto. Si dejo que te aflija una dificultad o cualquier contrariedad, no te indignes ni se desanime tu cora-

zón, porque puedo aliviarte pronto y transformar toda carga en alegría. Sin embargo, soy justo y muy digno de alabanza cuando obro así contigo.

Si juzgas rectamente y miras las cosas en su verdad, nunca debes entristecerte con tanto abatimiento por las adversidades, sino más bien alegrarte y dar gracias. Más aún, debes considerar como único gozo que, al afligirte con dolores, no te perdone.

«Como el Padre me ha amado, así también yo los amo», dije a mis amados discípulos, a quienes ciertamente no envié a los goces temporales, sino a grandes combates; no a los honores, sino al desprecio; no al ocio, sino a los trabajos; no al descanso, sino a dar mucho fruto con paciencia. Recuerda, hijo mío, estas palabras.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 31 — DEL DESPRENDIMIENTO DE TODA CRIATURA PARA PODER ENCONTRAR AL CREADOR

✦

Señor mío, todavía necesito más gracia si he de llegar allí donde nadie ni criatura alguna pueda estorbarme. Porque mientras alguna cosa me retenga, no puedo volar libremente hacia ti.

Deseaba volar libremente quien decía: «¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?». ¿Qué hay más sereno que una mirada sencilla, y qué hay más libre que quien nada desea en la tierra?

Es necesario, por tanto, ir más allá de toda criatura, abandonarse a sí mismo por completo, elevarse por encima de la propia mente y ver que tú, Creador de todo, no tienes semejanza alguna con las criaturas. Y si alguien no está libre de todas las criaturas, no podrá dedicarse libremente a las cosas divinas.

Por eso se encuentran pocos contemplativos: porque pocos saben apartarse por completo de las criaturas perecederas.

Para esto se requiere una gran gracia que eleve el alma y la lleve por encima de sí misma. Y si el hombre no se eleva en espíritu por encima de sí mismo, se libera de todas las criaturas y se une por entero a Dios, cuanto sabe y cuanto tiene es de poco peso; seguirá siendo pequeño durante mucho tiempo.

Y permanecerá abajo quien considere grande alguna cosa fuera del único bien inmenso y eterno. Todo lo que no es Dios es nada y por nada debe tenerse. Hay, en efecto, una gran diferencia entre la sabiduría del hombre iluminado y devoto y el conocimiento del clérigo instruido y estudioso.

Mucho más noble es la enseñanza que viene de lo alto por influjo divino que la adquirida con esfuerzo por el ingenio humano.

Muchos desean la contemplación, pero no procuran practicar lo que se requiere para ella. También es un gran impedimento detenerse en signos y cosas sensibles y atender poco a la perfecta mortificación. No sé qué sucede, por qué espíritu nos dejamos llevar ni qué pretendemos quienes parecemos llamarnos espirituales, pues dedicamos todo nuestro esfuerzo y la mayor preocupación a cosas pasajeras y de poco valor, y apenas pensamos alguna vez en nuestro interior con los sentidos plenamente recogidos.

¡Qué dolor! Inmediatamente después de un breve recogimiento nos volcamos al exterior y no sopesamos nuestras obras con un examen riguroso. No atendemos a dónde se inclinan nuestros afectos ni lamentamos lo impuro que hay en todo lo nuestro. Porque toda carne había corrompido su camino, y por eso sobrevino el gran diluvio.

Así pues, cuando nuestro afecto interior está corrompido, necesariamente se corrompe la acción que le sigue y que revela la falta de vigor interior. De un corazón puro procede el fruto de una vida buena.

No se pregunta cuánto ha hecho alguien, pero tampoco se considera con tanto cuidado con cuánta virtud obra. Se averigua si es fuerte, rico, hermoso, hábil, buen escritor, buen cantor o buen trabajador; pero muchos ca-

llan sobre lo pobre que es de espíritu, lo paciente y manso, lo devoto y recogido. La naturaleza mira lo exterior del hombre; la gracia se vuelve hacia lo interior. Aquella se engaña con frecuencia; esta espera en Dios para no ser engañada.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 32 — DE LA NEGACIÓN DE SÍ MISMO Y LA RENUNCIA A TODO DESEO DESORDENADO

✦

Hijo, no puedes poseer plenamente la libertad si no te niegas por completo a ti mismo. Están encadenados todos los que se aferran a lo suyo y se aman a sí mismos, los codiciosos, los curiosos, los que vagan de un lugar a otro, buscando siempre novedades y comodidades, y no las cosas de Jesucristo; muchas veces imaginan y componen lo que no durará.

Porque perecerá todo lo que no ha nacido de Dios. Retén estas palabras breves y completas: déjalo todo y lo encontrarás todo; deja el deseo desordenado y encontrarás descanso. Medítalo en tu mente, y cuando lo cumplas, lo entenderás todo.

Señor, esto no es obra de un día ni juego de niños; más aún, en estas pocas palabras se encierra toda la perfección de los religiosos.

Hijo, no debes apartarte ni desanimarte enseguida al oír hablar del camino de los perfectos, sino sentirte impulsado hacia cosas más altas y, al menos, suspirar por ellas con deseo.

Ojalá estuvieras así dispuesto y hubieras llegado a no amarte a ti mismo, sino a someterte con pureza a mi voluntad y a la del padre que he puesto al frente de ti: entonces me agradarías mucho y toda tu vida transcurriría con alegría y paz. Todavía tienes mucho que dejar; si no me lo entregas por entero, no alcanzarás lo que pides.

Te aconsejo que me compres oro purificado por el fuego para hacerte rico, es decir, la sabiduría celestial, que pisa todo lo inferior. Deja atrás toda sabiduría terrenal y todo deseo de complacer a los hombres y a ti mismo.

Te he dicho que compres lo que se considera de menor valor a cambio de las cosas humanas preciosas y elevadas. Porque la verdadera sabiduría celestial parece de poco valor, pequeña y casi olvidada; no tiene un alto concepto de sí misma ni busca ser engrandecida en la tierra. Muchos la predican de palabra, pero su vida está lejos de concordar con ella; sin embargo, ella es la perla preciosa que permanece oculta para muchos.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 33 — DE LA INESTABILIDAD DEL CORAZÓN Y DE LA INTENCIÓN QUE DEBE DIRIGIRSE A DIOS COMO FIN ÚLTIMO

✦

Hijo, no te fíes de lo que sientes ahora: pronto cambiará en otra cosa. Pues mientras vivas estarás sujeto al cambio, aun sin quererlo: unas veces estarás alegre, otras triste; unas veces en paz, otras turbado; ahora devoto, luego sin devoción; ahora diligente, luego apático; ahora serio, luego ligero.

Pero el sabio y bien instruido en el espíritu se mantiene por encima de estos cambios, sin atender a lo que siente en sí mismo ni de qué lado sopla el viento de la inestabilidad, procurando que toda la intención de su mente avance hacia el fin debido y más perfecto.

Así podrá permanecer siempre el mismo, sin vacilar, manteniendo la mirada sencilla de su intención dirigida sin interrupción hacia mí a través de tantos acontecimientos diversos.

Cuanto más pura sea la mirada de la intención, con mayor firmeza se avanza entre las diversas tempestades. Pero a muchos se les nubla la mirada de la intención pura. Pues pronto se vuelve hacia cualquier cosa agradable que se presenta, y rara vez se encuentra a alguien completamente libre de la mancha de buscar su propio interés.

Así, en otro tiempo, los judíos fueron a Betania, a casa de Marta y María, no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro. Hay que limpiar, pues, la

mirada de la intención, para que sea sencilla y recta, y dirigirla hacia mí por encima de todos los medios cambiantes.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 34 — DE CÓMO QUIEN AMA ENCUENTRA DELEITE EN DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS Y EN TODAS ELLAS

✦

He aquí mi Dios y mi todo. ¿Qué más quiero? ¿Y qué mayor felicidad puedo desear? ¡Oh, palabra sabrosa y dulce, pero para quien ama la Palabra, no el mundo ni lo que hay en el mundo! Mi Dios y mi todo. Para quien entiende, basta lo dicho, y a quien ama le es grato repetirlo a menudo. Cuando estás presente, todo es agradable; cuando estás ausente, todo causa hastío.

Tú das tranquilidad al corazón, una gran paz y una alegría festiva. Tú haces que pensemos bien de todos y te alabemos en todas las cosas; nada puede agradar mucho tiempo sin ti. Para que algo sea grato y tenga buen sabor, es necesario que esté presente tu gracia y que lo sazone tu sabiduría.

A quien encuentra deleite en ti, ¿qué no le sabrá bien como es debido? Y a quien no encuentra deleite en ti, ¿qué podrá darle verdadera alegría? Pero los sabios del mundo y quienes se complacen en la carne no alcanzan tu sabiduría, porque en aquellos se encuentra muchísima vanidad, y en estos, muerte.

En cambio, quienes te siguen despreciando las cosas del mundo y mortificando la carne son reconocidos como verdaderos sabios, porque pasan de la vanidad a la verdad y de la carne al espíritu. Estos encuentran deleite en

Dios, y todo cuanto hallan en las criaturas lo refieren a la alabanza de su Creador.

Sin embargo, distinto, y muy distinto, es el sabor del Creador y el de la criatura, el de la eternidad y el del tiempo, el de la luz increada y el de la luz iluminada.

¡Oh, luz perpetua, que superas todas las luces creadas! Lanza desde lo alto un resplandor que penetre hasta lo más íntimo de mi corazón. Purifica, alegra, ilumina y vivifica mi espíritu con todas sus facultades, para que se una a ti con gozosos avances. ¡Oh, cuándo llegará aquella hora dichosa y deseable en que me sacies con tu presencia y seas para mí todo en todas las cosas!

Mientras esto no me sea concedido, tampoco será pleno mi gozo. Todavía, ¡qué dolor!, vive en mí el hombre viejo: no está del todo crucificado, no está completamente muerto; todavía desea con fuerza contra el espíritu. Se levantan guerras interiores y no permiten que el reino del alma esté en paz.

Pero tú, que dominas el poder del mar y calmas el movimiento de sus olas, levántate y ayúdame. Dispersa a las naciones que quieren la guerra; aplástalas con tu poder. Muestra, te lo ruego, tus maravillas, y sea glorificada tu diestra, porque no tengo otra esperanza ni otro refugio sino en ti, Señor, Dios mío.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 35 — DE QUE EN ESTA VIDA NO HAY SEGURIDAD FRENTE A LA TENTACIÓN

✦

Hijo, nunca estás seguro en esta vida; mientras vivas, siempre necesitarás armas espirituales. Te encuentras entre enemigos; te atacan por la derecha y por la izquierda. Si no te proteges por todas partes con el escudo de la paciencia, no pasarás mucho tiempo sin heridas.

Además, si no fijas tu corazón en mí con la verdadera voluntad de sufrirlo todo por mí, no podrás soportar este ardor ni alcanzar la palma de los bienaventurados. Debes, pues, atravesarlo todo con valor y emplear una mano firme contra los obstáculos. Porque al vencedor se le da el maná, y al que se deja vencer por la apatía le queda mucha miseria.

Si buscas descanso en esta vida, ¿cómo llegarás entonces al descanso eterno? No te dispongas a descansar mucho, sino a tener mucha paciencia. Busca la verdadera paz, no en la tierra, sino en el cielo; no en los hombres ni en las demás criaturas, sino solo en Dios.

Por amor de Dios debes aceptar de buena gana todas las cosas: trabajos y dolores, tentaciones y vejaciones, angustias y necesidades, enfermedades, injurias, murmuraciones, reprensiones, humillaciones, vergüenzas, correcciones y desprecios. Yo le daré una recompensa eterna por un breve trabajo, y una gloria infinita por una vergüenza pasajera.

Piensas que siempre tendrás consuelos espirituales a tu voluntad. Mis santos no los tuvieron así, sino muchas dificultades, diversas tentaciones y grandes desolaciones; pero lo soportaron todo con paciencia y confiaron más en Dios que en sí mismos, sabiendo que los padecimientos de este tiempo no son suficientes para merecer la gloria futura. ¿Quieres tener enseguida lo que muchos apenas alcanzaron después de muchas lágrimas y grandes trabajos?

Espera al Señor, actúa con valor y cobra fuerzas; no desconfíes, no te apartes, sino entrega con firmeza el cuerpo y el alma por la gloria de Dios. Yo te recompensaré plenamente; yo estaré contigo en toda tribulación.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 36 — CONTRA LOS VANOS JUICIOS DE LOS HOMBRES

✦

Hijo, confía firmemente tu corazón al Señor y no temas el juicio humano cuando tu conciencia te declare piadoso e inocente. Es bueno y dichoso padecer así; y esto no resultará pesado para un corazón humilde que confía más en Dios que en sí mismo. Muchos dicen muchas cosas, y por eso hay que darles poco crédito. Además, no es posible satisfacer a todos. Y aunque Pablo procuró agradar a todos en el Señor y se hizo todo para todos, tuvo en muy poco ser juzgado por un tribunal humano.

Hizo cuanto estuvo a su alcance y pudo para la edificación y la salvación de los demás; pero no pudo impedir que alguna vez otros lo juzgaran o lo despreciaran. Por eso lo confió todo a Dios, que todo lo conocía; y se defendió con paciencia y humildad de las bocas de quienes hablaban injustamente, de quienes pensaban cosas vanas y mundanas y de quienes lanzaban cualquier afirmación a su antojo. No obstante, respondió algunas veces, para que su silencio no fuera motivo de escándalo para los débiles.

¿Quién eres tú para temer a un hombre mortal? Hoy existe y mañana desaparece. Teme a Dios y no te espantarán las amenazas de los hombres. ¿Qué puede hacer alguien contra ti? Con palabras o injurias se hace más daño a sí mismo que a ti; y, sea quien sea, no podrá escapar al juicio de Dios. Ten tú a Dios ante los ojos y no disputes con palabras de queja.

Y si por ahora parece que sucumbes y sufres una vergüenza que no has merecido, no te indignes por ello ni disminuyas tu corona con la impaciencia.

Más bien, levanta la mirada hacia mí en el cielo, pues tengo poder para librarte de toda vergüenza e injuria y dar a cada uno según sus obras.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 37 — DE LA RENUNCIA PURA Y COMPLETA DEL CORAZÓN PARA ALCANZAR LA PROPIA LIBERTAD

✦

Hijo, renuncia a ti mismo y me encontrarás; permanece sin elegir por tu cuenta y sin reservarte nada como propio, y siempre ganarás. Pues recibirás una gracia más abundante en cuanto te entregues y no vuelvas a tomar lo que entregaste.

Señor, ¿cuántas veces debo entregarme? ¿Y en qué cosas debo renunciar a mí mismo?

Siempre y a toda hora, tanto en lo pequeño como en lo grande. No exceptúo nada, sino que quiero encontrarte despojado en todo. De otro modo, ¿cómo podrás ser mío y yo tuyo si no te has despojado por dentro y por fuera de toda voluntad propia? Cuanto antes lo hagas, mejor te irá; y cuanto más plena y sinceramente lo hagas, más me agradarás y más ganarás.

Algunos se entregan, pero con alguna reserva, pues no confían plenamente en Dios y por eso se afanan en proveer para sí mismos. Otros también lo ofrecen todo al principio, pero después, al llegar la tentación, vuelven a lo suyo; por eso no progresan en la virtud. Estos no alcanzarán la verdadera libertad de un corazón puro ni la gracia de mi grata intimidad sin una entrega completa y una ofrenda diaria de sí mismos; sin ellas, la unión gozosa no podrá mantenerse ni se mantiene.

Te lo he dicho muchísimas veces y ahora lo repito: renuncia a ti mismo, entrégate y disfrutarás de una gran paz interior. Dalo todo a cambio de todo, no busques nada, no reclames nada; permanece en mí con pureza y sin vacilación, y me tendrás. Serás libre de corazón y las tinieblas no te aplastarán.

Esfuérzate por esto, pídelo y procura desearlo: poder despojarte de todo lo propio y seguir desnudo a Jesús desnudo, morir para ti y vivir eternamente para mí. Entonces desaparecerán todas las fantasías vanas, las perturbaciones dañinas y las preocupaciones superfluas. Entonces también se retirará el temor desmedido y morirá el amor desordenado.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 38 — DEL BUEN GOBIERNO DE LAS COSAS EXTERIORES Y DEL RECURSO A DIOS EN LOS PELIGROS

✦

Hijo, debes procurar con diligencia que en todo lugar, acción u ocupación exterior seas interiormente libre y dueño de ti mismo, y que todas las cosas estén bajo ti y tú no estés bajo ellas, para que seas señor y guía de tus acciones, no siervo ni esclavo comprado, sino más bien un hombre liberado y un verdadero hebreo, que pasa a la fortaleza y a la libertad de los hijos de Dios.

Estos se mantienen por encima de las cosas presentes y contemplan las eternas; miran con el ojo izquierdo las cosas pasajeras y con el derecho las celestiales.

Las cosas temporales no los arrastran a apegarse a ellas, sino que ellos las llevan a prestar un buen servicio, conforme al orden que les dio Dios y a lo establecido por el supremo Artífice, que no dejó nada desordenado en su creación.

Si en todo acontecimiento no te detienes en la apariencia exterior ni examinas con ojos carnales lo que ves u oyes, sino que enseguida, en cualquier asunto, entras con Moisés en el tabernáculo para consultar al Señor, escucharás algunas veces la respuesta divina y volverás instruido sobre muchas cosas presentes y futuras.

Pues Moisés acudía siempre al tabernáculo para resolver dudas y cuestiones, y recurría a la ayuda de la oración para aliviar los peligros y las malda-

des de los hombres. Así también tú debes refugiarte en lo más íntimo de tu corazón, implorando con mayor fervor la ayuda divina.

Por eso se lee que Josué y los hijos de Israel fueron engañados por los gabaonitas: porque no consultaron primero al Señor, sino que, demasiado confiados en palabras dulces, fueron engañados por una falsa piedad.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 39 — DE NO SER INSISTENTE EN LOS ASUNTOS

✦

Hijo, confíame siempre tu causa; yo la dispondré bien a su tiempo. Espera lo que yo disponga y verás el provecho que de ello resulta.

Señor, con mucho gusto te confío todas las cosas, porque mi pensamiento poco puede conseguir. Ojalá no me apegara tanto a los acontecimientos futuros, sino que me ofreciera sin vacilar a tu voluntad.

Hijo mío, a menudo el hombre se afana por algo que desea; pero cuando lo alcanza, empieza a sentir de otra manera, porque los afectos hacia una misma cosa no son duraderos, sino que nos llevan de una cosa a otra. Por eso no es poca cosa renunciar a uno mismo incluso en lo más pequeño.

El verdadero progreso del hombre es negarse a sí mismo, y el hombre que se niega a sí mismo es muy libre y está seguro. Pero el antiguo enemigo, que se opone a todo bien, no deja de tentar y día y noche prepara graves asechanzas, por si logra hacer caer al incauto en la trampa del engaño. Velen y oren, dice el Señor, para que no entren en tentación.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 40 — EL HOMBRE NO TIENE POR SÍ MISMO NINGÚN BIEN Y NO DEBE GLORIARSE DE NADA

✦

Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que lo visites? ¿Qué ha merecido el hombre para que le dieras tu gracia? Señor, ¿de qué puedo quejarme si me abandonas? ¿O qué puedo alegar con justicia si no haces lo que pido? Ciertamente puedo pensar y decir con verdad: Señor, nada soy; ningún bien tengo por mí mismo, sino que en todo fallo y siempre tiendo a la nada. Si tú no me ayudas y me formas por dentro, me vuelvo completamente tibio y desganado.

Pero tú, Señor, eres siempre el mismo y permaneces eternamente: siempre bueno, justo y santo; todo lo haces con bondad, justicia y santidad, y lo dispones con sabiduría. Pero yo, más inclinado a retroceder que a progresar, no permanezco siempre en un mismo estado, porque siete tiempos cambian sobre mí.

No obstante, pronto mejoro cuando así te agrada y me tiendes tu mano para ayudarme, porque solo tú puedes socorrerme sin ayuda humana y fortalecerme tanto que mi rostro ya no cambie de una cosa a otra, sino que mi corazón se vuelva hacia ti solo y descanse en ti.

Por eso, si supiera renunciar por completo a todo consuelo humano, ya fuera para alcanzar la devoción, ya por la necesidad que me obliga a buscarte, porque no hay nadie que me consuele, entonces podría con razón esperar en tu gracia y alegrarme con el don de un nuevo consuelo.

Gracias a ti, de quien todo procede cuantas veces me va bien. Yo, en cambio, soy vanidad y nada ante ti, un hombre inconstante y débil. ¿De qué puedo gloriarme? ¿O por qué deseo ser estimado? ¿Acaso por ser nada? Eso es suma vanidad. En verdad, la vanagloria es una peste funesta, una vanidad enorme, porque aparta de la gloria verdadera y despoja de la gracia celestial. Pues cuando el hombre se complace en sí mismo, te desagrada a ti; cuando ansía las alabanzas humanas, queda privado de las verdaderas virtudes.

La verdadera gloria y la alegría santa consisten en gloriarse en ti y no en uno mismo, alegrarse en tu nombre y no en la propia fuerza, y no deleitarse en ninguna criatura sino por ti. Sea alabado tu nombre, no el mío; sea engrandecida tu obra, no la mía; sea bendecido tu santo nombre, no el mío; y nada de las alabanzas humanas se me atribuya. Tú eres mi gloria, tú la alegría de mi corazón. En ti me gloriaré y me alegraré todo el día; de mí mismo, en cambio, no me gloriaré sino en mis debilidades.

Busquen los judíos la gloria que unos reciben de otros; yo buscaré la que procede solo de Dios. Toda gloria humana, todo honor temporal, toda grandeza mundana, comparados con tu gloria eterna, son vanidad y necedad. Oh, verdad mía y misericordia mía, Dios mío, Trinidad bendita: a ti solo la alabanza, el poder, el honor y la gloria por los infinitos siglos de los siglos.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 41 — EL DESPRECIO DE TODO HONOR TEMPORAL

✦

Hijo, no lo tomes como algo personal si ves que otros son honrados y elevados, mientras tú eres despreciado y humillado. Eleva tu corazón hacia mí en el cielo, y no te entristecerá el desprecio de los hombres en la tierra.

Señor, estamos en la ceguera y la vanidad nos seduce pronto. Si me examino bien, ninguna criatura me ha hecho jamás una injusticia; por eso tampoco tengo razón para quejarme contra ti. Como he pecado contra ti muchas veces y gravemente, con razón toda criatura se arma contra mí.

A mí, pues, me corresponden justamente la vergüenza y el desprecio; a ti, en cambio, la alabanza, el honor, el poder y la gloria. Y si no me preparo para aceptar de buena gana que toda criatura me desprecie y me abandone, y que se me tenga por absolutamente nada, no puedo alcanzar la paz y la firmeza interior, ni ser iluminado espiritualmente, ni unirme plenamente a ti.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 42 — NO SE DEBE PONER LA PAZ EN LOS HOMBRES

✦

Hijo, si pones tu paz en alguna persona por compartir tus sentimientos o convivir contigo, serás inconstante y estarás intranquilo. Pero si recurres a la verdad que siempre vive y permanece, no te entristecerá que un amigo se aleje o muera. El amor al amigo debe estar fundado en mí, y por mí debes amar a cualquiera que te haya parecido bueno y muy querido en esta vida.

Sin mí, la amistad no tiene valor ni durará; tampoco es verdadero y puro el amor que yo no uno. Debes estar tan muerto a estos afectos hacia las personas queridas que, por lo que a ti respecta, desees estar sin compañía humana. Cuanto más se aleja el hombre de todo consuelo terreno, más se acerca a Dios.

Y cuanto más profundamente desciende dentro de sí y menos se estima a sí mismo, tanto más alto asciende hacia Dios.

Pero quien se atribuye algún bien impide que la gracia de Dios encuentre lugar en él, porque la gracia del Espíritu Santo busca siempre un corazón humilde. Si supieras reducirte por completo a la nada y vaciarte de todo amor a lo creado, entonces yo derramaría en ti una gracia abundante. Cuando vuelves la mirada hacia las criaturas, se te priva de la visión del Creador.

Aprende a vencerte en todo por el Creador; entonces podrás llegar al conocimiento divino. Por pequeña que sea una cosa, si se ama y se mira con apego desordenado, aparta del bien supremo y corrompe.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 43 — CONTRA LA CIENCIA VANA Y MUNDANA

✦

Hijo, no te impresionen los dichos hermosos y sutiles de los hombres, porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder. Atiende a mis palabras, que encienden los corazones e iluminan las mentes, despiertan el arrepentimiento y ofrecen consuelos diversos. Nunca leas la palabra para parecer más instruido o más sabio; procura, en cambio, mortificar los vicios, porque esto te aprovechará más que el conocimiento de muchas cuestiones difíciles.

Cuando hayas leído y conocido muchas cosas, tendrás que llegar a un solo principio. Yo soy quien enseña al hombre la ciencia y da a los pequeños una comprensión más clara de la que un hombre puede enseñar.

Aquel a quien yo hable pronto será sabio y progresará mucho en el espíritu. ¡Ay de quienes preguntan a los hombres muchas curiosidades y se preocupan poco por el camino para servirme! Llegará el tiempo en que aparecerá el Maestro de los maestros, Cristo, Señor de los ángeles, para escuchar las lecciones de todos y examinar las conciencias de cada uno.

Entonces se escudriñará Jerusalén con lámparas, quedará al descubierto lo escondido en las tinieblas y callarán los argumentos de las lenguas.

Yo soy quien eleva en un instante la mente humilde para que comprenda más razones de la verdad eterna que si hubiera estudiado diez años en las

escuelas. Yo enseño sin ruido de palabras, sin confusión de opiniones, sin ostentación de honores y sin disputas de argumentos.

Yo soy quien enseña a despreciar lo terreno, a sentir hastío por lo presente, a buscar lo eterno, a saborear lo eterno, a huir de los honores, a soportar las ofensas, a poner toda esperanza en mí, a no desear nada fuera de mí y a amarme ardientemente sobre todas las cosas.

Pues hubo quien, amándome íntimamente, aprendió las cosas divinas y hablaba de maravillas. Progresó más abandonándolo todo que estudiando sutilezas. Pero a unos les hablo de cosas comunes y a otros de cosas particulares; a algunos me muestro dulcemente en signos y figuras; a otros les revelo muchos misterios en la luz.

Una sola es la voz de los libros, pero no instruye a todos por igual, porque en el interior yo soy el maestro de la verdad, el que examina el corazón, comprende los pensamientos e impulsa las acciones, repartiendo a cada uno según lo juzgue conveniente.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 44 — NO DEJARSE ATRAER POR LAS COSAS EXTERIORES

✦

Hijo, conviene que ignores muchas cosas y te consideres como muerto sobre la tierra, como alguien para quien el mundo entero está crucificado. También conviene que pases por alto muchas cosas haciendo oídos sordos y pienses más en lo que contribuye a tu paz. Es más provechoso apartar los ojos de las cosas que desagradan y dejar a cada uno su parecer que entregarse a discusiones. Si estás bien con Dios y tienes presente su juicio, soportarás más fácilmente que te den por vencido.

Oh, Señor, ¿hasta dónde hemos llegado? Se llora una pérdida temporal; por una pequeña ganancia se trabaja y se corre, mientras el daño espiritual cae en el olvido y apenas se vuelve a él, ya tarde. Se presta atención a lo que aprovecha poco o nada, y se pasa por alto con negligencia lo más necesario, porque el hombre entero se vuelca hacia lo exterior y, si no recobra pronto el juicio, permanece de buena gana en las cosas exteriores.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 45 — NO SE DEBE CREER A TODOS, Y DE LO FÁCIL QUE ES FALTAR CON LAS PALABRAS

✦

Dame ayuda, Señor, en la tribulación, porque vana es la ayuda del hombre. ¡Cuántas veces no encontré fidelidad donde creía tenerla, y cuántas la hallé donde menos la esperaba! Vana es, pues, la esperanza en los hombres; la salvación de los justos, en cambio, está en ti, Dios. Bendito seas, Señor Dios, en todo lo que nos sucede. Somos débiles e inconstantes; pronto nos engañamos y cambiamos.

¿Qué hombre puede guardarse en todo con tanta cautela y prudencia que no caiga alguna vez en algún engaño o dificultad? Pero quien confía en ti, Señor, y te busca con un corazón sencillo, no cae tan fácilmente.

Y si llega a sufrir alguna tribulación, por enredado que esté en ella, pronto será librado por ti o recibirá tu consuelo, porque tú no abandonas hasta el fin a quien espera en ti. Es raro el amigo fiel que permanece junto a su amigo en todas sus aflicciones. Tú, Señor, tú solo eres completamente fiel en todo, y fuera de ti no hay otro igual.

¡Oh, qué sabia fue aquella alma santa que dijo: Mi mente está firme y fundada en Cristo! Si así fuera conmigo, no me inquietaría tan fácilmente el temor a los hombres ni me perturbarían los dardos de las palabras. ¿Quién puede preverlo todo? ¿Quién es capaz de precaverse de los males futuros?

Si aun los previstos hieren muchas veces, ¿qué harán los imprevistos sino herir gravemente? Pero ¿por qué no tomé mejores precauciones, desdichado de mí? ¿Por qué también creí a otros con tanta facilidad? Pero somos hombres y no somos más que hombres frágiles, aunque muchos nos consideren y nos llamen ángeles. ¿A quién creeré, Señor? ¿A quién creeré sino a ti?

Tú eres la verdad que no engaña ni puede ser engañada. Y también: Todo hombre es mentiroso, inconstante y muy propenso a fallar en sus palabras, de modo que apenas se debe creer de inmediato lo que de frente parece sonar verdadero.

¡Con cuánta prudencia advertiste que había que guardarse de los hombres, que los enemigos del hombre son los de su casa y que no se debe creer si alguien dice: Aquí está, o allí está! He aprendido a costa de daño; ojalá me sirva para tener mayor cautela y no para caer en la necedad. Sé prudente, dice uno; sé prudente, guarda para ti lo que te digo.

Y mientras yo callo y lo creo oculto, él mismo no puede callar lo que pidió que se callara, sino que enseguida me delata a mí y a sí mismo, y se va. Protégeme, Señor, de esos charlatanes y hombres imprudentes, para que no caiga en sus manos ni cometa yo nunca tales cosas. Pon en mi boca palabras verdaderas y firmes, y aleja de mí la lengua acalorada. Debo evitar por todos los medios lo que no quiero padecer.

¡Oh, qué bueno y apacible es callar sobre los demás, no creerlo todo sin discernimiento, no repetirlo fácilmente, revelarse a pocos, buscarte siempre a ti, que examinas el corazón, y no dejarse llevar por cualquier viento de palabras, sino desear que todas las cosas interiores y exteriores se realicen según

el agrado de tu voluntad! ¡Qué seguro es, para conservar la gracia celestial, huir de la ostentación ante los hombres y no desear lo que parece despertar admiración por fuera, sino buscar con toda diligencia lo que ayuda a corregir la vida y aumenta el fervor! ¡A cuántos ha perjudicado que su virtud fuera conocida y expresamente alabada! ¡Cuánto ha aprovechado la gracia conservada en silencio en esta vida frágil, de la que se dice que toda ella es tentación y lucha!

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 46 — DE LA CONFIANZA QUE SE HA DE TENER EN DIOS CUANDO SE ALZAN LOS DARDOS DE LAS PALABRAS

✦

Hijo, mantente firme y espera en mí. Pues ¿qué son las palabras sino palabras? Vuelan por el aire, pero no dañan la piedra. Si eres culpable, piensa que debes querer enmendarte de buena gana. Si tu conciencia no te acusa de nada, considera: considera que debes querer soportar esto de buena gana por Dios.

Bien poco es que soportes al menos algunas palabras de vez en cuando, tú que todavía no puedes tolerar golpes fuertes. ¿Y por qué te llegan al corazón cosas tan pequeñas, sino porque aún eres carnal y prestas a los hombres más atención de la debida? Pues, como temes que te desprecien, no quieres que te reprendan por tus faltas y buscas refugio en las excusas.

Pero examínate mejor y reconocerás que aún viven en ti el mundo y el vano amor de agradar a los hombres. Pues cuando rehúyes ser rebajado y avergonzado incluso por tus defectos, queda claro que no eres verdaderamente humilde, ni has muerto de verdad al mundo, ni el mundo está crucificado para ti. Pero escucha mis palabras y no te preocuparán las palabras de diez mil hombres.

Mira, si dijeran contra ti todo lo que pudiera inventarse con la mayor malicia, ¿qué daño te haría si lo dejaras pasar por completo y no le dieras más

importancia que a una brizna de paja? ¿Acaso podrían arrancarte un solo cabello?

Pero quienes no tienen el corazón recogido en su interior ni a Dios ante los ojos se alteran con gran facilidad por una palabra de reproche. En cambio, quien confía en mí y no pretende apoyarse en su propio juicio estará libre del temor a los hombres. Pues yo soy el juez y conozco todos los secretos; yo sé cómo sucedió todo; yo conozco al que ofende y al que soporta la ofensa.

De mí salió esta palabra; con mi permiso sucedió esto, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones. Yo juzgaré al culpable y al inocente; pero antes quise poner a prueba a ambos con un juicio oculto.

El testimonio de los hombres varía a menudo; mi juicio es verdadero, permanecerá y no será derribado. La mayoría de las veces está oculto, y son pocos quienes lo comprenden en cada caso; sin embargo, nunca se equivoca ni puede equivocarse, aunque a los ojos de los insensatos no parezca justo.

Por tanto, hay que recurrir a mí en todo juicio y no apoyarse en el propio parecer; pues el justo no se turbará por nada de lo que le suceda de parte de Dios. Y si se dice injustamente algo contra él, no se preocupará mucho; pero tampoco se alegrará vanamente si otros lo defienden con razón.

Pues considera que yo examino los corazones y las entrañas, y que no juzgo según el rostro ni las apariencias humanas. Porque a menudo encuentro culpable lo que el juicio de los hombres considera digno de alabanza.

Señor Dios, juez justo, fuerte y paciente, que conoces la fragilidad y la maldad de los hombres, sé mi fuerza y toda mi confianza; pues mi conciencia

no me basta. Tú sabes lo que yo no sé, y por eso debí humillarme ante toda reprensión y soportarla con mansedumbre.

Perdóname, pues, con bondad cuantas veces no he obrado así, y concédeme de nuevo la gracia de una mayor paciencia. Pues tu abundante misericordia me sirve más para alcanzar el perdón que mi supuesta justicia para defender lo que mi conciencia oculta.

Y aunque mi conciencia no me acusa de nada, no puedo por eso justificarme, porque, sin tu misericordia, ningún ser viviente será justificado ante ti.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 47 — QUE TODAS LAS PENAS SE HAN DE SOPORTAR POR LA VIDA ETERNA

✦

Hijo, que no te quebranten los trabajos que has emprendido por mí, ni te abatan por completo las tribulaciones; que mi promesa te fortalezca y te consuele en todo lo que suceda. Yo tengo poder suficiente para recompensarte por encima de toda medida y proporción. No trabajarás aquí mucho tiempo ni estarás siempre agobiado por los dolores. Espera un poco y verás el pronto fin de los males. Llegará una hora en que cesarán todo trabajo y toda agitación. Poco y breve es todo lo que pasa con el tiempo.

Haz lo que haces; trabaja fielmente en mi viña, y yo seré tu recompensa. Escribe, lee, canta, gime, calla, ora, soporta con valor las adversidades: la vida eterna merece todas estas luchas y otras mayores. La paz llegará en un día que el Señor conoce. No será un día ni una noche de este tiempo, sino luz perpetua, claridad infinita, paz firme y descanso seguro.

Entonces no dirás: ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Ni clamarás: ¡Ay de mí, porque se ha prolongado mi destierro!, pues la muerte será derribada y la salvación no tendrá fin, no habrá angustia alguna, habrá alegría dichosa y una compañía dulce y hermosa.

¡Oh, si hubieras visto las coronas perpetuas de los santos en el cielo y la inmensa gloria de la que ahora gozan quienes en otro tiempo eran tenidos por despreciables en este mundo y casi indignos de la vida misma! Sin duda, te humillarías al instante hasta el suelo y desearías más estar sujeto a

todos que mandar sobre uno solo; no ansiarías días felices en esta vida, sino que te alegrarías más de sufrir por Dios y considerarías una grandísima ganancia que los hombres te tuvieran por nada.

¡Oh, si saborearas estas cosas y te llegaran profundamente al corazón, cómo te atreverías a quejarte una sola vez! ¿Acaso no hay que soportar todas las penas por la vida eterna? No es cosa pequeña ganar o perder el reino de Dios. Levanta, pues, tu rostro hacia el cielo. Mira, yo y todos mis santos conmigo, que sostuvieron una gran lucha en este mundo, ahora nos alegramos, ahora recibimos consuelo, ahora estamos seguros y ahora descansamos; y ellos permanecerán conmigo sin fin en el reino de mi Padre.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 48 — DEL DÍA DE LA ETERNIDAD Y DE LAS ANGUSTIAS DE ESTA VIDA

✦

¡Dichosísima morada de la ciudad celestial! ¡Oh, día clarísimo de la eternidad, al que la noche no oscurece, sino que la verdad suprema ilumina siempre! Día siempre alegre, siempre seguro y cuyo estado nunca cambia a su contrario. ¡Oh, si aquel día hubiera amanecido ya y todas estas cosas temporales hubieran llegado a su fin! Resplandece para los santos con claridad perpetua, pero para quienes peregrinan en la tierra solo brilla de lejos, como en un espejo.

Los ciudadanos del cielo saben cuán gozosa es aquella vida; los desterrados hijos de Eva gimen porque esta es amarga y penosa. Los días de este tiempo son pocos y malos, llenos de dolores y angustias: en ellos el hombre se mancha con muchos pecados, se enreda en muchas pasiones, se ve oprimido por muchos temores, agobiado por muchas preocupaciones y distraído por muchas curiosidades; se enreda en muchas vanidades, se ve rodeado de muchos errores, desgastado por muchos trabajos, abrumado por muchas tentaciones, debilitado por los placeres y atormentado por la pobreza.

¡Oh, cuándo llegará el fin de tantos trabajos! ¿Cuándo me veré libre de la miserable esclavitud de los vicios? ¿Cuándo me acordaré solo de ti, Señor? ¿Cuándo me alegraré plenamente en ti? ¿Cuándo estaré en verdadera libertad, sin impedimento alguno, sin ninguna carga del alma ni del

cuerpo? ¿Cuándo habrá paz sólida, paz imperturbable y segura, paz por dentro y por fuera, paz firme por todas partes?

Jesús bueno, ¿cuándo estaré ante ti para verte? ¿Cuándo contemplaré la gloria de tu reino? ¿Cuándo serás para mí todo en todo? ¡Oh, cuándo estaré contigo en tu reino, que has preparado desde la eternidad para quienes amas! He quedado pobre y desterrado en tierra hostil, donde hay guerras diarias y desgracias inmensas.

Consuela mi destierro, mitiga mi dolor, porque todo mi deseo suspira por ti. Pues todo lo que este mundo ofrece como consuelo es una carga para mí; deseo gozar de ti íntimamente, pero no puedo alcanzarte. Deseo unirme a las cosas celestiales, pero me hunden las cosas temporales y las pasiones que no he mortificado.

Deseo elevarme con el espíritu por encima de todas las cosas, pero me veo obligado, contra mi voluntad, a someterme a la carne. Así yo, hombre desdichado, lucho conmigo mismo y me he vuelto una carga para mí, mientras el espíritu busca estar arriba y la carne abajo.

¡Oh, cuánto sufro en mi interior cuando considero con el espíritu las cosas celestiales y enseguida, mientras oro, me asalta una multitud de tentaciones y pensamientos carnales! Dios mío, no te alejes de mí ni te apartes con ira de tu siervo. Lanza tu relámpago y dispérsalos; envía tus flechas y queden confundidas todas las fantasías del enemigo.

Recoge hacia ti todos mis sentidos; haz que me olvide de todas las cosas mundanas; concédeme desechar y despreciar pronto las imágenes de los vi-

cios. Socórreme, Verdad eterna, para que ninguna vanidad me altere. Ven, dulzura celestial, y huya de tu presencia toda impureza.

Perdóname también y ten misericordia de mí cuantas veces pienso durante la oración en algo distinto de ti. Pues confieso de verdad que suelo estar muy distraído. Muchas veces no estoy donde mi cuerpo está de pie o sentado, sino más bien donde me llevan mis pensamientos. Estoy donde está mi pensamiento; donde está con frecuencia mi pensamiento, allí está lo que amo. Pronto me viene a la mente lo que me deleita por naturaleza o me agrada por costumbre.

Por eso tú, Verdad eterna, dijiste claramente: Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. Si amo el cielo, pienso de buena gana en las cosas celestiales. Si amo el mundo, me alegro con sus dichas y me entristezco por sus adversidades. Si amo la carne, imagino muy a menudo las cosas de la carne. Si amo el espíritu, me deleito pensando en las cosas espirituales.

Pues de todo lo que amo hablo y escucho con gusto, y llevo conmigo a casa sus imágenes. Pero dichoso el hombre que por ti, Señor, permite que se alejen todas las criaturas, que se hace violencia a sí mismo y crucifica los deseos de la carne con el fervor del espíritu, para ofrecerte una oración pura con la conciencia serena y ser digno de participar en los coros de los ángeles, habiendo apartado todas las cosas terrenales, por fuera y por dentro.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 49 — DEL DESEO DE LA VIDA ETERNA Y DE CUÁN GRANDES SON LOS PREMIOS PROMETIDOS A QUIENES LUCHAN

✦

Hijo mío, cuando sientas que desde lo alto se infunde en ti el deseo de la felicidad eterna y ansíes salir de la tienda del cuerpo para poder contemplar mi claridad sin sombra de cambio, ensancha tu corazón y recibe con todo tu deseo esta santa inspiración.

Da muchísimas gracias a la bondad celestial, que te trata con tanta consideración, te visita con clemencia, te anima con ardor y te sostiene con fuerza para que no caigas por tu propio peso en las cosas terrenas.

Pues esto no lo recibes por tu pensamiento ni por tu esfuerzo, sino únicamente por la condescendencia de la gracia celestial y de la atención divina, para que progreses en las virtudes y en una mayor humildad, te prepares para futuras luchas y procures unirte a mí con todo el afecto de tu corazón y servirme con voluntad ferviente.

Hijo, muchas veces arde el fuego, pero la llama no sube sin humo. Así también los deseos de algunos arden por las cosas celestiales y, sin embargo, no están libres de la tentación del afecto carnal. Por eso, tampoco buscan con entera pureza el honor de Dios en lo que le piden con tanto deseo. Así es también muchas veces ese deseo tuyo que has manifestado que es tan insistente. Pues no es puro y perfecto lo que está contaminado por la propia conveniencia.

Pide lo que me sea agradable y honroso, en lugar de lo que te resulte placentero y conveniente; porque, si juzgas rectamente, debes preferir mi disposición a tu deseo y a todo lo deseado, y seguirla. Conozco tu deseo y he oído tus frecuentes gemidos.

Ya quisieras estar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios; ya te deleitan la casa eterna y la patria celestial llena de alegría. Pero aún no ha llegado esa hora; todavía queda otro tiempo de guerra, es decir, un tiempo de trabajo y de prueba. Deseas llenarte del bien supremo, pero ahora no puedes alcanzarlo. Yo soy; espérame, dice el Señor, hasta que venga el reino de Dios.

Todavía has de ser probado en la tierra y ejercitado en muchas cosas. A veces se te dará consuelo, pero no se te concederá una satisfacción abundante. Cobra, pues, ánimo y sé fuerte, tanto para hacer como para sufrir lo que contraría a la naturaleza. Debes revestirte del hombre nuevo y convertirte en otro hombre.

Muchas veces debes hacer lo que no quieres y dejar lo que quieres. Lo que agrada a otros saldrá adelante; lo que te agrada a ti no prosperará. Lo que otros dicen será escuchado; lo que tú dices se tendrá por nada. Otros pedirán y recibirán; tú pedirás y no obtendrás.

Otros serán grandes en boca de los hombres; de ti, en cambio, se guardará silencio. A otros se les confiará esto o aquello; a ti se te juzgará inútil para todo. Por causa de otro se entristecerá la naturaleza, pero, guardando silencio, obtendrá para sí un gran fruto.

En estas cosas y en muchas semejantes suele probarse al siervo fiel del Señor, para ver cómo procura negarse y vencerse en todo. Apenas hay algo en lo que necesites morir tanto a ti mismo como en ver y sufrir lo que se opone a tu voluntad; sobre todo cuando se manda hacer cosas que te parecen inconvenientes y poco útiles.

Y como, estando sometido, no te atreves a resistir a una autoridad superior, te parece duro proceder según la indicación de otro y dejar de lado todo parecer propio.

Pero considera, hijo, el fruto de estos trabajos, su pronto fin y su grandísimo premio, y no hallarás en ellos una carga, sino un consuelo muy firme para tu paciencia. Pues por esta pequeña voluntad a la que ahora renuncias libremente, tendrás siempre tu voluntad en los cielos. Allí encontrarás todo lo que quieras, todo lo que puedas desear.

Allí tendrás a tu alcance todo bien, sin temor de perderlo. Allí tu voluntad estará siempre unida a la mía; no desearás nada ajeno ni exclusivo para ti. Allí nadie se te resistirá, nadie se quejará de ti, nadie te impedirá nada, nada se te opondrá; todas las cosas deseadas estarán presentes a la vez, y renovarán todos tus afectos y los colmarán por completo.

Allí te daré gloria por la afrenta sufrida, un manto de alabanza por la tristeza y, por el último lugar, un trono en el reino para siempre. Allí aparecerá el fruto de la obediencia; se alegrará el trabajo de la penitencia, y la humilde sumisión será coronada de gloria.

Ahora, pues, inclínate humildemente bajo las manos de todos, y no te preocupes por quién haya dicho o mandado esto; pon, en cambio, gran cui-

dado en recibirlo todo como un bien y procurar cumplirlo con voluntad sincera, ya sea que un superior, un inferior o un igual te pida o te indique alguna otra cosa.

Busque uno esto y otro aquello; gloríese aquel en aquello y este en esto; sean alabados miles y miles, pero tú no te gloríes en esto ni en aquello, sino alégrate del desprecio de ti mismo y de mi sola complacencia y honra. Esto debes desear: que, por la vida o por la muerte, Dios sea siempre glorificado en ti.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 50 — DE CÓMO EL HOMBRE DESOLADO DEBE PONERSE EN MANOS DE DIOS

✦

Señor Dios, Padre santo, seas bendito ahora y por toda la eternidad, porque se ha hecho como quieres, y lo que haces es bueno. Alégrese tu siervo en ti, no en sí mismo ni en ningún otro, porque solo tú eres la alegría verdadera; tú eres mi esperanza y mi corona, tú eres mi gozo y mi honor, Señor. ¿Qué tiene tu siervo sino lo que ha recibido de ti, aun sin mérito suyo?

Tuyas son todas las cosas que has dado y que has hecho. Soy pobre y vivo entre trabajos desde mi juventud, y mi alma se entristece a veces hasta las lágrimas; otras veces también mi espíritu se turba por los sufrimientos que lo amenazan.

Deseo la alegría de la paz; suplico la paz de tus hijos, a quienes alimentas en la luz del consuelo. Si das paz, si infundes una alegría santa, el alma de tu siervo estará llena de cantos y se entregará a tu alabanza.

Pero si te retiras, como tantas veces sueles hacer, no podrá correr por el camino de tus mandamientos; antes bien, doblará las rodillas para golpearse el pecho, porque ya no se encuentra como ayer y anteayer, cuando tu lámpara brillaba sobre su cabeza y bajo la sombra de tus alas quedaba protegida de las tentaciones que la asaltaban.

Padre justo y siempre digno de alabanza, ha llegado la hora de que tu siervo sea probado. Padre digno de amor, justo es que en esta hora tu siervo pa-

dezca algo por ti.

Padre siempre venerable, ha llegado la hora que desde la eternidad sabías que vendría, para que tu siervo sucumba exteriormente por un breve tiempo, pero viva siempre contigo en su interior; para que sea un poco menospreciado, humillado y abatido ante los hombres, quebrantado por sufrimientos y enfermedades, para que vuelva a levantarse contigo en la aurora de una luz nueva y sea glorificado en los cielos. Padre santo, así lo has dispuesto y así lo has querido, y se ha hecho lo que mandaste.

Pues esta es una gracia para tu amigo: padecer y ser afligido en el mundo por amor a ti, cuantas veces, por quienquiera y de cualquier modo que permitas que suceda. Nada ocurre en la tierra sin tu designio y providencia, ni sin causa. Bueno es para mí, Señor, que me hayas humillado, para que aprenda tus preceptos y deseche toda soberbia y presunción del corazón.

Me es útil que la vergüenza haya cubierto mi rostro, para que te busque a ti, antes que a los hombres, en procura de consuelo. También he aprendido con esto a temer tu juicio inescrutable, pues afliges al justo junto con el impío, pero no sin equidad y justicia.

Te doy gracias porque no has dejado sin castigo mis males, sino que me has quebrantado con golpes amargos, causándome dolores y enviándome angustias por fuera y por dentro. Entre todo lo que hay bajo el cielo, nada puede consolarme sino tú, Señor Dios mío, médico celestial de las almas, que hieres y sanas, haces bajar al abismo y haces volver de él. Tu corrección está sobre mí, y tu misma vara me enseñará.

Mira, Padre amado, estoy en tus manos; me inclino bajo la vara de tu corrección: golpea mi espalda y mi cuello, para que doblegue mi torcedura a tu voluntad. Hazme un discípulo piadoso y humilde, como bien acostumbras hacerlo, para que camine según cada indicación tuya.

Me encomiendo a ti, junto con todo lo mío, para que me corrijas: es mejor ser corregido aquí que en el futuro. Tú conoces todas y cada una de las cosas, y nada se te oculta en la conciencia humana. Antes de que sucedan, conoces las cosas venideras, y no necesitas que nadie te enseñe ni te informe de lo que ocurre en la tierra.

Tú sabes lo que conviene a mi progreso y cuánto sirve la tribulación para limpiar la herrumbre de los vicios. Cumple en mí tu deseada voluntad y no desprecies mi vida pecadora, que nadie conoce mejor ni con más claridad que tú solo.

Dame, Señor, saber lo que se debe saber, amar lo que se debe amar, alabar lo que más te agrada, estimar lo que te parece precioso y reprobar lo que te parece impuro. No permitas que juzgue según lo que ven los ojos exteriores, ni que dicte sentencia según lo que oyen los oídos de los hombres ignorantes; haz que discierna con juicio verdadero las cosas visibles y espirituales, y que, por encima de todo, busque siempre lo que es de tu agrado.

Los sentidos de los hombres se engañan muchas veces al juzgar; también se engañan los amantes del mundo al amar únicamente las cosas visibles. Pues ¿en qué es mejor un hombre porque otro lo tenga por más grande? El engañoso engaña al engañoso, el vano al vano, el ciego al ciego y el débil al débil cuando lo ensalza; y, en verdad, más lo avergüenza cuando lo alaba

vanamente. Pues cada uno es tanto cuanto es a tus ojos, y no más, dice el humilde san Francisco.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 51 — DE QUE HAY QUE DEDICARSE A OBRAS HUMILDES CUANDO FALTAN LAS FUERZAS PARA LAS MÁS ELEVADAS

✦

Hijo mío, no siempre puedes mantenerte en un deseo más ferviente de las virtudes ni en un grado más alto de contemplación; a veces, por la corrupción original, necesitas descender a cosas inferiores y llevar la carga de la vida corruptible, aun contra tu voluntad y con hastío. Mientras lleves un cuerpo mortal, sentirás hastío y pesadumbre de corazón.

Por eso, muchas veces debes gemir en la carne por la carga de la carne, porque no puedes dedicarte sin cesar a las ocupaciones espirituales y a la contemplación divina.

Entonces te conviene recurrir a obras humildes y exteriores, y renovarte con buenas acciones; esperar mi llegada y la visita celestial con firme confianza, y soportar con paciencia tu destierro y la sequedad de tu espíritu, hasta que vuelva a visitarte y quedes libre de todas las angustias. Pues haré que olvides tus trabajos y disfrutes del descanso interior.

Extenderé ante ti los prados de las Escrituras, para que, ensanchado el corazón, empieces a correr por el camino de mis mandamientos y digas: Los sufrimientos de este tiempo no son comparables con la gloria futura que se revelará en nosotros.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 52 — DE QUE EL HOMBRE NO DEBE CONSIDERARSE DIGNO DE CONSUELO, SINO MÁS BIEN DE CASTIGO

✦

Señor, no soy digno de tu consuelo ni de ninguna visita espiritual; por eso obras justamente conmigo cuando me dejas desamparado y desolado. Aunque pudiera derramar lágrimas como el mar, todavía no sería digno de tu consuelo. Así pues, no merezco más que ser azotado y castigado, porque te he ofendido gravemente y muchas veces, y en muchas cosas he faltado mucho.

Por tanto, considerando las cosas con recta razón, no soy digno ni del menor consuelo. Pero tú, clemente y misericordioso, porque no quieres que perezcan tus obras, para mostrar las riquezas de tu bondad en los vasos de tu misericordia, también por todo mérito propio te dignas consolar a tu siervo por encima de toda medida humana. Pues tus consuelos no son como las conversaciones humanas.

¿Qué he hecho, Señor, para que me concedieras algún consuelo celestial? No recuerdo haber hecho nada bueno, sino haber estado siempre inclinado a los vicios y haber sido lento para enmendarme. Es verdad y no puedo negarlo; si dijera otra cosa, tú te levantarías contra mí y no habría quien me defendiera. ¿Qué he merecido por mis pecados sino el infierno y el fuego eterno?

Confieso de verdad que soy digno de toda burla y desprecio, y que no me corresponde ser contado entre tus devotos. Y aunque me cueste oírlo, por amor a la verdad acusaré mis pecados contra mí mismo, para poder alcanzar más fácilmente tu misericordia.

¿Qué diré, culpable y lleno de vergüenza? No tengo boca para hablar, salvo para decir estas palabras: He pecado, Señor, he pecado; ten piedad de mí, perdóname.

Déjame un poco de tiempo para llorar mi dolor, antes de que vaya a la tierra tenebrosa y cubierta por la oscuridad de la muerte. ¿Qué pides sobre todo al culpable y miserable pecador, sino que se arrepienta y se humille por sus delitos?

En el verdadero arrepentimiento y en la humildad del corazón nace la esperanza del perdón, se reconcilia la conciencia turbada, se recupera la gracia perdida, el hombre queda protegido de la ira futura, y Dios y el alma arrepentida salen a encontrarse con un beso santo.

El humilde arrepentimiento de los pecados es para ti, Señor, un sacrificio aceptable, de aroma mucho más suave ante ti que el incienso encendido. Es también ese ungüento agradable que quisiste que se derramara sobre tus sagrados pies, porque nunca has despreciado un corazón contrito y humillado. Allí está el lugar de refugio frente a la ira del enemigo; allí se corrige y se lava toda mancha contraída en otra parte.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 53 — DE LA GRACIA QUE NO SE MEZCLA CON QUIENES GUSTAN DE LAS COSAS TERRENAS

✦

Hijo, mi gracia es preciosa; no admite mezclarse con cosas ajenas ni con consuelos terrenales. Por eso es necesario apartar todos los obstáculos a la gracia si deseas recibir su efusión.

Busca un lugar apartado; ama estar a solas contigo mismo; no busques conversar con nadie, sino más bien eleva a Dios una oración devota, para mantener la mente entregada a él y la conciencia pura. Considera el mundo entero como nada; antepón el tiempo dedicado a Dios a todas las cosas exteriores.

Porque no podrás dedicarte a mí y deleitarte al mismo tiempo en las cosas pasajeras. Es necesario alejarse de conocidos y seres queridos, y mantener la mente privada de todo consuelo temporal. Así exhorta el bienaventurado apóstol Pedro a los fieles de Cristo a comportarse en este mundo como extranjeros y peregrinos.

¡Oh, cuánta confianza tendrá al morir aquel a quien ningún apego retiene en el mundo! Pero el ánimo enfermo aún no comprende cómo tener el corazón tan desprendido en todo, ni el hombre carnal conoce la libertad del hombre interior. No obstante, si de verdad quiere ser espiritual, debe renunciar tanto a los lejanos como a los cercanos, y guardarse de sí mismo más que de nadie.

Si te vences perfectamente a ti mismo, someterás con facilidad las demás cosas. Porque la victoria perfecta consiste en triunfar sobre uno mismo: quien se mantiene sometido, de modo que la sensualidad obedezca a la razón y la razón me obedezca en todo, ese es verdaderamente vencedor de sí mismo y señor del mundo.

Si deseas subir a esta cumbre, debes comenzar con valor y poner el hacha a la raíz, para arrancar y destruir la inclinación oculta y desordenada hacia ti mismo y hacia todo bien particular, la inclinación hacia ti mismo y hacia todo bien particular y material.

De este vicio, por el que el hombre se ama a sí mismo de manera demasiado desordenada, depende casi todo lo que debe vencerse de raíz; una vez vencido y sometido este mal, habrá enseguida gran paz y tranquilidad.

Pero, como pocos se esfuerzan por morir perfectamente a sí mismos y no salen plenamente de sí, permanecen enredados en sí mismos y no pueden elevarse en espíritu por encima de sí. Quien desea caminar libremente conmigo necesita mortificar todos sus afectos malos y desordenados, y no aferrarse con deseo posesivo a ninguna criatura por un amor particular.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 54 — DE LOS DIVERSOS MOVIMIENTOS DE LA NATURALEZA Y DE LA GRACIA

✦

Hijo, observa con atención los movimientos de la naturaleza y de la gracia, porque se mueven de manera muy contraria y sutil, y apenas puede distinguirlos quien no sea espiritual y esté iluminado interiormente. Todos desean el bien y presentan algo bueno en sus palabras o acciones; por eso muchos son engañados bajo apariencia de bien.

La naturaleza es astuta y atrae a muchos, los enreda y engaña, y siempre se tiene a sí misma como fin. Pero la gracia camina con sencillez, se aparta de toda apariencia de mal, no recurre a engaños y lo hace todo puramente por Dios, en quien finalmente descansa.

La naturaleza se resiste a morir; no quiere ser oprimida ni vencida, ni someterse ni sujetarse voluntariamente. La gracia, en cambio, procura la propia mortificación, resiste a la sensualidad, busca someterse, desea ser vencida y no quiere ejercer su propia libertad; ama mantenerse bajo disciplina y no desea dominar a nadie, sino vivir, permanecer y estar siempre bajo Dios, y por Dios está dispuesta a inclinarse humildemente ante toda criatura humana.

La naturaleza trabaja por su propia conveniencia y se fija en cualquier ganancia que resulte para ella y para otro. La gracia, en cambio, considera más lo que beneficia a muchos que lo que le resulta útil y conveniente a ella.

La naturaleza recibe de buen grado el honor y la reverencia. La gracia, en cambio, atribuye fielmente a Dios todo honor y toda gloria.

La naturaleza teme la vergüenza y el desprecio. La gracia, en cambio, se alegra de sufrir afrentas por el nombre de Jesús.

La naturaleza ama el ocio y el descanso corporal. La gracia, en cambio, no puede estar ociosa, sino que abraza de buen grado el trabajo.

La naturaleza busca poseer cosas singulares y hermosas, y aborrece las de poco valor y las toscas. La gracia, en cambio, se deleita en las cosas sencillas y humildes; no desprecia las ásperas ni rehúye vestirse con ropas viejas.

La naturaleza mira las cosas temporales, se alegra de las ganancias terrenales, se entristece por las pérdidas y se irrita ante una leve palabra ofensiva. Pero la gracia atiende a las cosas eternas, no se apega a las temporales, no se turba por la pérdida de bienes ni se amarga por palabras demasiado duras, porque ha puesto su tesoro y su alegría en el cielo, donde nada perece.

La naturaleza es codiciosa y recibe con más gusto de lo que da; ama lo propio y lo privado. La gracia, en cambio, es bondadosa y comparte con todos, evita los privilegios particulares, se contenta con poco y considera más dichoso dar que recibir.

La naturaleza se inclina hacia las criaturas, hacia la propia carne, hacia la vanidad y el ir de un lado a otro. Pero la gracia atrae hacia Dios y hacia las virtudes, renuncia a las criaturas, huye del mundo, aborrece los deseos de la carne, limita las divagaciones y siente vergüenza de aparecer en público.

La naturaleza busca de buen grado algún consuelo exterior en el que puedan deleitarse los sentidos. Pero la gracia busca consolarse solo en Dios y

deleitarse en el sumo bien por encima de todas las cosas visibles.

La naturaleza lo hace todo por ganancia y conveniencia propias; no puede hacer nada gratis, sino que espera obtener por sus buenas obras algo igual o mejor, alabanza o favor, y desea que se valoren mucho sus acciones, sus dones y sus palabras. La gracia, en cambio, no busca nada temporal ni pide otra recompensa que Dios solo, y de las cosas temporales necesarias no desea más que cuanto pueda servirle para alcanzar las eternas.

La naturaleza se alegra de tener muchos amigos y parientes, se gloría de su posición noble y de su linaje; sonríe a los poderosos, halaga a los ricos y aplaude a sus semejantes. La gracia, en cambio, ama incluso a los enemigos, no se enorgullece por la multitud de amigos ni da importancia al lugar o al linaje de nacimiento, salvo donde haya mayor virtud; favorece más al pobre que al rico, se compadece más del inocente que del poderoso, se alegra con el veraz y no con el mentiroso, y exhorta siempre a los buenos a aspirar a los mejores dones y a asemejarse al Hijo de Dios por las virtudes.

La naturaleza se queja enseguida de las carencias y las molestias. La gracia soporta con constancia la pobreza.

La naturaleza lo refiere todo a sí misma, lucha y discute por sí misma. La gracia, en cambio, lo remite todo a Dios, de quien todo procede originalmente; no se atribuye ningún bien ni presume con arrogancia, no disputa ni antepone su parecer al de los demás, sino que en todo juicio y entendimiento se somete a la sabiduría eterna y al examen divino.

La naturaleza desea conocer secretos y oír novedades; quiere mostrarse exteriormente y experimentar muchas cosas por los sentidos; desea ser reco-

nocida y hacer aquello de lo que nacen la alabanza y la admiración. Pero la gracia no se preocupa por conocer novedades ni curiosidades, porque todo esto nace de la antigua corrupción, pues nada nuevo y duradero hay sobre la tierra.

Enseña, por tanto, a refrenar los sentidos, evitar la vana complacencia y la ostentación, ocultar humildemente lo digno de alabanza y admiración, y buscar en toda cosa y en todo conocimiento un fruto provechoso, así como la alabanza y el honor de Dios.

No quiere que se la ensalce a ella ni a lo suyo, sino que desea que se bendiga a Dios en sus dones, pues él lo concede todo por puro amor.

Esta gracia es una luz sobrenatural y un don especial de Dios, el sello propio de los elegidos y la prenda de la salvación eterna; eleva al hombre de las cosas terrenales al amor de las celestiales y lo transforma de carnal en espiritual. Por tanto, cuanto más se reprime y vence la naturaleza, mayor gracia se derrama, y cada día, con nuevas visitas, el hombre interior se va formando según la imagen de Dios.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 55 — DE LA CORRUPCIÓN DE LA NATURALEZA Y DE LA EFICACIA DE LA GRACIA DIVINA

✦

Señor Dios mío, que me creaste a tu imagen y semejanza, concédeme esta gracia que me has mostrado tan grande y necesaria para la salvación, para que venza mi pésima naturaleza, que me arrastra a los pecados y a la perdición. Pues siento en mi carne la ley del pecado, que se opone a la ley de mi mente y me lleva cautivo a obedecer en muchas cosas a la sensualidad; y no puedo resistir a sus pasiones si no me asiste tu santísima gracia, derramada con ardor en mi corazón.

Se necesita tu gracia, y una gracia grande, para vencer a la naturaleza, siempre inclinada al mal desde su juventud. Pues, caída por el primer hombre, Adán, y viciada por el pecado, el castigo de esta mancha se transmitió a todos los hombres, de modo que la misma naturaleza, que tú creaste buena y recta, se toma ya por el vicio y la debilidad de la naturaleza corrompida, porque su movimiento, abandonado a sí mismo, arrastra al mal y a las cosas inferiores.

La poca fuerza que ha quedado es como una chispa escondida en la ceniza. Esta es la misma carne natural, envuelta en una gran oscuridad, que aún conserva el juicio sobre el bien y el mal y la distinción entre lo verdadero y lo falso, aunque sea incapaz de cumplir todo lo que aprueba y ya no goce de la plena luz de la verdad ni de la salud de sus afectos.

De ahí viene, Dios mío, que me complazca en tu ley según el hombre interior, sabiendo que tu mandamiento es bueno, justo y santo, y reconociendo también que debe evitarse todo mal y pecado. Pero en la carne sirvo a la ley del pecado, al obedecer más a la sensualidad que a la razón. De ahí que tenga a mi alcance querer el bien, pero no encuentre cómo realizarlo.

De ahí que con frecuencia me proponga muchas cosas buenas, pero, como falta la gracia que ayude a mi debilidad, ante una leve resistencia retrocedo y desfallezco. De ahí sucede que conozco el camino de los perfectos y veo con bastante claridad cómo debo obrar, pero, oprimido por el peso de mi propia corrupción, no me elevo a cosas más perfectas.

¡Oh, cuánto necesito tu gracia, Señor, para comenzar el bien, avanzar en él y llevarlo a término! Porque sin ti nada puedo hacer, pero todo lo puedo en ti, fortalecido por tu gracia. ¡Oh, gracia verdaderamente celestial, sin la cual nada son los méritos propios ni deben estimarse los dones de la naturaleza!

Nada valen ante ti, Señor, las artes, las riquezas, la belleza o la fuerza, el ingenio o la elocuencia, sin tu gracia. Porque los bienes de la naturaleza son comunes a buenos y malos, pero el don propio de los elegidos es la gracia, es decir, el amor, con el cual, distinguidos, son considerados dignos de la vida eterna.

Tanto sobresale esta gracia que, sin ella, nada se estiman el don de profecía, la realización de prodigios ni la contemplación, por elevada que sea. Ni siquiera la fe, la esperanza y las demás virtudes te son agradables sin la caridad y la gracia.

¡Oh, gracia bienaventurada, que haces rico en virtudes al pobre de espíritu y vuelves humilde de corazón al rico en muchos bienes! Ven, desciende hasta mí, lléname por la mañana de tu misericordia y de tu consuelo, para que mi alma no desfallezca por el cansancio y la aridez de la mente.

Te suplico, Señor, que encuentre gracia ante tus ojos, pues me basta tu gracia aunque no obtenga las demás cosas que desea la naturaleza. Si me veo acosado y probado por muchas tribulaciones, no temeré los males mientras tu gracia esté conmigo. Ella es mi fortaleza; ella me da consejo y ayuda. Es más poderosa que todos los enemigos y más sabia que todos los sabios.

Es maestra de la verdad, instructora de la disciplina, luz del corazón, consuelo en la aflicción; ahuyenta la tristeza, aleja el temor, alimenta la devoción y hace brotar las lágrimas. ¿Qué soy sin ella sino un leño seco y un tronco inútil que debe desecharse? Que tu gracia, Señor, me preceda siempre y me siga, y haga que me dedique sin cesar a las buenas obras, por Jesucristo, tu Hijo. Amén.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 56 — DEBEMOS NEGARNOS A NOSOTROS MISMOS E IMITAR A CRISTO POR MEDIO DE LA CRUZ

✦

Hijo, cuanto puedas salir de ti mismo, tanto podrás entrar en mí. Así como no desear nada exterior produce paz interior, así abandonarse interiormente une a Dios. Quiero que aprendas a negarte por completo a ti mismo en mi voluntad, sin oposición ni queja. Sígueme: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Sin camino no se anda; sin verdad no se conoce; sin vida no se vive.

Yo soy el camino que debes seguir, la verdad que debes creer, la vida que debes esperar. Yo soy el camino inviolable, la verdad infalible, la vida interminable. Yo soy el camino más recto, la verdad suprema, la vida verdadera, la vida dichosa, la vida increada. Si permaneces en mi camino, conocerás la verdad, y la verdad te hará libre, y alcanzarás la vida eterna.

Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Si quieres conocer la verdad, créeme. Si quieres ser perfecto, véndelo todo. Si quieres ser mi discípulo, niégate a ti mismo. Si quieres poseer la vida dichosa, desprecia la vida presente. Si quieres ser ensalzado en el cielo, humíllate en el mundo. Si quieres reinar conmigo, lleva la cruz conmigo. Porque solo los siervos de la cruz encuentran la vida de felicidad y de luz verdadera.

Señor Jesucristo, puesto que tu vida fue estrecha y despreciada por el mundo, concédeme imitar contigo el desprecio del mundo. Porque el siervo no es mayor que su señor, ni el discípulo está por encima de su maes-

tro. Que tu siervo se ejercite en tu vida, porque en ella están mi salvación y la verdadera santidad. Todo cuanto leo y oigo fuera de ella no me reconforta ni me deleita plenamente.

Hijo, puesto que sabes estas cosas y las has leído todas, serás dichoso si las haces. Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ese es quien me ama, y yo lo amaré y me manifestaré a él, y haré que se siente conmigo en el reino de mi Padre. Así pues, Señor, tal como lo has dicho y prometido, que así me sea concedido merecerlo.

He recibido, he recibido de tu mano la cruz: la llevaré hasta la muerte, tal como me la has impuesto. Verdaderamente, la vida del buen monje es una cruz, pero guía al paraíso. Ya se ha comenzado; no es lícito volver atrás, ni conviene abandonarla.

Vamos, hermanos, avancemos juntos: Jesús estará con nosotros; por Jesús hemos recibido esta cruz; por Jesús perseveremos en la cruz; será nuestro auxilio quien es nuestro guía y precursor. Que nuestro rey marche delante de nosotros, él que luchará por nosotros. Sigámoslo con valor, que nadie tema los terrores; estemos preparados para morir valientemente en la batalla, y no manchemos nuestra gloria, y huyamos de la cruz.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 57 — EL HOMBRE NO DEBE ABATIRSE DEMASIADO CUANDO CAE EN ALGUNAS FALTAS

✦

Hijo, más agradan la paciencia y la humildad en la adversidad que mucho consuelo y devoción en la prosperidad. ¿Por qué te entristece una pequeña cosa dicha contra ti? Aunque hubiera sido algo mayor, no debiste alterarte. Pero ahora déjalo pasar: no es lo primero ni algo nuevo, ni será lo último, si vives mucho tiempo.

Eres bastante valiente mientras no se presenta ninguna adversidad; también aconsejas bien y sabes fortalecer a otros con palabras; pero cuando llega a tu puerta una tribulación repentina, te faltan el consejo y la fortaleza.

Considera tu gran fragilidad, que tantas veces experimentas ante pequeños obstáculos; no obstante, estas cosas suceden para tu salvación. Cuando ocurran estas cosas y otras semejantes, dispón tu corazón lo mejor que sepas; y aunque te alcance la tribulación, que no te abata ni te enrede por mucho tiempo. Al menos, sopórtala con paciencia, si no puedes hacerlo con alegría.

Y si escuchas con poco agrado y sientes indignación, domínate y no permitas que salga de tu boca nada desordenado que escandalice a los pequeños. Pronto se calmará la agitación que se ha levantado, y el dolor interior se endulzará cuando vuelva la gracia.

Aún vivo yo, dice el Señor; estoy dispuesto a ayudarte y a consolarte más de lo acostumbrado, si confías en mí y me invocas con devoción.

Ten más serenidad y prepárate para soportar más. No todo está perdido si te ves muchas veces atribulado o gravemente tentado. Eres hombre, y no Dios; eres carne, y no ángel. ¿Cómo podrías permanecer siempre en el mismo estado de virtud, cuando esto les faltó al ángel en el cielo y al primer hombre en el paraíso, que no permanecieron firmes mucho tiempo? Yo soy quien levanta a los afligidos y les devuelve el bienestar, y a quienes reconocen su debilidad los llamo a mi divinidad.

Señor, bendita sea tu palabra, más dulce para mi boca que la miel y el panal. ¿Qué haría entre tantas tribulaciones y angustias mías, si no me fortalecieras con tus santas palabras? Con tal de que al fin llegue al puerto de la salvación, ¿qué me importa qué cosas y cuántas haya padecido? Dame un buen fin y concédeme una salida feliz de este mundo. Acuérdate de mí, Dios mío, y dirígeme por el camino recto hacia tu reino. Amén.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 58 — NO SE DEBEN ESCUDRIÑAR LAS COSAS MÁS ALTAS NI LOS JUICIOS OCULTOS DE DIOS

✦

Hijo, evita discutir sobre materias elevadas y sobre los juicios ocultos de Dios: ¿por qué este queda así abandonado y aquel es elevado a tanta gracia? ¿Por qué también este sufre tanto y aquel es ensalzado de manera tan extraordinaria? Estas cosas superan toda capacidad humana, y ningún razonamiento ni discusión basta para investigar el juicio divino.

Así pues, cuando el enemigo te sugiera estas cosas, o también algunos hombres curiosos las pregunten, responde con aquello del profeta: Justo eres, Señor, y justo es tu juicio; y aquello otro: Los juicios del Señor son verdaderos, justos en sí mismos. Mis juicios deben ser temidos, no discutidos, porque son incomprensibles para el entendimiento humano.

Tampoco investigues ni discutas sobre los méritos de los santos, acerca de quién es más santo que otro o quién es mayor en el reino de los cielos. Tales cosas generan a menudo disputas y contiendas inútiles, y alimentan también la soberbia y la vanagloria; de ahí nacen envidias y discordias, mientras uno intenta anteponer con soberbia a este santo y otro a otro.

Querer saber e investigar tales cosas no produce ningún fruto, sino que más bien desagrada a los santos, porque no soy Dios de discordia, sino de paz, y esa paz consiste más en la verdadera humildad que en la propia exaltación.

Algunos, por el fervor de su devoción, se sienten atraídos hacia estos santos o aquellos con mayor intensidad, pero de manera más humana que divina. Yo soy quien formó a todos los santos; yo les di la gracia; yo les concedí la gloria. Yo conozco los méritos de cada uno; yo me adelanté a ellos con las bendiciones de mi dulzura.

Yo conocí de antemano a mis amados antes de los siglos; yo los elegí del mundo, no fueron ellos quienes me eligieron primero. Yo los llamé por la gracia, los atraje por la misericordia; yo los conduje a través de diversas tentaciones. Yo derramé consuelos magníficos; yo les di perseverancia; yo coroné su paciencia.

Yo conozco al primero y al último; yo abrazo a todos con un amor inestimable. Yo debo ser alabado en todos mis santos; yo debo ser bendecido sobre todas las cosas y honrado en cada uno de aquellos a quienes he engrandecido tan gloriosamente y he predestinado sin ningún mérito propio anterior.

Por tanto, quien desprecia a uno de mis pequeños tampoco honra al grande, porque yo hice al pequeño y al grande. Quien menosprecia a alguno de los santos me menosprecia también a mí y a todos los demás en el reino de los cielos. Todos son uno por el vínculo de la caridad, sienten lo mismo, quieren lo mismo y todos se aman en unidad.

Además, lo que es mucho más elevado, me aman más a mí que a sí mismos y a sus méritos. Porque, arrebatados por encima de sí mismos y llevados fuera del amor propio, se entregan completamente a mi amor, en el cual también descansan gozosos. Nada puede apartarlos ni abatirlos, pues, llenos de la verdad eterna, arden con el fuego de una caridad inextinguible.

Callen, pues, los hombres carnales y entregados a los sentidos, y dejen de discutir sobre el estado de los santos, ellos que solo saben amar sus propios gozos; quitan y añaden según su inclinación, no según agrada a la Verdad eterna.

En muchos hay ignorancia, sobre todo en quienes, poco iluminados, rara vez saben amar a alguien con perfecto amor espiritual. Muchos se sienten todavía atraídos hacia estos o aquellos por el afecto natural y la amistad humana; y según se comportan en las cosas inferiores, así se imaginan también las celestiales. Pero hay una distancia incomparable entre lo que los imperfectos no comprenden y las cosas de lo alto que los hombres iluminados contemplan y observan por revelación.

Evita, pues, hijo, tratar con curiosidad estas cosas que superan tu conocimiento; procura y busca más bien poder encontrarte, aunque sea como el más pequeño, en el reino de Dios.

Y si alguien supiera quién es más santo que otro o quién es tenido por mayor en el reino de los cielos, ¿de qué le serviría saberlo, si por ese conocimiento no se humillara ante mí y se elevara a una mayor alabanza de mi nombre?

Mucho más agradable a Dios es quien piensa en la grandeza de sus pecados, en la pequeñez de sus virtudes y en lo lejos que está de la perfección de los santos, que quien discute sobre la grandeza o pequeñez de ellos.

Es mejor suplicar a los santos con oraciones devotas y lágrimas, e implorar con ánimo humilde su gloriosa intercesión, que escudriñar sus secretos con una investigación vana.

Ellos están plenamente satisfechos; ojalá los hombres supieran contentarse y refrenar sus palabras vanas. No se glorían de sus propios méritos, pues no se atribuyen ninguna bondad, sino que me lo atribuyen todo a mí, porque todo se lo he dado por mi infinita caridad.

Están tan llenos del amor de la divinidad y de un gozo desbordante que no les falta nada de gloria ni nada de felicidad. Todos los santos, cuanto más altos están en la gloria, tanto más humildes son en sí mismos, y más cercanos y queridos para mí.

Por eso tienes escrito que arrojaban sus coronas ante Dios, y cayeron rostro en tierra ante el Cordero y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.

Muchos preguntan quién es mayor en el reino de Dios, cuando ignoran si serán dignos de contarse entre los más pequeños. Grande es ser siquiera el más pequeño en el cielo, donde todos son grandes, porque todos serán llamados hijos de Dios y lo serán. El más pequeño llegará a ser mil, y el pecador de cien años morirá.

Porque, cuando los discípulos preguntaron quién era mayor en el reino de los cielos, oyeron esta respuesta: Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, quien se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos.

Ay de quienes se desdeñan de humillarse voluntariamente con los pequeños, porque la puerta baja del reino celestial no les permitirá entrar. Ay también de los ricos, que tienen aquí sus consuelos, porque, mientras los pobres entren en el reino de Dios, ellos se quedarán fuera, dando alaridos.

Alegraos, humildes, y regocijaos, pobres, porque vuestro es el reino de Dios, con tal de que caminéis en la verdad.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# III, 59 — TODA ESPERANZA Y CONFIANZA DEBEN PONERSE SOLO EN DIOS

✦

Señor, ¿cuál es la confianza que tengo en esta vida, o cuál es mi mayor consuelo entre todas las cosas que aparecen bajo el cielo? ¿No eres tú, Señor Dios mío, cuyas misericordias no tienen número? ¿Dónde me fue bien sin ti? ¿O cuándo pudo irme mal estando tú presente? Prefiero ser pobre por ti que rico sin ti.

Elijo más bien peregrinar contigo en la tierra que poseer el cielo sin ti. Donde tú estás, allí está el cielo; y donde tú no estás, allí están la muerte y el infierno. Tú eres mi deseo, y por eso necesito suspirar por ti, clamar y suplicarte. En definitiva, en nadie puedo confiar plenamente para que me ayude de manera más oportuna en mis necesidades, sino solo en ti, Dios mío. Tú eres mi esperanza, mi confianza, mi consolador y el más fiel en todo.

Todos buscan sus propios intereses; tú solo procuras mi salvación y mi progreso, y todo lo conviertes en bien para mí. Y si me expones a diversas tentaciones y adversidades, todo lo dispones para mi provecho, tú que acostumbras poner a prueba de mil maneras a quienes amas. En esa prueba debes ser amado y alabado tanto como si me llenaras de consuelos celestiales.

En ti, pues, Señor Dios mío, pongo toda mi esperanza y mi refugio; en ti deposito toda mi tribulación y mi angustia, porque encuentro débil e inestable todo cuanto veo fuera de ti. Pues de nada servirán muchos amigos, ni

podrán ayudarme poderosos auxiliares, ni darme una respuesta útil los consejeros prudentes, ni consolarme los libros de los doctores, ni librarme otras posesiones preciosas, ni protegerme lugar apartado alguno, si tú mismo no me asistes, ayudas, fortaleces, consuelas, instruyes y guardas.

Porque todas las cosas que parecen servir para alcanzar la paz y la felicidad, si tú estás ausente, nada son y ninguna felicidad aportan en verdad. Tú eres, pues, el fin de todos los bienes, la cumbre de la vida y la profundidad de las palabras; y esperar en ti por encima de todo es el consuelo más firme de todos tus siervos.

Hacia ti se dirigen mis ojos; en ti confío, Dios mío. Padre de misericordias, bendice y santifica mi alma con tu bendición celestial, para que sea tu santa morada y la sede de tu gloria eterna, y nada se encuentre en el templo de tu dignidad que ofenda los ojos de tu majestad.

Según la abundancia de tus misericordias y la grandeza de tu bondad, mírame y escucha la oración de tu pobre siervo, desterrado lejos en la región de la sombra de la muerte.

Protege y conserva el alma de tu humilde siervo entre tantos peligros de esta vida corruptible y, con la compañía de tu gracia, guíala por el camino de la paz hacia la patria de la felicidad y la luz perpetuas.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV — EXHORTACIÓN DEVOTA A LA SAGRADA COMUNIÓN DEL CUERPO DE CRISTO

✦

La voz de Cristo dice.

Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré, dice el Señor. El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo. Tomad y comed: este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Las palabras que yo nos he dicho son espíritu y vida.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 1 — CON CUÁNTA DEVOCIÓN DEBE RECIBIRSE A CRISTO

✦

Estas son tus palabras, Cristo, Verdad eterna, aunque no fueron pronunciadas en un mismo momento ni escritas en un mismo lugar. Por ser tuyas, debo recibirlas con alegría y fe. Tuyas son, y tú las pronunciaste; y también son mías, porque las diste para mi salvación. Con gusto las recibo de tu boca, para que penetren mejor en mi corazón.

Me animan palabras de tanta bondad, llenas de dulzura y amor; pero me aterran mis propias faltas, y mi conciencia impura me hace retroceder ante la recepción de tan grandes misterios. Me atrae la dulzura de tus palabras, pero me abruma la multitud de mis vicios.

Mandas que me acerque a ti con confianza si quiero tener parte contigo, y que reciba el alimento de la inmortalidad si deseo alcanzar la vida y la gloria eternas.

Venid, dices, a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré. ¡Oh, palabra dulce y amigable al oído del pecador, con la que tú, Señor Dios mío, invitas al necesitado y al pobre a la comunión de tu santísimo Cuerpo! Pero ¿quién soy yo, Señor, para atreverme a acercarme a ti? Mira que los cielos de los cielos no pueden contenerte, ¿y tú dices: Venid a mí todos?

¿Qué significa esta bondadosísima condescendencia y esta invitación tan amigable? ¿Cómo me atreveré a venir, si no tengo conciencia de ningún

bien en mí que pueda darme confianza? ¿Cómo te introduciré en mi casa, yo que tantas veces he ofendido tu rostro bondadosísimo? Te veneran los ángeles y los arcángeles, te temen los santos y los justos, ¿y tú dices: Venid a mí todos? Pues si tú, Señor, no lo dijeras, ¿quién creería que es verdad? Y si tú no lo mandaras, ¿quién intentaría acercarse?

Mira que el justo Noé trabajó cien años en la construcción del arca para salvarse con unos pocos; ¿y cómo podré yo prepararme en una hora para recibir con reverencia al creador del mundo?

Moisés, tu siervo, tu gran y especial amigo, hizo un arca de maderas incorruptibles y la recubrió de oro purísimo para depositar en ella las tablas de la Ley; ¿y yo, criatura corrupta, me atreveré a recibir con tanta facilidad a quien estableció la ley y da la vida?

Salomón, el más sabio de los reyes de Israel, edificó durante siete años un templo magnífico en alabanza de tu nombre, celebró durante ocho días la fiesta de su dedicación, ofreció mil víctimas de paz y colocó solemnemente el arca de la alianza en el lugar que le había preparado, entre sonidos de trompeta y aclamaciones. ¿Y cómo te introduciré en mi casa yo, desdichado y el más pobre de los hombres, que apenas sé dedicar media hora a la devoción, y ojalá siquiera alguna vez dedicara dignamente esa media hora?

¡Oh, Dios mío, cuánto se esforzaron ellos por agradarte! ¡Ay, qué poco es lo que hago, qué breve tiempo dedico cuando me dispongo a comulgar! Rara vez estoy completamente recogido, y muy rara vez libre de toda distracción.

Y ciertamente, en la presencia salvadora de tu Divinidad no debería surgir ningún pensamiento indecoroso, ni criatura alguna ocupar mi atención, porque voy a recibir como huésped al Señor de los ángeles. Hay, sin embargo, una gran distancia entre el arca de la alianza del Señor con sus reliquias y tu Cuerpo purísimo con sus virtudes inefables; entre aquellos sacrificios de la ley que prefiguraban las cosas futuras y la verdadera ofrenda de tu Cuerpo, que da cumplimiento a todos los sacrificios antiguos.

¿Por qué, pues, no ardo más ante tu presencia venerable? ¿Por qué no me preparo con mayor cuidado para recibir tus santos misterios, cuando aquellos antiguos santos patriarcas, y también los reyes y los príncipes con todo el pueblo, mostraron tanto fervor de devoción hacia el culto divino?

El devotísimo rey David danzó con todas sus fuerzas ante el arca de Dios, recordando los beneficios concedidos en otro tiempo a los padres. Hizo instrumentos de diversas clases, compuso salmos y dispuso que se cantaran con alegría; también él tocó con frecuencia la cítara, movido por la gracia del Espíritu Santo, y enseñó al pueblo de Israel a alabar a Dios de todo corazón y a bendecirlo y proclamarlo cada día al unísono.

Si entonces se mostraba tanta devoción y se recordaba la alabanza divina ante el arca de la alianza, ¿cuánta devoción y reverencia debemos tener ahora yo y todo el pueblo cristiano en presencia del Sacramento, al recibir el excelentísimo Cuerpo de Cristo?

Muchos corren a diversos lugares para visitar las reliquias de los santos y se maravillan al oír sus hechos; contemplan los amplios edificios de los templos y besan sus sagrados huesos envueltos en seda y oro. Y aquí estás tú

presente junto a mí en el altar, Dios mío, Santo de los Santos, Creador de los hombres y Señor de los ángeles.

A menudo, al ver tales cosas, hay curiosidad humana y novedad de lo nunca visto, y se recogerá poco fruto de enmienda, sobre todo cuando ese ir y venir es tan ligero y sin verdadera contrición.

Pero aquí, en el Sacramento del altar, estás enteramente presente, Dios mío, Cristo Jesús hombre; y aquí se recibe abundante fruto de salvación eterna cada vez que eres recibido dignamente y con devoción. A esto no atrae ninguna ligereza, ni curiosidad o sensualidad, sino una fe firme, una esperanza devota y una caridad sincera.

¡Oh, Dios, creador invisible del mundo, de qué manera tan admirable obras con nosotros, con qué dulzura y bondad dispones las cosas para tus elegidos, a quienes te ofreces tú mismo para que te reciban en el Sacramento! Esto supera todo entendimiento; esto atrae especialmente los corazones devotos y enciende su amor. Pues tus verdaderos fieles, que orientan toda su vida a la enmienda, reciben con frecuencia de este dignísimo Sacramento una gran gracia de devoción y amor a la virtud.

¡Oh, admirable y escondida gracia del Sacramento, que solo conocen los fieles de Cristo, mientras que los incrédulos y quienes sirven al pecado no pueden experimentarla! En este Sacramento se concede la gracia espiritual, se restaura en el alma la virtud perdida y vuelve la belleza deformada por el pecado. A veces es tan grande esta gracia que, por la plenitud de la devoción concedida, no solo el espíritu, sino también el cuerpo débil siente que ha recibido fuerzas mayores.

No obstante, hay que dolerse y lamentarse mucho de nuestra tibieza y negligencia, porque no nos sentimos atraídos con mayor amor a recibir a Cristo, en quien están toda la esperanza y el mérito de quienes han de salvarse. Pues él es nuestra santificación y redención; él es el consuelo de los peregrinos y el gozo eterno de los santos.

Por eso hay que lamentar mucho que tantos presten tan poca atención a este misterio salvador, que alegra el cielo y conserva el universo entero. ¡Ay, qué ceguera y dureza del corazón humano, no prestar mayor atención a un don tan inefable y caer incluso en la falta de atención por su uso cotidiano!

Pues si este santísimo Sacramento se celebrara en un solo lugar y lo consagrara un solo sacerdote en el mundo, ¿con cuánto deseo crees que los hombres acudirían a aquel lugar y a tal sacerdote de Dios para oír celebrar los ministerios divinos? Pero ahora hay muchos sacerdotes y en muchos lugares se ofrece a Cristo, para que la gracia y el amor de Dios hacia el hombre se manifiesten tanto mayores cuanto más ampliamente se ha difundido la sagrada Comunión por todo el mundo.

Gracias a ti, buen Jesús, pastor eterno, que te has dignado alimentarnos a nosotros, pobres y desterrados, con tu precioso cuerpo y sangre, e invitarnos también a recibir estos misterios con las palabras de tu propia boca, diciendo: Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 2 — DEL GRAN AMOR Y LA BONDAD DE DIOS QUE SE MUESTRAN AL HOMBRE EN EL SACRAMENTO

✦

Confiado en tu bondad y en tu gran misericordia, Señor, me acerco enfermo al Salvador, hambriento a la fuente de la vida, necesitado al Rey del cielo, y como siervo sediento al Señor, como criatura al Creador, como desolado a mi piadoso Consolador.

Pero ¿de dónde me viene esto, que vengas a mí? ¿Quién soy yo para que te entregues a mí? ¿Cómo se atreve un pecador a presentarse ante ti? ¿Y cómo te dignas tú venir a un pecador? Tú conoces a tu siervo y sabes que no hay en él nada bueno por lo que le concedas esto. Confieso, pues, mi bajeza, reconozco tu bondad, alabo tu piedad y te doy gracias por tu inmenso amor.

Por ti mismo haces esto, no por mis méritos, para que conozca mejor tu bondad, se infunda en mí un amor más grande y se me inculque más perfectamente la humildad. Por eso, ya que esto te agrada y has mandado que así se haga, también a mí me agrada tu favor, y ojalá mi maldad no sea un obstáculo.

Oh, dulcísimo y bondadosísimo Jesús, cuánta reverencia y acción de gracias, junto con una alabanza perpetua, se te deben por recibir tu sagrado Cuerpo, cuya dignidad ningún hombre es capaz de explicar.

Pero ¿qué pensaré en esta Comunión, al acercarme a mi Señor, a quien no puedo venerar como debo y, sin embargo, deseo recibir con devoción? ¿Qué cosa mejor y más saludable podré pensar que humillarme enteramente ante ti y ensalzar por encima de mí tu infinita bondad? Te alabo, Dios mío, y te ensalzo eternamente. Me desprecio y me someto a ti en lo profundo de mi bajeza.

Tú eres el Santo de los Santos, y yo, la suciedad de los pecados; y te inclinas hacia mí, que no soy digno de levantar los ojos hacia ti. Tú vienes a mí, tú quieres estar conmigo; tú me invitas a tu banquete, tú quieres darme a comer el alimento celestial y el pan de los Ángeles, que no es otro que tú mismo, pan vivo, que bajaste del cielo y das vida al mundo.

De ahí brota el amor, y qué gran favor resplandece; cuántas acciones de gracias y alabanzas se te deben por estas cosas. Oh, qué saludable y provechosa fue tu decisión cuando estableciste esto. Qué dulce y gozoso banquete, cuando te diste a ti mismo como alimento. Oh, qué admirable es tu obra, Señor; qué poderosa tu fuerza, qué infalible tu verdad.

Porque hablaste y todo fue hecho, y se hizo lo que mandaste: cosa admirable, digna de fe y superior al entendimiento humano, que tú, Señor Dios mío, verdadero Dios y hombre, estés contenido entero bajo la pequeña apariencia de pan y vino, y que quien te recibe te coma sin que te consumas.

Tú, Señor de todas las cosas, que sin necesitar nada quisiste habitar en nosotros por tu Sacramento, conserva mi corazón y mi cuerpo sin mancha, para que con conciencia alegre y pura pueda celebrar con frecuencia tus misterios y recibir para mi salvación eterna lo que decretaste e instituiste principalmente para tu honor y recuerdo perpetuo.

Alégrate, alma mía, y da gracias a Dios por un don tan noble y un consuelo tan singular que te ha dejado en este valle de lágrimas. Porque cada vez que conmemoras este misterio y recibes el cuerpo de Cristo, realizas la obra de tu redención y participas de todos los méritos de Cristo; pues el amor de Cristo nunca disminuye y la grandeza de su sacrificio de reconciliación nunca se agota.

Por eso debes disponerte a ello renovando siempre tu espíritu y considerar atentamente este gran misterio de salvación. Tan grande, nuevo y gozoso debe parecerte cuando celebras o escuchas misa, como si ese mismo día Cristo hubiera descendido por primera vez al seno de la Virgen y se hubiera hecho hombre, o estuviera sufriendo y muriendo, colgado en la cruz, por la salvación de los hombres.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 3 — DE LO PROVECHOSO QUE ES COMULGAR CON FRECUENCIA

✦

Aquí vengo a ti, Señor, para recibir el bien de tu don y alegrarme en tu banquete, que en tu dulzura preparaste para el pobre, oh Dios. En ti está todo lo que puedo y debo desear. Tú eres mi salvación y mi redención, mi esperanza y mi fortaleza, mi honra y mi gloria. Alegra, pues, hoy el alma de tu siervo, porque a ti, Señor Jesucristo, he elevado mi alma.

Deseo ahora recibirte con devoción y reverencia; anhelo introducirte en mi casa, para que, como Zaqueo, merezca recibir tu bendición y ser contado entre los hijos de Abrahán. Mi alma y mi cuerpo te anhelan, mi corazón desea unirse contigo.

Entrégate a mí, y eso basta; pues fuera de ti ningún consuelo tiene valor, no puedo estar sin ti ni vivir sin tu visita. Por eso necesito acercarme a ti con frecuencia y recibirte como remedio para mi salvación, y recibirte como remedio para mi salvación, para no desfallecer en el camino si me veo privado del alimento celestial.

Así, tú, Jesús misericordiosísimo, mientras predicabas a los pueblos y curabas diversas enfermedades, dijiste una vez: No quiero despedirlos en ayunas a sus casas, para que no desfallezcan en el camino. Obra, pues, así conmigo, tú que te quedaste en el Sacramento para consuelo de los fieles.

Porque tú eres el dulce alimento del alma, y quien te coma dignamente participará de la gloria eterna y será su heredero.

Ciertamente, yo, que tantas veces caigo y peco, y tan pronto me vuelvo indolente y desfallezco, necesito renovarme, purificarme y encenderme mediante frecuentes oraciones y confesiones y la sagrada recepción de tu Cuerpo, para que una abstinencia demasiado prolongada no me aparte de mi santo propósito.

Porque los sentidos del hombre se inclinan al mal desde su juventud, y si no lo socorre la medicina divina, el hombre se desliza hacia males cada vez peores. La santa Comunión, pues, aparta del mal y fortalece en el bien.

Porque si ahora soy tan con frecuencia negligente y tibio cuando comulgo o celebro, ¿qué sucedería si no recibiera el remedio y no buscara una ayuda tan grande? Y aunque no todos los días esté preparado y bien dispuesto para celebrar, procuraré recibir los divinos misterios en los momentos oportunos y hacerme partícipe de una gracia tan grande.

Pues este es uno de los principales consuelos del alma fiel mientras peregrina hacia ti en un cuerpo mortal: recordar con frecuencia a su Dios y recibir a su amado con espíritu devoto.

Oh, admirable favor de tu piedad hacia nosotros: que tú, Señor Dios, creador y dador de vida de todos los espíritus, te dignes venir a una pobre alma y saciar su hambre con toda tu divinidad y humanidad. Oh, feliz espíritu y dichosa alma que merece recibirte con devoción a ti, su Señor y Dios, y llenarse de alegría espiritual al recibirte.

Oh, qué gran Señor recibe, qué amado huésped introduce, qué grato compañero acoge, qué fiel amigo acepta, qué hermoso y noble esposo abraza,

digno de ser amado más que todos los seres queridos y por encima de todo lo deseable.

Callen ante ti, dulcísimo amado mío, el cielo y la tierra, con todos sus adornos, porque cuanto tienen de gloria y hermosura procede del favor de tu generosidad, y no alcanzarán la hermosura de tu nombre, cuya sabiduría no tiene medida.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 4 — DE LOS MUCHOS BIENES QUE SE CONCEDEN A QUIENES COMULGAN CON DEVOCIÓN

✦

Señor Dios mío, adelántate a tu siervo con la bendición de tu dulzura, para que merezca acercarme a tu magnífico Sacramento con dignidad y devoción. Despierta mi corazón hacia ti y líbrame de la profunda indolencia. Visítame con tu salvación para que saboree en el espíritu tu dulzura, que se oculta plenamente en este Sacramento como en una fuente.

Ilumina también mis ojos para contemplar tan gran misterio y fortaléceme para creer en él con una fe sin dudas. Porque es obra tuya, no del poder humano; es tu sagrada institución, no una invención del hombre.

Pues nadie es por sí mismo capaz de comprender y entender estas cosas, que superan incluso la agudeza de los Ángeles. ¿Qué podré, pues, yo, pecador indigno, tierra y ceniza, investigar y comprender de un Sacramento tan sublime y oculto?

Señor, con sencillez de corazón, con fe buena y firme y en tu presencia, me acerco a ti con firme esperanza y reverencia, y creo verdaderamente que tú estás aquí presente en el Sacramento, Dios y hombre. Quieres, pues, que te reciba y me una a ti en el amor.

Por eso suplico tu clemencia e imploro que me concedas para ello una gracia especial, para que me derrita enteramente en ti y me desborde de amor, y no me ocupe ya de ningún otro consuelo.

Porque este altísimo y dignísimo Sacramento es salvación del alma y del cuerpo, medicina de toda enfermedad espiritual; en él se curan mis vicios, se refrenan las pasiones, se vencen y disminuyen las tentaciones, se infunde una gracia mayor, aumenta la virtud recibida, se afirma la fe, se fortalece la esperanza y el amor se enciende y se ensancha.

Porque has concedido muchos bienes, y todavía los concedes con frecuencia en el Sacramento a tus amados que comulgan con devoción, Dios mío, protector de mi alma, restaurador de mi debilidad y dador de todo consuelo interior.

Pues les infundes mucho consuelo frente a diversas tribulaciones, los levantas desde lo más hondo de su abatimiento a la esperanza de tu protección y los renuevas e iluminas interiormente con una gracia nueva, de modo que quienes antes de la Comunión se habían sentido angustiados y sin fervor, después, reconfortados con el alimento y la bebida celestiales, se encuentran cambiados para bien.

Y obras así con tus elegidos, con sabia disposición, para que reconozcan de verdad y experimenten claramente que nada tienen por sí mismos, y qué bondad y gracia reciben de ti. Porque por sí mismos son fríos, duros y faltos de devoción, pero por ti llegan a ser fervorosos, devotos y alegres.

Pues ¿quién se acerca humildemente a la fuente de la dulzura y no se lleva de ella un poco de dulzura? ¿O quién permanece junto a un fuego abundante y no recibe de él un poco de calor? Y tú eres una fuente siempre llena y desbordante, un fuego siempre encendido que nunca se apaga.

Por eso, si no me es dado beber de la plenitud de la fuente ni saciarme de ella, pondré al menos mi boca en la abertura del conducto celestial para recibir de allí siquiera una pequeña gota que alivie mi sed, de modo que no me seque por completo.

Y si todavía no puedo ser enteramente celestial y estar tan encendido como los Serafines y Querubines, procuraré, sin embargo, perseverar en la devoción y preparar mi corazón para obtener al menos una pequeña llama del fuego divino al recibir humildemente el Sacramento que da vida.

Pero cuanto me falte, buen Jesús, Salvador santísimo, súplelo tú por mí con bondad y generosidad, tú que te dignaste llamar con bondad a todos hacia ti, diciendo: Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré.

Yo, ciertamente, trabajo con el sudor de mi frente, me atormenta el dolor del corazón, me abruman los pecados, me inquietan las tentaciones, me enredan y oprimen muchas malas pasiones, y no hay quien me ayude, no hay quien me libere y me salve sino tú, Señor Dios, Salvador mío, a quien me encomiendo con todo lo mío, para que me guardes y me conduzcas a la vida eterna. Acógeme para alabanza y gloria de tu nombre, tú que preparaste tu Cuerpo y tu Sangre como alimento y bebida para mí; concede, Señor Dios, Salvador mío, que al frecuentar tu misterio crezca el fervor de mi devoción.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 5 — DE LA DIGNIDAD DEL SACRAMENTO Y DEL ESTADO SACERDOTAL

✦

Aunque tuvieras la pureza de los ángeles y la santidad de san Juan Bautista, no serías digno de recibir ni de tocar este Sacramento. No se debe a los méritos humanos que el hombre consagre y toque el sacramento de Cristo y tome como alimento el pan de los ángeles.

Grande es el misterio y grande la dignidad de los sacerdotes, a quienes se ha dado lo que no se ha concedido a los ángeles. Pues solo los sacerdotes debidamente ordenados en la Iglesia tienen potestad para celebrar y consagrar el Cuerpo de Cristo. El sacerdote es ministro de Dios y se sirve de la palabra de Dios por mandato e institución de Dios.

Pero Dios es allí el autor principal y el que obra de manera invisible; a él se somete todo cuanto quiere y le obedece todo cuanto manda.

Por tanto, en este excelentísimo Sacramento debes creer más a Dios todopoderoso que a tus propios sentidos o a cualquier otra señal visible. Por eso hay que acercarse a esta obra con temor y reverencia. Atiende, pues, y considera de quién es el ministerio que se te ha confiado por la imposición de manos del obispo.

Has sido hecho sacerdote y consagrado para celebrar: procura ahora ofrecer a Dios el sacrificio a su debido tiempo, con fidelidad y devoción, y mostrarte irreprochable. No has aligerado tu carga, sino que ahora estás sujeto a

un vínculo más estrecho de disciplina y obligado a una mayor perfección en la santidad.

El sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes y dar a los demás ejemplo de buena vida. Su trato no debe ser con la gente del mundo, sino con los ángeles en el cielo o con los hombres perfectos en la tierra.

El sacerdote, revestido de las vestiduras sagradas, representa a Cristo para rogar a Dios con súplica y humildad por sí mismo y por todo su pueblo: lleva delante y detrás la señal de la Cruz del Señor para recordar continuamente la pasión de Cristo. Lleva delante la Cruz en la casulla para contemplar atentamente las huellas de Cristo y procurar seguirlas con frecuencia.

Lleva detrás la señal de la cruz para soportar con mansedumbre, por Dios, cualquier adversidad que otros le causen. Lleva la Cruz delante para llorar sus propios pecados; detrás, para llorar también con compasión las faltas de los demás y saber que ha sido puesto como mediador entre Dios y el pecador, sin desfallecer en la oración ni en la santa ofrenda hasta que merezca alcanzar gracia y misericordia.

Cuando el sacerdote celebra, honra a Dios, alegra a los ángeles, edifica a la Iglesia, ayuda a los vivos, proporciona descanso a los difuntos y se hace partícipe de todos los bienes.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 6 — PREGUNTA SOBRE LA PREPARACIÓN ANTES DE LA COMUNIÓN

✦

Cuando considero tu dignidad y mi bajeza, tiemblo profundamente y me lleno de confusión. Pues, si no me acerco, huyo de la vida; y si me presento indignamente, incurro en una ofensa. ¿Qué haré, pues, Dios mío, mi auxilio y mi consejero en las necesidades?

Enséñame tú el camino recto y propónme algún breve ejercicio adecuado para la sagrada Comunión. Pues es útil saber cómo debo prepararte mi corazón con devoción y reverencia para recibir provechosamente tu Sacramento, o también para celebrar un sacrificio tan grande y divino.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 7 — DEL EXAMEN DE LA PROPIA CONCIENCIA Y DEL PROPÓSITO DE ENMIENDA

✦

Ante todo, el sacerdote de Dios debe acercarse a celebrar, tocar y recibir este Sacramento con suma humildad de corazón y suplicante reverencia, con fe plena y piadosa intención de honrar a Dios.

Examina cuidadosamente tu conciencia y, en la medida de tus fuerzas, descúbrela y purifícala con verdadera contrición y humilde confesión, de modo que no tengas ni conozcas en ti ninguna falta grave que te remuerda e impida acercarte libremente.

Aborrece todos tus pecados en general y duélete y gime más particularmente por tus faltas diarias; y, si el tiempo lo permite, confía a Dios en lo secreto de tu corazón todas las miserias de tus pasiones.

Gime y duélete de ser todavía tan carnal y mundano, tan poco mortificado en tus pasiones, tan lleno de impulsos de concupiscencia, tan descuidado en los sentidos exteriores, tan a menudo enredado en muchas y diversas fantasías, tan inclinado a lo exterior, tan negligente en lo interior, tan ligero para la risa y el desenfreno, tan duro para el llanto y la contrición, tan dispuesto a la vida fácil y a las comodidades de la carne, tan lento para el rigor y el fervor, tan curioso por conocer y oír novedades y contemplar cosas hermosas, tan poco dispuesto a abrazar lo humilde y despreciado, tan ansioso por tener mucho, tan escaso para dar, tan aferrado a retener, tan irreflexivo al hablar, tan incapaz de guardar silencio, tan desordenado en tus costum-

bres, tan inoportuno en tus actos, tan entregado a la comida, tan sordo a la palabra de Dios, tan pronto para el descanso, tan lento para el trabajo, tan despierto para las historias, tan somnoliento en las vigilias sagradas; tan apresurado por terminar, tan disperso para prestar atención, tan negligente al rezar las horas, tan tibio al celebrar, tan seco al comulgar, tan pronto distraído, tan pocas veces bien recogido en ti mismo, tan repentinamente movido a ira, tan fácil para disgustarte con otro, tan inclinado a juzgar, tan severo para reprender, tan alegre en la prosperidad, tan débil en la adversidad, tan frecuente en proponer muchas cosas buenas y tan escaso en llevarlas a efecto.

Después de confesar y deplorar estos y otros defectos tuyos con dolor y profundo pesar por tu propia debilidad, toma la firme resolución de enmendar siempre tu vida y avanzar hacia lo mejor. Luego, con plena entrega y entera voluntad, ofrécete a ti mismo en honor de mi nombre, sobre el altar de tu corazón, como holocausto perpetuo, confiándome fielmente tu cuerpo y tu alma, para que así merezcas acercarte dignamente a ofrecer el sacrificio a Dios y recibir provechosamente el Sacramento de mi Cuerpo.

Pues no hay ofrenda más digna ni mayor satisfacción para borrar los pecados que ofrecerse uno mismo a Dios pura y enteramente, junto con la ofrenda del Cuerpo de Cristo en la misa y en la comunión. Si el hombre hace cuanto está de su parte y se arrepiente de verdad, cada vez que se acerque a mí en busca de perdón y de gracia: Vivo yo, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, porque no recordaré más sus pecados, sino que todos le serán perdonados.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 8 — DE LA OFRENDA DE CRISTO EN LA CRUZ Y DE LA PROPIA ENTREGA

✦

Así como yo, con las manos extendidas en la cruz y el cuerpo desnudo, me ofrecí voluntariamente a Dios Padre por tus pecados, de modo que nada quedó en mí que no se entregara por entero como sacrificio de reconciliación divina, así también debes tú ofrecerte voluntariamente a mí cada día en la Misa como ofrenda pura y santa, con todas tus fuerzas y afectos, desde lo más profundo que puedas. ¿Qué más te pido sino que procures entregarte a mí desde lo más íntimo? Nada me importa cuanto das fuera de ti mismo, porque no busco tu don, sino a ti.

Así como no te bastaría tenerlo todo sin mí, tampoco podrá agradarme cuanto des si no te ofreces a ti mismo. Ofrécete a mí y entrégate por entero por Dios, y tu ofrenda será aceptada. Mira: yo me ofrecí por entero al Padre por ti; también di todo mi cuerpo y mi sangre como alimento, para ser completamente tuyo y para que tú permanecieras mío.

Pero si te encierras en ti mismo y no te ofreces voluntariamente a mi voluntad, tu ofrenda no es plena ni será completa nuestra unión. Por eso, si quieres alcanzar la libertad y la gracia, la ofrenda voluntaria de ti mismo en manos de Dios debe preceder a todas tus obras.

Por eso son tan pocos los que llegan a ser iluminados y libres por dentro: porque no saben negarse enteramente a sí mismos. Mi sentencia es firme:

Quien no renuncie a todo lo que posee no puede ser mi discípulo. Tú, pues, si deseas ser mi discípulo, ofrécete a mí con todos tus afectos.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 9 — QUE DEBEMOS OFRECERNOS A DIOS CON TODO LO NUESTRO Y ORAR POR TODOS

✦

Señor, tuyo es todo lo que hay en el cielo y en la tierra. Deseo ofrecerme a ti como ofrenda voluntaria y permanecer tuyo para siempre. Señor, si en la sencillez de mi corazón me ofrezco hoy a ti como siervo perpetuo, para tu servicio y como sacrificio de alabanza perpetua. Recíbeme con esta santa ofrenda de tu precioso Cuerpo, que hoy te ofrezco en presencia de los ángeles que asisten de manera invisible, para que sirva de salvación para mí y para todo tu pueblo.

Señor, te ofrezco sobre tu altar de reconciliación todos mis pecados y mis faltas, que he cometido ante ti y tus santos ángeles, desde el día en que pude pecar por primera vez hasta el día de hoy, para que los enciendas y consumas todos juntos con el fuego de tu amor, borres todas las manchas de mis pecados, limpies mi conciencia de toda culpa y me devuelvas tu gracia, que perdí al pecar, perdonándomelo todo plenamente y acogiéndome con misericordia en el beso de la paz.

¿Qué puedo hacer por mis pecados sino confesarlos y llorarlos humildemente e implorar sin cesar tu perdón? Te suplico que me escuches con bondad aquí donde estoy ante ti, Dios mío. Todos mis pecados me desagradan profundamente; no quiero volver a cometerlos nunca más, sino que me duelo y me doleré por ellos mientras viva, dispuesto a hacer penitencia y a reparar cuanto pueda.

Perdóname, Dios mío, perdona mis pecados por tu santo nombre; salva mi alma, que redimiste con tu preciosa sangre. Mira: me encomiendo a tu misericordia, me entrego en tus manos; obra conmigo según tu bondad, no según mi maldad y mi iniquidad.

Te ofrezco también todas mis buenas obras, aunque pocas e imperfectas, para que tú las corrijas y santifiques, las mires con agrado, las hagas aceptables para ti y las lleves siempre a algo mejor; y para que a mí, Señor, hombre pequeño, perezoso e inútil, me conduzcas a un fin dichoso y digno de alabanza.

Te ofrezco también todos los deseos de los devotos, las necesidades de mis padres, amigos, hermanos, hermanas y de todos mis seres queridos, y las de quienes me han hecho bien a mí o a otros por amor a los tuyos; de quienes me pidieron y desearon que ofreciera oraciones y misas por ellos y por todos los suyos, ya vivan todavía en la carne o hayan dejado este mundo, para que todos sientan llegar el auxilio de tu gracia, la ayuda del consuelo, la protección en los peligros y la liberación de las penas, y para que, librados de todos los males, te den gozosos abundantes gracias.

Te ofrezco también oraciones de reconciliación, especialmente por quienes me han herido, entristecido o injuriado en algo, o me han causado algún daño o molestia; también por todos aquellos a quienes alguna vez he entristecido, perturbado, molestado o escandalizado, con palabras o con obras, a sabiendas o sin saberlo, para que nos perdones a todos por igual todos nuestros pecados, agravios y ofensas.

Aparta, Señor, de nuestros corazones toda sospecha, indignación, ira y discordia, y cuanto pueda herir la caridad y disminuir el amor fraterno. Ten

piedad, Señor, ten piedad de quienes piden tu misericordia; da gracia a quienes la necesitan; haz que seamos tales que merezcamos gozar de tu gracia y avancemos hacia la vida eterna.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 10 — QUE NO SE DEBE ABANDONAR FÁCILMENTE LA SAGRADA COMUNIÓN

✦

Hay que acudir con frecuencia a la fuente de la gracia y de la misericordia divina, a la fuente de la bondad y de toda pureza, para que puedas sanar de tus pasiones y vicios, y merezcas hacerte más fuerte y vigilante contra todas las tentaciones y engaños del diablo. El enemigo, conociendo el fruto y el gran remedio que hay en la sagrada Comunión, procura por todos los medios y ocasiones apartar e impedir cuanto puede a los fieles y devotos.

Cuando algunos se disponen a recibir la sagrada Comunión, sufren peores ataques y engaños de Satanás. Pues ese mismo espíritu, como está escrito en Job, viene entre los hijos de Dios para perturbarlos con su acostumbrada malicia, o volverlos demasiado temerosos y perplejos, a fin de disminuir el fruto de sus afectos o de quitarles la fe combatiéndola, por si acaso abandonan por completo la Comunión o se acercan con tibieza.

Pero no hay que preocuparse por sus astucias y fantasías, por muy impuras y horrendas que sean, sino volver todos esos fantasmas contra su propia cabeza. Hay que despreciar y ridiculizar a ese miserable, y no omitir la sagrada Comunión por sus ataques y las perturbaciones que provoca.

También suele ser un impedimento la excesiva preocupación por tener devoción y cierta ansiedad por la confesión que se ha de hacer. Obra según el consejo de los sabios y deja la ansiedad y el escrúpulo, porque impiden la gracia de Dios y destruyen la devoción del alma.

No abandones la sagrada Comunión por alguna pequeña tribulación o pesadumbre; ve cuanto antes a arrepentirte y perdona de buena gana todas las ofensas de los demás. Pero si tú has ofendido a alguien, pide humildemente perdón, y Dios te perdonará de buena gana.

¿De qué sirve retrasar mucho la confesión o aplazar la sagrada Comunión? Purifícate cuanto antes; escupe pronto el veneno, apresúrate a recibir el remedio, y te sentirás mejor que si lo hubieras aplazado mucho tiempo. Si hoy lo aplazas por esto, mañana quizá te suceda algo más grave, y así podrías verte impedido durante mucho tiempo de comulgar y hacerte menos dispuesto.

Sacúdete cuanto antes la pesadumbre y la inercia presentes, porque de nada sirve angustiarse mucho tiempo, pasar largo tiempo en la tribulación y apartarse de las cosas divinas por los obstáculos cotidianos; más aún, hace mucho daño aplazar durante largo tiempo la Comunión, pues suele producir un profundo entorpecimiento. ¡Qué dolor!

Algunos tibios y descuidados aceptan de buena gana las demoras en confesarse y desean por eso aplazar la sagrada Comunión, para no verse obligados a vigilarse más.

¡Ay, qué poca caridad y qué débil devoción tienen quienes posponen con tanta facilidad la sagrada Comunión! ¡Qué feliz y agradable a Dios se considera a quien vive de tal modo y guarda su conciencia con tanta pureza que estaría preparado y bien dispuesto para comulgar incluso todos los días, si le estuviera permitido y pudiera hacerlo sin llamar la atención!

Si alguien se abstiene alguna vez por humildad o porque una causa legítima se lo impide, merece alabanza por su reverencia. Pero si se ha deslizado en él la tibieza, debe animarse y hacer lo que esté de su parte, y el Señor atenderá su deseo por la buena voluntad, que mira de manera especial.

Pero cuando se encuentre legítimamente impedido, conservará siempre la buena voluntad y la piadosa intención de comulgar, y así no quedará privado del fruto del Sacramento. Pues cualquier devoto puede acercarse provechosamente, todos los días y a todas horas, a la Comunión espiritual con Cristo, sin que nada se lo prohíba.

Sin embargo, en ciertos días y en el tiempo establecido debe recibir sacramentalmente el Cuerpo de su Redentor con afectuosa reverencia, y proponerse más la alabanza y el honor de Dios que buscar su propio consuelo.

Pues comulga místicamente y recibe alimento invisible cada vez que recuerda con devoción el misterio de la encarnación y la pasión de Cristo, y se enciende en su amor.

Quien solo se prepara cuando se aproxima una fiesta o lo obliga la costumbre, muchas veces estará sin preparación. Dichoso quien se ofrece al Señor en holocausto cada vez que celebra o comulga. Al celebrar, no seas demasiado lento ni apresurado; guarda la buena medida común de aquellos con quienes vives. No debes causar a los demás molestia y hastío, sino seguir el camino común conforme al espíritu de las normas, y atender más al provecho de los demás que a tu propia devoción o inclinación.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 11 — QUE EL CUERPO DE CRISTO Y LA SAGRADA ESCRITURA SON NECESARIOS PARA EL ALMA FIEL

✦

Dulcísimo Señor Jesús, ¡cuánta dulzura siente el alma devota que come contigo en tu banquete! Allí no se le ofrece otro alimento que tú, su único amado, más deseable que todos los deseos de su corazón. Y ciertamente me sería dulce derramar lágrimas en tu presencia con íntimo afecto y, con la piadosa Magdalena, regar tus pies con mis lágrimas.

Pero ¿dónde está esta devoción? ¿Dónde está el abundante derramamiento de lágrimas santas? Ciertamente, ante ti y tus santos ángeles, mi corazón debería arder y llorar de alegría. Pues te tengo verdaderamente presente en el Sacramento, aunque oculto bajo una apariencia ajena.

Mis ojos no pueden soportar verte en tu propia claridad divina, ni el mundo entero podría subsistir ante el resplandor de la gloria de tu majestad. Así, pues, atiendes a mi debilidad al ocultarte bajo el Sacramento. Tengo verdaderamente y adoro a quien los ángeles adoran en el cielo; pero yo, entretanto, todavía en la fe, y ellos en la visión y sin velo.

Debo contentarme con la luz de la verdadera fe y caminar en ella hasta que despunte el día de la claridad eterna y se disipen las sombras de las figuras. Pero cuando llegue lo perfecto, cesará el uso de los Sacramentos, porque los bienaventurados en la gloria celestial no necesitan el remedio sacramental.

Pues se alegran sin fin en la presencia de Dios, contemplando su gloria cara a cara y, transformados de claridad en claridad en el abismo de la divinidad, saborean el Verbo de Dios hecho carne, tal como era desde el principio y permanece eternamente.

Al recordar estas maravillas, que incluso cualquier consuelo espiritual me resulte un pesado hastío; y mientras no vea claramente a mi Señor en su gloria, tengo por nada todo lo que veo y oigo en el mundo. Tú eres testigo, Dios mío, de que ninguna cosa puede consolarme ni criatura alguna darme descanso, sino tú, Dios mío, a quien deseo contemplar eternamente.

Pero esto no es posible mientras permanezca en esta vida mortal, y por eso debo disponerme a tener mucha paciencia y someterme a ti en todos mis deseos. Pues también tus santos, Señor, que ahora se alegran contigo en el reino de los cielos, esperaban la llegada de tu gloria con fe y mucha paciencia mientras vivían.

Lo que ellos creyeron, yo lo creo; lo que ellos esperaron, yo lo espero; adonde ellos llegaron, confío en llegar por tu gracia. Entretanto caminaré en la fe, fortalecido por los ejemplos de los santos. Tengo también los libros santos como consuelo y espejo de vida, y, sobre todo ello, tu santísimo Cuerpo como remedio y alivio singular.

Siento que en esta vida me son sumamente necesarias dos cosas, sin las cuales esta miserable vida me resultaría insoportable. Encerrado en la prisión de este cuerpo, confieso que necesito dos cosas: alimento y luz. Por eso me has dado, débil como soy, tu sagrado Cuerpo para alimento del alma y del cuerpo, y has puesto tu palabra como lámpara para mis pies.

Sin estas dos cosas no podría vivir bien, pues la palabra de Dios es luz del alma, y tu Sacramento, pan de vida. También pueden llamarse dos mesas, colocadas a uno y otro lado en el tesoro de la santa Iglesia. Una es la mesa del sagrado altar, que tiene el pan santo, es decir, el precioso Cuerpo de Cristo.

La otra es la de la ley divina, que contiene la doctrina santa, enseña la fe recta y conduce con firmeza hasta el interior del velo, donde está el Santo de los Santos.

Gracias te doy, buen Jesús, luz de la luz eterna, por la mesa de la doctrina sagrada que nos has servido por medio de tus siervos los profetas, los apóstoles y los demás doctores. Gracias te doy, Salvador y Creador de los hombres, que, para manifestar tu caridad al mundo entero, preparaste una gran cena, en la cual ofreciste como alimento tu santísimo Cuerpo y tu Sangre, en lugar del cordero que los prefiguraba; alegras a todos los fieles con el banquete sagrado y los embriagas con el cáliz de salvación, en el que están todas las delicias del Paraíso; y los santos ángeles participan del banquete con nosotros, pero con una dulzura más dichosa.

¡Oh, qué grande y honorable es el oficio de los sacerdotes, a quienes se ha concedido consagrar al Señor de la majestad con palabras sagradas, bendecirlo con los labios, tenerlo en las manos, recibirlo con su propia boca y administrarlo a los demás! ¡Oh, qué limpias deben estar aquellas manos, qué pura la boca, qué santo el cuerpo, qué inmaculado el corazón del sacerdote, en quien tantas veces entra el Autor de la pureza! De la boca del sacerdote, que tan a menudo recibe el Sacramento de Cristo, solo deben salir palabras santas, honestas y útiles.

Que sean sencillos y puros sus ojos, que suelen contemplar el Cuerpo de Cristo. Que estén puras y levantadas al cielo sus manos, que suelen tocar al Creador del cielo y de la tierra. A los sacerdotes se les dice especialmente en la Ley: Sed santos, porque yo soy santo, el Señor vuestro Dios.

Ayúdenos tu gracia, Dios todopoderoso, para que quienes hemos recibido el oficio sacerdotal podamos servirte digna y devotamente, con toda pureza y buena conciencia. Y si no podemos vivir con tanta inocencia como debemos, concédenos al menos llorar dignamente los males que hemos cometido, para que, con espíritu de humildad y propósito de buena voluntad, podamos servirte en adelante con mayor fervor.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 12 — QUE QUIEN VA A COMULGAR DEBE PREPARARSE PARA RECIBIR A CRISTO CON GRAN DILIGENCIA

✦

Yo soy amante de la pureza y dador de toda santidad. Yo busco un corazón puro, y allí está el lugar de mi descanso. Prepárame una sala grande y amueblada, y celebraré en tu casa la Pascua con mis discípulos. Si quieres, iré a ti y permaneceré contigo; elimina la vieja levadura y limpia la morada de tu corazón.

Aparta de ella todo lo mundano y todo el tumulto de los vicios; siéntate como un pájaro solitario en el tejado y piensa en tus faltas con amargura de alma. Pues todo el que ama prepara el mejor y más hermoso lugar para su amado, porque en esto se conoce el afecto de quien recibe al amado.

Sin embargo, debes saber que no puedes cumplir debidamente esta preparación por el mérito de tus obras, aunque te prepararas durante un año entero sin tener otra cosa en el pensamiento.

Solo por mi bondad y mi gracia se te permite acercarte a mi mesa, como si un mendigo fuera invitado a comer por un rico y no tuviera otra cosa con que corresponder a sus beneficios que humillarse y darle las gracias.

Haz, pues, lo que esté de tu parte, y hazlo con diligencia; recibe, no por costumbre ni por obligación, sino con temor, reverencia y afecto, el Cuerpo de tu amado Señor y Dios, que se digna venir a ti. Yo soy quien te ha lla-

mado, yo he mandado que se haga, yo supliré lo que te falta. Ven y recíbeme.

Cuando te concedo la gracia de la devoción, da gracias a tu Dios, porque me he compadecido de ti, no porque seas digno. Si no tienes devoción, sino que más bien te sientes seco, insiste en la oración, gime, llama a la puerta y no desistas hasta que merezcas recibir una migaja o una gota de la gracia salvadora. Tú me necesitas; yo no te necesito a ti.

Tú no vienes a santificarme, sino que yo vengo a santificarte y mejorarte. Tú vienes para ser santificado por mí y unirte a mí, para recibir de Dios una nueva gracia y encenderte de nuevo en el deseo de enmendarte. No descuides esta gracia; prepara siempre tu corazón con toda diligencia y recibe en él a tu Amado.

Es necesario que te prepares para la devoción antes de la comunión y que también procures conservarte en ella después de recibir el Sacramento. El cuidado que se exige después no es menor que la preparación devota de antes. Pues el buen cuidado posterior es, a su vez, la mejor preparación para alcanzar una gracia mayor.

En efecto, uno queda muy mal dispuesto si en seguida se entrega demasiado a los consuelos exteriores. Evita hablar en exceso; permanece en el recogimiento y goza de tu Dios. Pues tienes a aquel a quien el mundo entero no puede quitarte. Yo soy aquel a quien debes entregarte por completo, de modo que en adelante ya no vivas en ti, sino en mí, libre de toda preocupación.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 13 — EL ALMA DEVOTA DEBE DESEAR DE TODO CORAZÓN LA UNIÓN CON CRISTO EN EL SACRAMENTO

✦

¿Quién me concederá, Señor, encontrarte a solas, abrirte todo mi corazón y gozar de ti como desea mi alma? ¿Y que ya nadie me desprecie, ni criatura alguna me inquiete o se fije en mí, sino que tú solo me hables, y yo a ti, como suele hablar el amado con su amado y compartir la mesa un amigo con otro?

Esto pido, esto deseo: unirme enteramente a ti y apartar mi corazón de todas las cosas creadas; y aprender cada vez más, mediante la sagrada Comunión y la celebración frecuente, a saborear las cosas celestiales y eternas. Pero, Señor Dios, ¿cuándo estaré enteramente unido a ti y absorto en ti, totalmente olvidado de mí mismo? Concédeme que tú estés en mí y yo en ti, y que así permanezcamos juntos en unidad.

En verdad, en verdad, tú eres mi amado, elegido entre millares, en quien mi alma se ha complacido en habitar todos los días de su vida. En verdad, tú eres quien me da paz, en quien se encuentran la paz suprema y el descanso verdadero, y fuera de quien hay fatiga, dolor e infinita miseria.

En verdad, tú eres el Dios escondido, y no compartes tus designios con los impíos, sino que hablas con los humildes y sencillos. ¡Oh, qué suave es, Señor, tu espíritu! Para mostrar tu dulzura a tus hijos, te dignas alimentarlos con el pan suavísimo que desciende del cielo.

En verdad, no hay otra nación tan grande que tenga dioses tan cercanos como tú, Dios nuestro, estás cerca de todos tus fieles, a quienes, para su consuelo diario y para elevar su corazón al cielo, te das como alimento y gozo.

¿Qué otra nación hay tan ilustre como el pueblo cristiano? ¿O qué criatura bajo el cielo es tan amada como el alma devota, en la que entra Dios para alimentarla con su carne gloriosa? ¡Oh, gracia inefable! ¡Oh, admirable condescendencia! ¡Oh, amor inmenso, concedido al ser humano de manera singular!

Pero ¿qué daré al Señor a cambio de esta gracia, de un amor tan extraordinario? No hay nada más grato que pueda darle que entregar por entero mi corazón a mi Dios y unirlo íntimamente a él. Entonces se llenará de júbilo todo mi interior, cuando mi alma esté perfectamente unida a Dios. Entonces me dirá: Si tú quieres estar conmigo, yo quiero estar contigo.

Y yo le responderé: Dígnate, Señor, permanecer conmigo; yo quiero estar contigo de buena gana. Este es todo mi deseo: que mi corazón esté unido a ti.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 14 — EL ARDIENTE DESEO DE ALGUNOS DEVOTOS POR EL CUERPO DE CRISTO

✦

¡Qué grande es la abundancia de tu dulzura, Señor, que has reservado para quienes te temen! Cuando recuerdo a algunos devotos que se acercan a tu Sacramento, Señor, con gran devoción y amor, a menudo me siento confundido y avergonzado de acercarme a tu altar y a la mesa de la sagrada Comunión con tanta tibieza y frialdad; de permanecer tan seco, sin devoción ni afecto del corazón; y de no estar completamente encendido ante ti, Dios mío, ni sentirme tan intensamente atraído y lleno de amor como muchos devotos, que, por su inmenso deseo de la Comunión y por el amor sensible de su corazón, no podían contener el llanto.

Con la boca del corazón y la del cuerpo a la vez, suspiraban por ti desde lo más profundo de su ser, fuente viva, sin poder mitigar ni saciar su hambre de otro modo que recibiendo tu Cuerpo con toda alegría y ansia espiritual.

¡Oh, fe verdaderamente ardiente de aquellos, prueba convincente de tu sagrada presencia! Ellos reconocen verdaderamente a su Señor al partir el pan, pues su corazón arde con tanta fuerza por Jesús, que camina con ellos. ¡Ay, qué lejos están con frecuencia de mí semejante afecto y un ardor de devoción tan intenso!

Muéstrate propicio conmigo, buen Jesús, dulce y bondadoso; concede a este pobre mendigo tuyo sentir, siquiera de vez en cuando, un poco del afecto entrañable de tu amor en la sagrada Comunión, para que mi fe se

fortalezca, crezca mi esperanza en tu bondad y mi caridad, una vez perfectamente encendida y después de haber gustado el maná celestial, nunca desfallezca.

Tu misericordia tiene poder para concederme también la gracia deseada y visitarme con gran bondad en un espíritu de ardor, cuando llegue el día de tu beneplácito. Pues, aunque no ardo con un deseo tan grande como el de esos devotos tuyos tan especiales, por tu gracia tengo el deseo de aquel gran deseo encendido: pido y anhelo participar de todos esos fervientes amantes tuyos y ser contado entre su santa compañía.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 15 — LA GRACIA DE LA DEVOCIÓN SE ADQUIERE MEDIANTE LA HUMILDAD Y LA RENUNCIA A UNO MISMO

✦

Debes buscar con insistencia la gracia de la devoción, pedirla con anhelo, esperarla con paciencia y confianza, recibirla con gratitud, conservarla con humildad, obrar con ella diligentemente y dejar en manos de Dios el momento y la manera de la visita celestial, hasta que llegue.

Debes humillarte sobre todo cuando sientas poca o ninguna devoción interior, pero sin desanimarte demasiado ni entristecerte en exceso. Dios da muchas veces en un breve instante lo que ha negado durante largo tiempo. A veces concede al final lo que al comienzo de la oración aplazó dar.

Si la gracia se diera siempre enseguida y estuviera presente según nuestro deseo, el ser humano, débil como es, no podría sobrellevarla bien. Por eso hay que esperar la gracia de la devoción con firme esperanza y humilde paciencia. Sin embargo, atribuye a ti y a tus pecados el que no se te dé o incluso se te retire ocultamente.

A veces es algo pequeño lo que impide y oculta la gracia, si es que debe llamarse pequeño, y no más bien grande, lo que impide un bien tan grande. Pero si apartas eso mismo, sea pequeño o grande, y lo vences por completo, recibirás lo que has pedido.

En cuanto te entregues a Dios de todo corazón y no busques esto o aquello según tu gusto o voluntad, sino que te pongas completamente en él, te hallarás unido a él y en paz, porque nada te resultará tan sabroso y agradable como el beneplácito de la voluntad divina.

Así pues, quien eleve su intención hacia Dios con corazón sencillo y se vacíe de todo amor desordenado o aversión hacia cualquier cosa creada estará muy dispuesto para recibir la gracia y será digno del don de la devoción.

Porque el Señor da su bendición allí donde encuentra vasos vacíos; y cuanto más perfectamente renuncie alguien a las cosas terrenas y más muera a sí mismo mediante el desprecio de sí, tanto más pronto vendrá la gracia, entrará con mayor abundancia y elevará más alto su corazón libre.

Entonces verá, rebosará, se maravillará y su corazón se ensanchará dentro de él, porque la mano del Señor está con él y él se ha puesto completamente en su mano para siempre. Así será bendecido el hombre que busca a Dios con todo su corazón y no recibe su alma en vano. Este, al recibir la sagrada Eucaristía, alcanza la gran gracia de la unión divina, porque no mira a su propia devoción y consuelo, sino a la gloria y al honor de Dios.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 16 — DEBEMOS MANIFESTAR NUESTRAS NECESIDADES A CRISTO Y PEDIR SU GRACIA

✦

Dulcísimo y amantísimo Señor, a quien ahora deseo recibir con devoción, tú conoces mi debilidad y la necesidad que padezco, los muchos males y vicios en que estoy sumido, y cuántas veces me siento agobiado, tentado, turbado y manchado. Acudo a ti en busca de remedio; te suplico consuelo y alivio. Hablo a quien todo lo sabe, ante quien está manifiesto todo mi interior y que es el único que puede consolarme y ayudarme perfectamente. Tú sabes qué bienes necesito por encima de todos y cuán pobre soy en virtudes.

Aquí estoy ante ti, pobre y desnudo, pidiendo gracia e implorando misericordia. Alimenta a este mendigo tuyo que tiene hambre, enciende mi frialdad con el fuego de tu amor e ilumina mi ceguera con la claridad de tu presencia. Convierte para mí todas las cosas terrenas en amargura; todo lo penoso y adverso, en paciencia; todo lo inferior y creado, en desprecio y olvido.

Eleva mi corazón hacia ti en el cielo y no me dejes vagar por la tierra. Que desde ahora y para siempre tú solo seas mi dulzura, porque tú solo eres mi comida y mi bebida, mi amor y mi alegría, mi dulzura y todo mi bien.

¡Ojalá con tu presencia me enciendas por completo, me consumas y me transformes en ti, para que llegue a ser un solo espíritu contigo por la gracia de la unión interior y por el derretimiento del amor ardiente! No per-

mitas que me aleje de ti en ayunas y seco, sino obra conmigo misericordiosamente, como tantas veces has obrado de manera admirable con tus santos. ¿Qué tendría de extraño que todo mi ser conociera por ti y que yo desfalleciera en mí mismo, siendo tú el fuego que siempre arde y nunca se extingue, el amor que purifica los corazones e ilumina el entendimiento?

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 17 — EL AMOR ARDIENTE Y EL DESEO INTENSO DE RECIBIR A CRISTO

✦

Con suma devoción y ardiente amor, con todo el afecto y fervor de mi corazón, te deseo, Señor, como te desearon al comulgar muchos santos y personas devotas, que te agradaron especialmente por la santidad de su vida y tuvieron una devoción ardentísima. ¡Oh, Dios mío, amor eterno, todo mi bien, felicidad sin fin! Anhelo recibirte con el deseo más intenso y la reverencia más digna que cualquiera de los santos haya tenido y podido sentir.

Y aunque soy indigno de tener todos aquellos sentimientos de devoción, te ofrezco todo el afecto de mi corazón, como si yo solo tuviera todos aquellos deseos tan gratamente encendidos. Y todo cuanto una mente piadosa puede concebir y desear, todo eso te lo presento y ofrezco con suma veneración e íntimo fervor.

Nada deseo reservarme, sino ofrecerte espontáneamente y con sumo gusto, como sacrificio, mi persona y todo lo mío. Señor Dios mío, creador mío y redentor mío, deseo recibirte hoy con la misma gratitud, dignidad y amor, con la misma esperanza, fe y pureza con que te recibió y deseó tu santísima Madre, la gloriosa Virgen María, cuando respondió humilde y devotamente al ángel que le anunciaba el misterio de tu encarnación: He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra.

Y así como tu bienaventurado Precursor, el más excelente de los santos, Juan Bautista, saltó gozoso en tu presencia con la alegría del Espíritu Santo,

cuando aún estaba encerrado en el seno materno, y después, al ver a Jesús caminar entre los hombres, humillándose profundamente, decía con devoto afecto: El amigo del esposo, que está presente y escucha con alegría, se alegra por la voz del esposo; así también yo deseo encenderme en grandes y santos anhelos y presentarme ante ti de todo corazón. Por eso te ofrezco y presento los júbilos de todos los corazones devotos, sus ardientes afectos, sus arrobamientos espirituales, sus iluminaciones de lo alto y sus visiones celestiales, junto con todas las virtudes y alabanzas que toda criatura en el cielo y en la tierra ha celebrado y celebrará, por mí y por todos los que se han encomendado a mis oraciones, para que todos te alaben dignamente y seas glorificado por siempre.

Recibe mis votos, Señor Dios mío, y mis deseos de alabanza infinita y de inmensa bendición, que justamente se te deben por la abundancia de tu grandeza inefable. Te los tributo y deseo tributártelos cada día y en cada momento; y con mis oraciones y afectos invito y suplico a todos los espíritus celestiales y a todos tus fieles que te den gracias y alabanzas conmigo.

Que te alaben todos los pueblos, tribus y lenguas, y engrandezcan tu santo y dulcísimo nombre con suma devoción y ardiente júbilo. Y que cuantos celebran con reverencia y devoción tu altísimo Sacramento y lo reciben con plena fe merezcan hallar ante ti gracia y misericordia, y rueguen humildemente por mí, pecador. Y cuando hayan alcanzado la devoción deseada y la unión gozosa, y se hayan retirado de la santa mesa celestial bien consolados y maravillosamente alimentados, dígnense acordarse de mí, que soy pobre.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

# IV, 18 — QUE EL HOMBRE NO SEA UN INVESTIGADOR CURIOSO DEL SACRAMENTO, SINO UN HUMILDE IMITADOR DE CRISTO, SOMETIENDO SU ENTENDIMIENTO A LA SANTA FE

✦

Debes guardarte de la indagación curiosa e inútil de este profundísimo Sacramento, si no quieres hundirte en el abismo de la duda. Quien escudriña la majestad será abrumado por la gloria. Dios puede obrar más de lo que el hombre puede entender. Es admisible una búsqueda piadosa y humilde de la verdad, siempre dispuesta a aprender y que procure caminar según las sanas enseñanzas de los Padres.

Dichosa la sencillez que deja los difíciles caminos de las cuestiones y avanza por la senda llana y firme de los mandamientos de Dios. Muchos perdieron la devoción al querer escudriñar cosas demasiado elevadas. Se te exige fe y una vida sincera, no un entendimiento elevado ni un conocimiento profundo de los misterios de Dios.

Si no entiendes ni captas lo que está por debajo de ti, ¿cómo comprenderás lo que está por encima de ti? Sométete a Dios y humilla tu entendimiento ante la fe, y se te dará la luz del conocimiento en la medida en que te sea útil y necesario.

Algunos sufren graves tentaciones acerca de la fe y del Sacramento, pero esto no debe imputárseles a ellos, sino más bien al enemigo. No te inquietes, no discutas con tus pensamientos ni respondas a las disputas y dudas que el diablo te inspira. Cree, en cambio, en las palabras de Dios. Cree en sus santos y profetas, y el malvado enemigo huirá de ti.

Pues muchas veces es de gran provecho que el siervo de Dios soporte tales cosas. Porque no tienta a los incrédulos y pecadores, a quienes ya posee con seguridad; pero a los fieles devotos los tienta y atormenta de diversas maneras.

Sigue, pues, adelante con fe sencilla y sin dudas, y acércate al Sacramento con sencilla reverencia. Todo lo que no puedas entender, confíalo con seguridad a Dios todopoderoso. Dios no te engaña; se engaña quien confía demasiado en sí mismo. Dios camina con los sencillos, se revela a los humildes, da entendimiento a los pequeños, abre la inteligencia a las mentes puras y oculta su gracia a los curiosos y soberbios. La razón humana es débil y puede equivocarse; pero la fe verdadera no puede equivocarse.

Todo razonamiento e investigación natural debe seguir a la fe, no precederla ni quebrantarla. Pues la fe y el amor sobresalen allí sobre todo y obran de maneras ocultas en este santísimo y excelentísimo Sacramento. Dios eterno e inmenso, de poder infinito, hace cosas grandes e inescrutables en el cielo y en la tierra; y sus obras maravillosas no pueden ser investigadas. Si las obras de Dios fueran tales que la razón humana pudiera comprenderlas fácilmente, no deberían llamarse maravillosas ni inescrutables.

Une Sacra · edición 1.2 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0